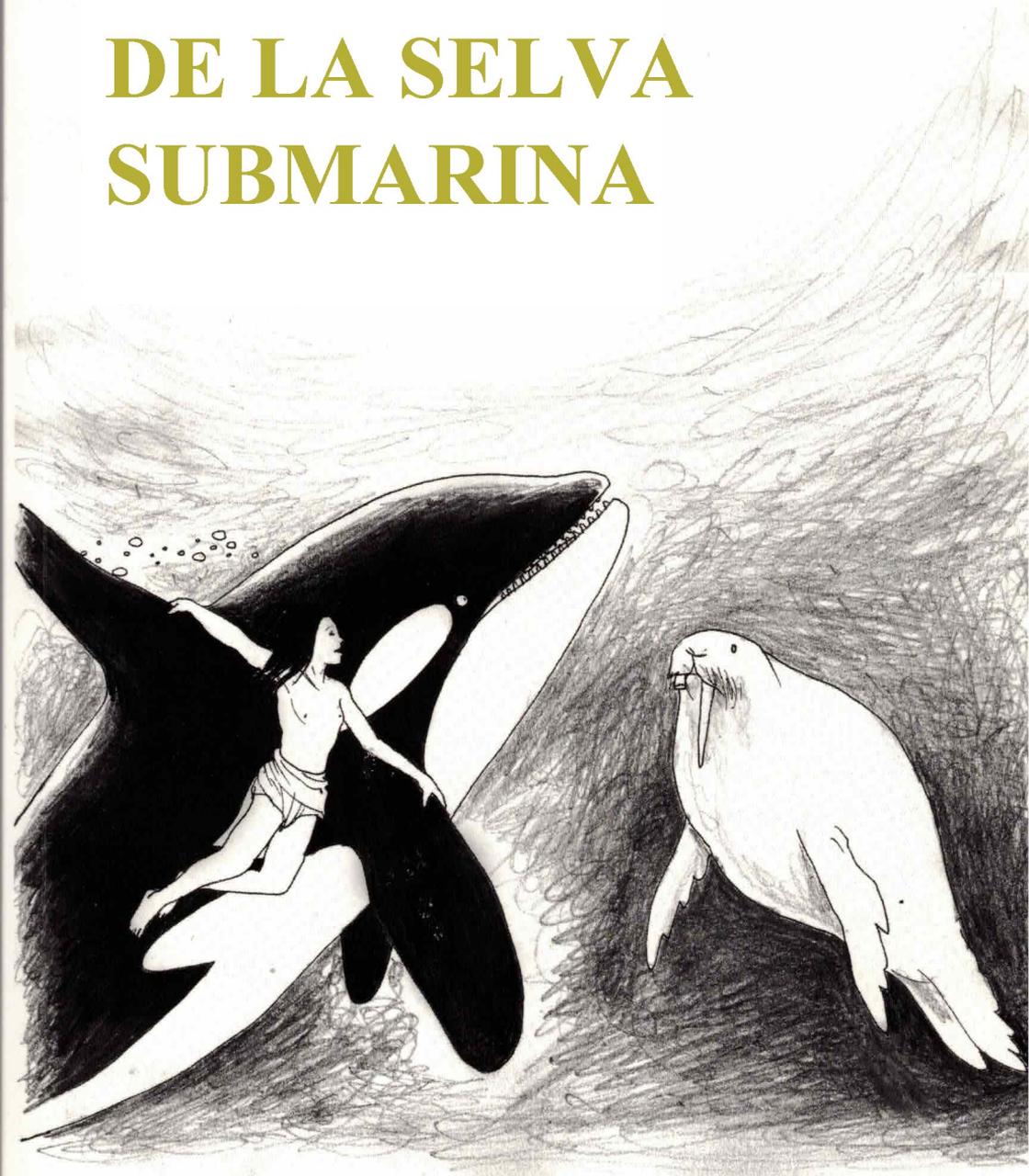


Jean-Pierre Petit

# EL LIBRO DE LA SELVA SUBMARINA



Jean-Pierre Petit

# El libro de la selva submarina

En homenaje a Rudyard Kipling

*Para Jie, que adora que le cuente historias antes de dormir.*

# Los hermanos de Mowgli

Eran las siete de la tarde. Después de una tempestad que duraba ya varios días, el mar estaba en calma, y Papá Delfín había ido a observar los penachos de burbujas que se formaban al romper las olas en las rocas del cabo. Nunca se perdía ese espectáculo majestuoso, y se dejaba mecer por las olas submarinas como un corcho. Pero ahora el telón se abría para presentar uno de los más bellos escenarios que el mar podía ofrecer, el de una tempestad observada bajo su superficie.

Aunque los delfines son habitantes de mar abierto, su clan había optado desde hacía varios lustros por un hábitat de los más originales, al pie de un gran acantilado en el que desembocaba un río subterráneo. Para un habitante de la superficie, la señal habría sido sólo un extraño burbujeo en el sitio donde se producía la resurgencia. Allí el río se abría en un gran pórtico submarino de unos veinte metros de largo y cuatro de alto, en forma de media luna. Un poco más lejos, a unas cuantas decenas de metros, se había formado una sima durante la época de la última glaciación, cuando el río fluía aún por una especie de fiordo, hoy día sumergido.

Cuando un río subterráneo fluye a través de un macizo de piedra caliza, no erosiona la roca sino que la disuelve al cabo de decenas de miles de años. No corre por un lecho, sino por un túnel que se hunde quién sabe dónde bajo tierra, y lleva agua dulce de la cual casi siempre se desconoce la proveniencia.

Cuando llueve, el agua que corre por la superficie del suelo se infiltra por la más pequeña fisura y se une al flujo subterráneo. Y también disuelve la roca. Sucede entonces que el techo de la galería se fractura y la roca se fragmenta en pequeños granos que suben a la superficie por flotación. Esta erosión avanza desde abajo hacia lo alto y termina a veces por aflorar a la superficie. El techo se hunde, y la galería en ese lugar queda dotada de una especie de chimenea que emerge al aire libre, denominada *aven*, a través de la cual puede penetrar la luz.

El clan de los delfines había convertido ese lugar en su territorio. La sima, situada a veinte brazas del pórtico de entrada, tenía una veintena de metros de altura y otros tantos de diámetro. El hundimiento del techo al final había dejado, por encima de la abertura, un cúmulo de rocas fragmentadas. El montículo en forma de cono emergía a la superficie formando una especie de pequeña isla que apenas si sobresalía de la superficie de la cuenca de agua.

El lugar estaba lleno de cavidades y corredores donde a los delfines les gustaba retozar, lejos de la mirada de los hombres, que jamás habrían imaginado encontrarlos allí.

El agua dulce, menos densa, corría deslizándose sobre el agua de mar. Cerca del techo corría lenta agua límpida en la que los delfines parecían moverse como si estuvieran liberados de toda pesadez. Por debajo estaba estancada una mezcla turbia de agua de mar y agua dulce, que habría podido compararse con una mezcla de alcohol y agua antes de que se volviera homogénea.

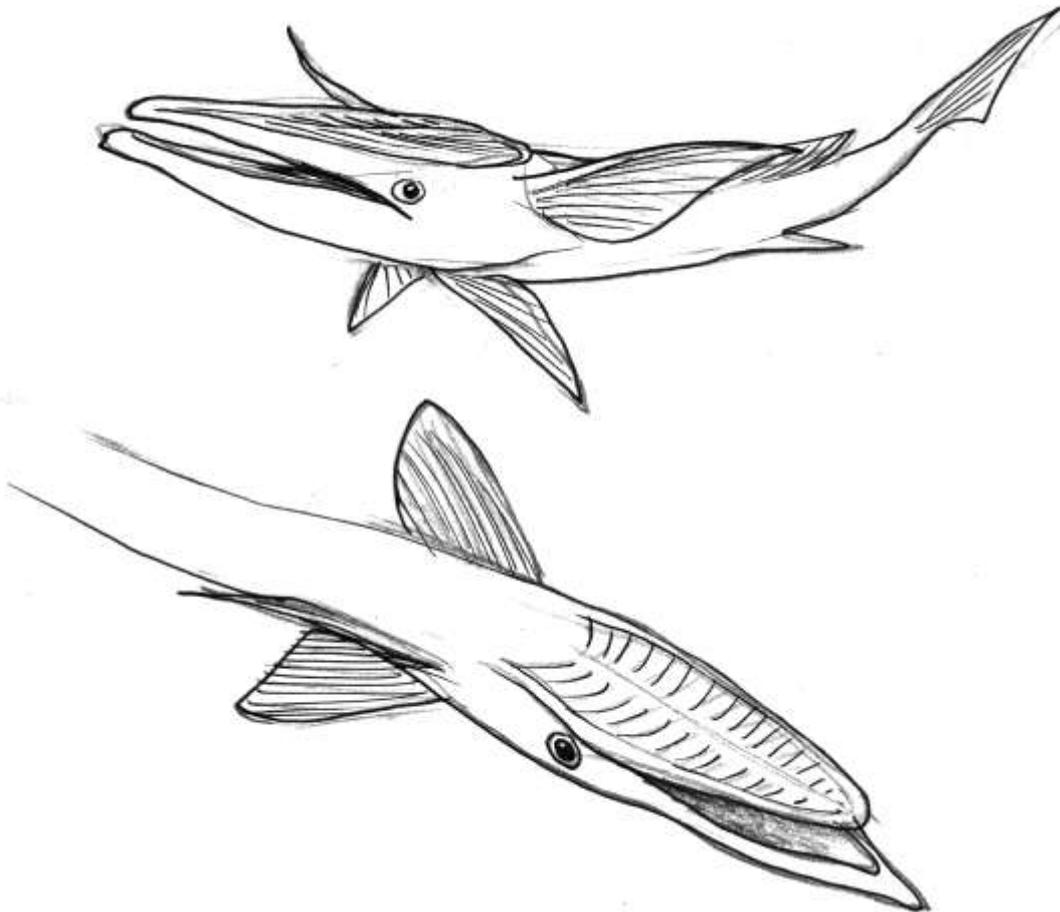
Del techo pendían unas estalactitas que databan de la época en la cual había emergido el pórtico.

Habitualmente los delfines son de humor cambiante. Habían descubierto en ellos instintos territoriales, y desalojado a los tiburones areneros que se habían acomodado en todo el conjunto

de grutas. En cuanto a Papá Delfín, se había instalado con su pareja en una gruta que comunicaba con la sima por medio de un túnel estrecho. En lo más alto, una grieta tortuosa traía luz desde la superficie. En el interior había una plataforma emergida, en la que un hombre fácilmente podía haber parado.

Papá Delfín se sorprendió de encontrar a la entrada de su refugio a Tabaqui, el pez piloto. Los delfines, y en general todos los habitantes del mar, desconfiaban de Tabaqui, el parásito. La naturaleza lo había dotado de una ventosa que recubría la parte superior de su cabeza, y que le permitía adherirse a cualquier objeto. De esa forma se hacía llevar sin esfuerzo por cualquiera que en el mar fuera lo suficientemente grande como para garantizar su transporte.

Los tiburones y las mantarrayas lo dejaban apoyarse en ellos porque les daba consejos sobre los mejores lugares para encontrar comida.



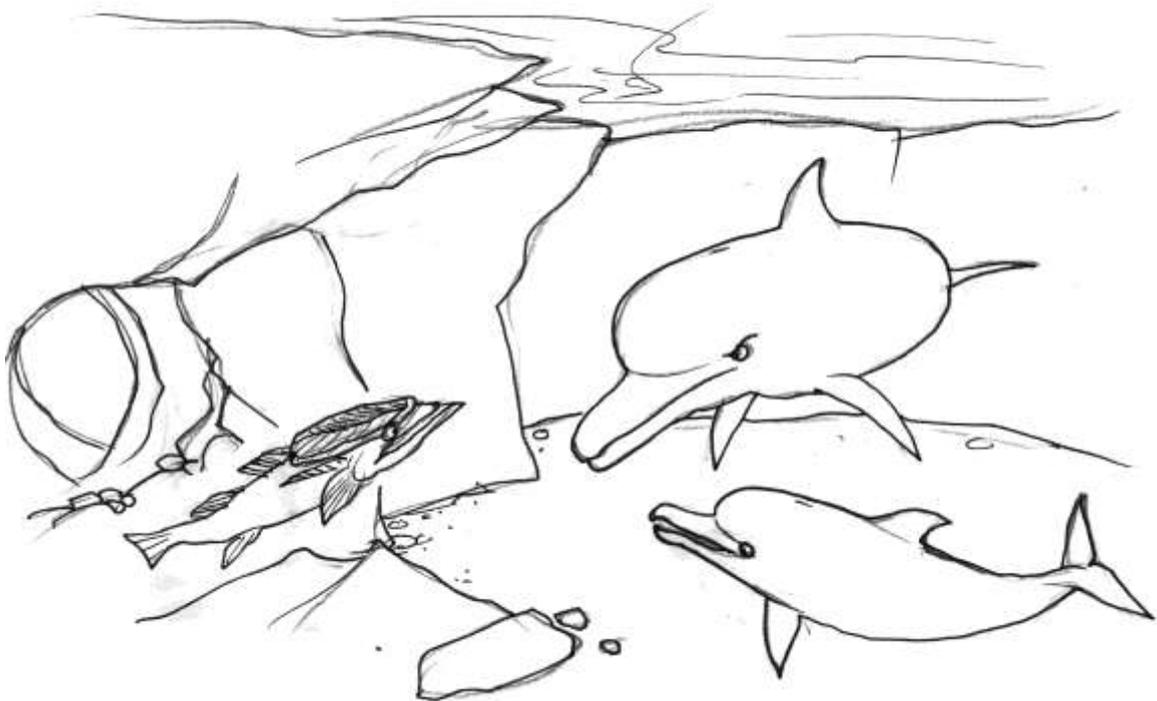
A ningún delfín se le habría ocurrido nunca la idea de tolerar la presencia de un parásito semejante, al que llamaban “lameplatos”. Cuando no estaba de viaje, adherido a la espalda o bajo la nariz de cualquier hospedero, Tabaqui regaba chismes entre los arrecifes de coral, o masticaba algo tan disgustoso como una vieja bota de goma arrojada por la borda de alguna embarcación.

Papá Delfín se mostró desagradablemente sorprendido de hallar a Tabaqui delante de su puerta.

– ¿Qué haces tú en la gruta del Pueblo Libre?

– Nada, pasaba para ver si no habías dejado alguna sobra de comida.

– ¿Acaso no puedes tú mismo atrapar tu propio alimento?



– Por desgracia no, señor. La Naturaleza no me dio ese don. Me toca compartir el alimento de otros.

Papá Delfín se deslizó a su guarida. En el interior, Mamá Delfín estaba amamantando a su bebé. Tabaqui la felicitó:

– ¡Qué lindo bebé tienes ahí, fuerte y vigoroso como su padre! ¡Y qué hermosos ojos, qué rostro poderoso! Ciertamente es que los hijos de los reyes son amos y señores desde la cuna.

Tabaqui sabía a la perfección que no había nada más desagradable para unos padres que ver a un extraño adular a su bebé en sus narices.

Se quedó un instante quieto, sin mover ni una aleta, complacido de ver la reacción de desagrado que había provocado en Papá y Mamá Delfín. Luego continuó, maliciosamente:

– Shere Khan, el gran tiburón tigre, ha cambiado sus territorios de caza. Me ha dicho que la próxima luna vendrá a cazar en vuestras aguas.

– ¡No tiene derecho! – dijo Papá Delfín encolerizado –. No puede cambiar sus batidas sin advertir debidamente al Pueblo del Mar. Por donde pasa, espanta los peces a su alrededor varias millas a la redonda, y tengo que esforzarme el doble para poder cazar.

– Su madre – agregó Mamá Delfín – no lo llamó por nada Lungri, el rengo. Nació con una aleta más corta que la otra. Por esa razón nunca ha podido cazar más que presas de poca monta.

A unas millas de allí, en el Gran Acantilado, donde yacía el refugio de los delfines, había un pequeño puerto pesquero.

Papá Delfín daba vueltas nerviosamente en la estrecha caverna.

– Como no puede atraparlos, en lugar de buscar atunes en aguas abiertas, Shere Khan bien podría atacar a los pescadores que se bañan cerca de la costa. Y si lo hace, estos se darán a su caza. Tenderán redes en la que podemos quedar atrapados. Si inician su persecución, él se irá lejos. Pero nosotros tendremos que aguantar la cólera de los pescadores, que nos perseguirán con sus harpones, cuando no les deseamos ningún mal. ¡En verdad, le debemos mucho a Shere Khan...!

– ¿Quieres que le hable de tu gratitud? – dijo Tabaqui.

– ¡Fuera, vete! – dijo con furia Papá Delfín –. Ve y encuentra a tu amo, y que te dé de comer. Ya has hecho bastante daño esta noche.

– Me marchó – dijo Tabaqui, enfilando por el estrecho túnel –. Si sales del fiordo, podrás constatar que Shere Khan ronda a la entrada.

Caía la noche. Dejando el refugio del clan, Papá Delfín pudo ver la aleta dorsal del tiburón tigre enderezándose fuera del agua. Zigzagueaba, como si buscara algo. Pudo ver también que Baloo, la morsa, cuyo nombre significa “la que perdió un colmillo en la batalla”, retozaba en un tapiz de hierba. Se acercó a ella.

– Te saludo, Baloo. Buena y tierna hierba tengas, y sabrosas conchas.

– Hola, Papá Delfín, buena pesca para ti y los tuyos. Shere Khan anda merodeando.

– Busca algo, sin duda.

– O más bien a alguien. Anoche, un barco se volcó cerca de la costa. La tripulación se aferró al casco. Otros los vieron desde el puerto cercano y acudieron en su ayuda.

– ¿Lograron salvarlos a todos?

– No lo sé. Pero las aves marinas me dijeron que habían visto la sombra del tiburón rayado deslizándose bajo la superficie.

– Debe haber sentido algo. Puedo verlo avanzando, con la boca entreabierta.

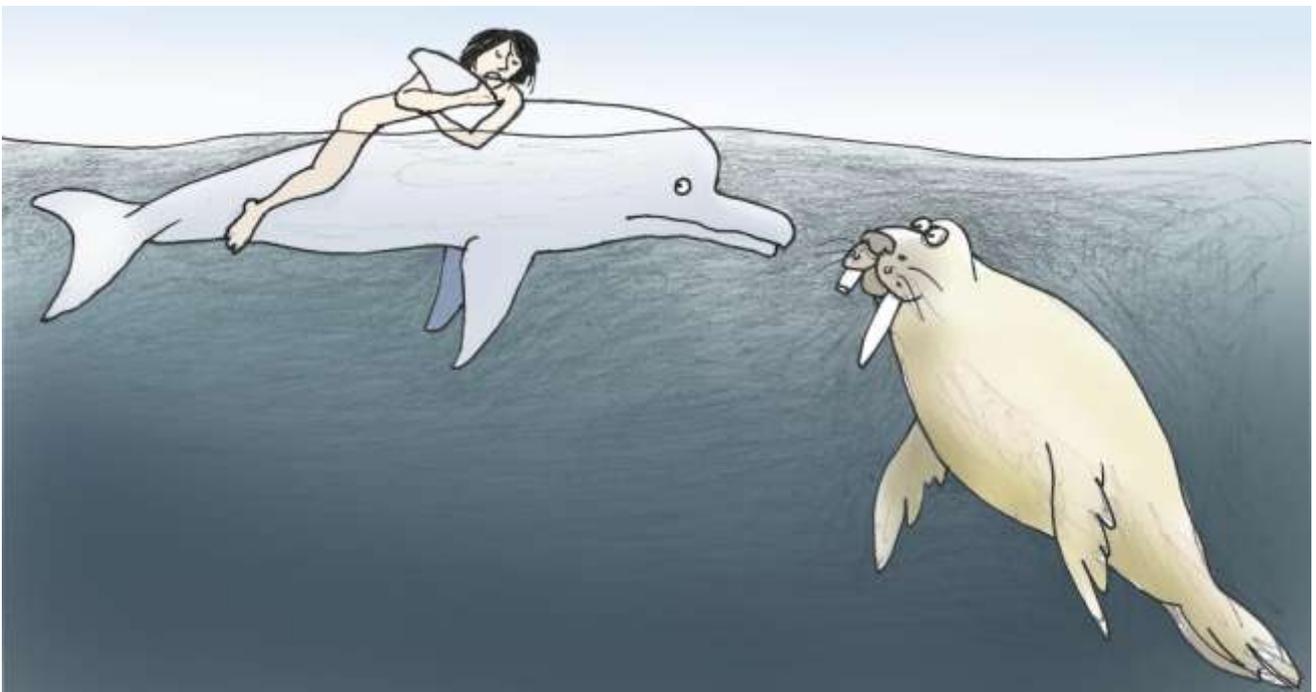
A pesar de estar bien entrada la noche, vieron algunos detritos que flotaban, los restos del naufragio. Impulsados por la curiosidad llegaron al lugar en unos cuantos golpes de aleta. La embarcación se había desarbolado y su aparejo roto flotaba a la deriva. Un remanente de vela se mecía con las olas. Papá Delfín se acercó. De repente sintió que le agarraban la aleta dorsal.

No eran dientes, ni ventosas, ni una cuerda, ni una red, ni nada conocido. Oyó a Baloo reír.

– ¿Por qué ríes?

– Porque llevas un pequeño pasajero.

– ¿Un qué?



– Un hombrecito agarrado a tu dorso.

Papá Delfín sintió cómo las pequeñas piernas del niño, que no debía tener más de siete años, apretaban su cuerpo.

– Es valiente. No te teme.

– ¿Qué debo hacer con él?

– Si lo abandonas, Shere Khan lo encontrará y dispondrá de él.

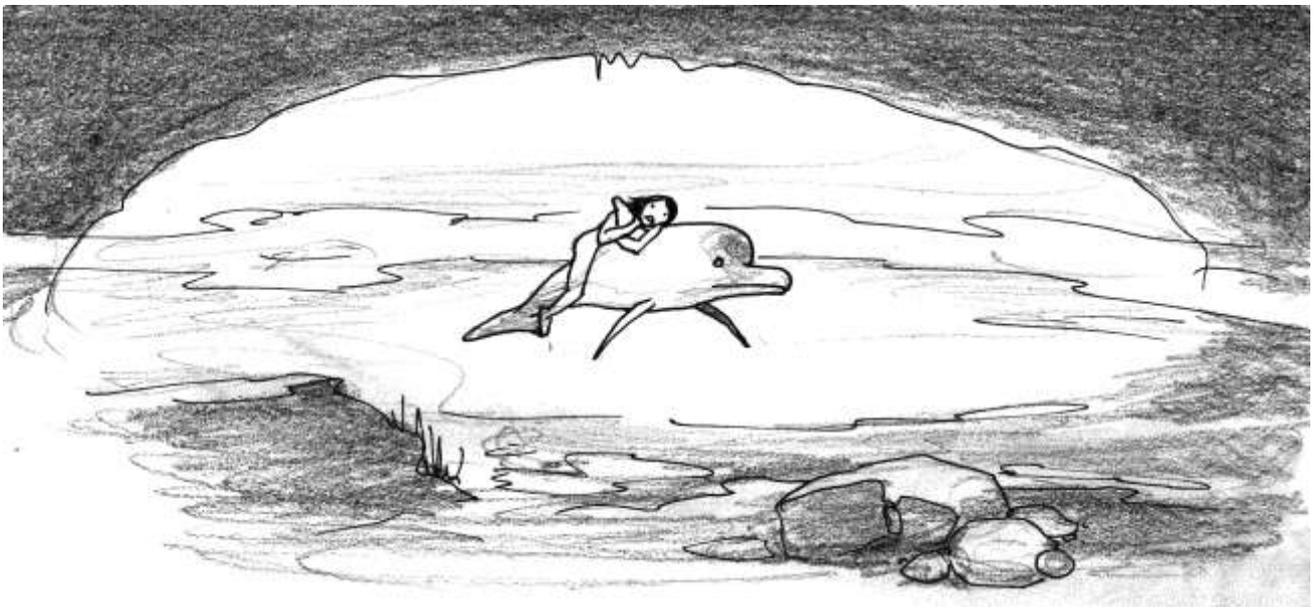
A lo lejos se veían brillar las luces del puerto. Papá Delfín resopló por su espiráculo.

– Si tratamos de llevarlo al puerto, y si el tiburón tigre nos encuentra, estaremos en apuros. Pero no podemos dejarlo aquí.

– Haz lo que te diga tu instinto – dijo Baloo antes de retomar su rumbo por las praderas submarinas.

El refugio del clan estaba cerca. Sin pensarlo mucho, Papá Delfín se dirigió a la entrada. Tenía que sumergirse para cruzar el pórtico y llegar hasta las aguas abiertas de la gruta que le servía de refugio. Sintió las manos del hombrecito sujetar muy fuerte su aleta.

– Bueno – se dijo –, voy a cruzar el pórtico. Si te sueltas, tanto peor para ti.



Pero el hombrecito se tuvo fuerte. A veinte metros de la entrada, Papá Delfín volvió a la superficie, brillando en la oscuridad como una vejiga.

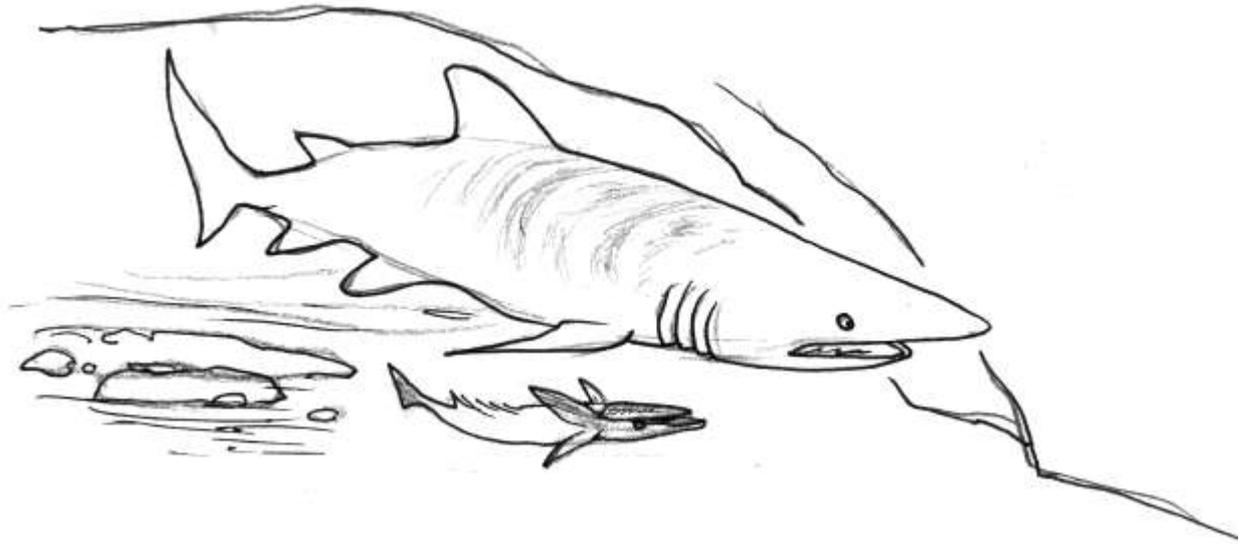
– ¿Pero qué rayos llevas en el lomo?



Mamá Delfín se acercó con su pequeño bebé. El hombrecito soltó la aleta, puso pies en la meseta de coral y los miró sin ningún asomo de temor.

– ¿Un hombrecito? Jamás había visto uno. Muéstrate para ver cómo eres.

El refugio estaba iluminado tanto por un rayo de luz que venía del techo como por un bello resplandor azul que emanaba del túnel de acceso que conducía a la sima. Los delfines vieron perfilarse la silueta de Tabaqui, el pez piloto.



– Entró por aquí, señor.

La estrecha entrada quedó de pronto oscurecida por la presencia de un imponente visitante que se había hecho paso, y que apenas si podía encajar las tres cuartas parte de su extensión allí. Entonces apareció la nariz del tiburón tigre.

Papá Delfín lo enfrentó, sabiendo que el tiburón no podía ir muy lejos.

– Es un gran honor tener visita de Shere Khan. ¿Qué deseas?

– Mi presa. Un pequeño hombrecito tomó este camino. Sus padres regresaron a la costa, lograron escapar. Él es mío, dámelo.

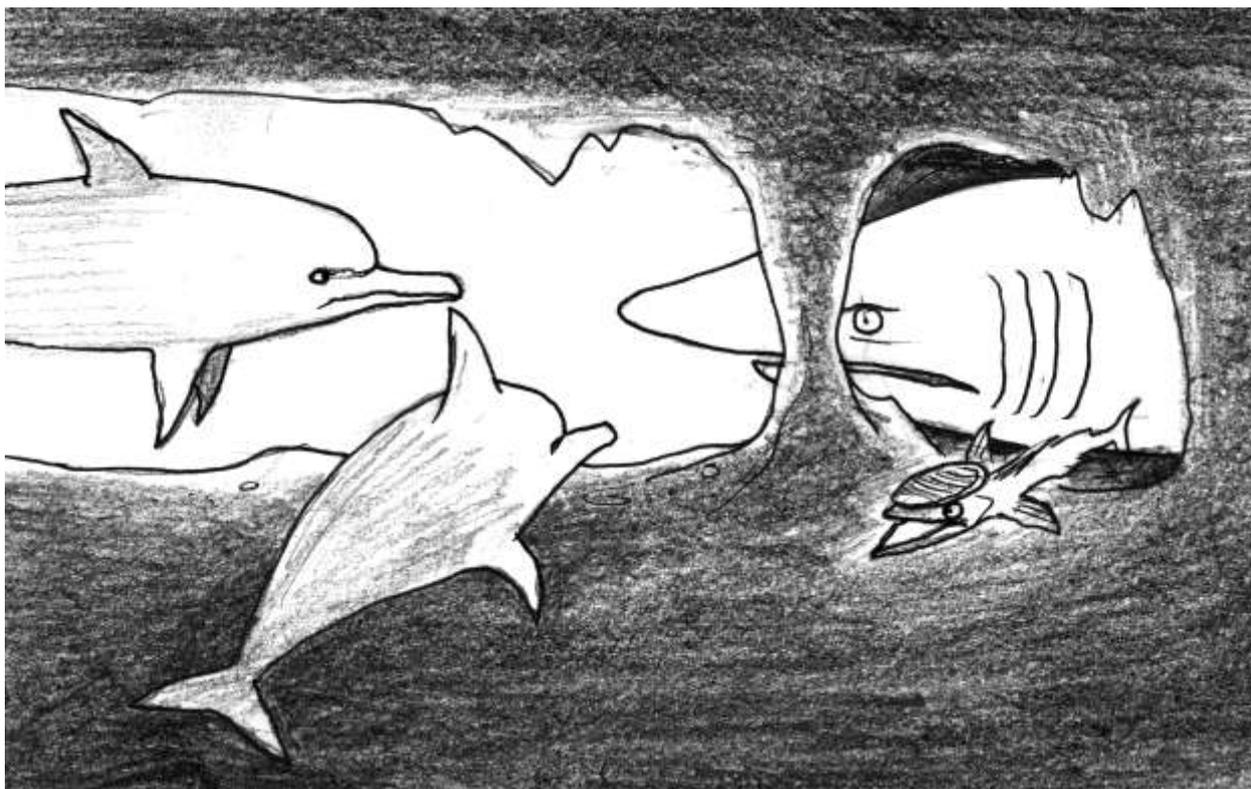
– Los delfines somos un pueblo libre y sólo recibimos órdenes del Consejo del clan, y no de un tiburón con la piel rayada a medias. El pequeño está con nosotros... para matarlo o para dejarlo vivir, según decidamos.

– ¡Por favor! ¿Pero qué tonterías dices? Acaso tengo que esperar en esta covacha de morenas, sabiendo se trata de mi más legítimo derecho? ¡Soy yo, Shere Khan, quien habla!

Mamá Delfín apareció en la luz, emergiendo del fondo de la caverna.

– Soy yo, Raksha, el diablo, quien contesta. ¡El pequeño hombrecito es mío, óyelo bien, Lungri, tiburón renego!

En el lugar en que se encontraba, Shere Khan estaba en una mala posición para atacar. En cambio, su oponente podía, deslizándose entre dos lajas, llegar hasta su punto débil, los oídos.



Los tiburones, de hecho, incluso cuando son de gran tamaño, no son invulnerables. Saben que las cabezas de los delfines pueden matarlos si golpean ese punto débil de su coraza cauchuda, provocándoles de inmediato una hemorragia mortal.

Raksha continuó reprendiéndolo :

- ¿Y si nos place dejarlo vivir, nadar con nosotros y brindarle la protección de nuestro clan? ¡Ten mucho cuidado con mi ranita, tú devorador de carroña y de restos submarinos! Quizás algún día él te cace con su arpón. ¿Qué esperas para volver a aguas abiertas? ¡Mira que necesitas nadar constantemente para no asfixiarte como pez fuera del agua!

La mayor parte de los tiburones, en efecto, están totalmente desprovistos de músculos para mover sus oídos y hacer circular agua en sus branquias. Sólo los tiburones areneros o los durmientes pueden permanecer inmóviles mientras se llenan de agua. Shere Khan, como todos los tiburones tigre, tenía que moverse sin cesar para respirar. Aprisionado en esa galería de acceso a la gruta, sintió sus fuerzas mermar. Decidió dar marcha atrás y tuvo que contorsionarse para poder liberarse del estrecho túnel.

- Cada morena quiere imponer su ley en su propio agujero. Ya veremos qué dirá el clan cuando sepa que queréis mantener entre vosotros a una cría de hombre.

Tabaqui se aferró a su vientre.

Papá Delfín eructó encolerizado.

– Vete, señor del mar, y llévate contigo a tu sirviente.

La gran silueta de Shere Khan se enmarcó a contraluz bajo el pórtico de ingreso.

Pasada la furia, Mamá Delfín volvió a dar vueltas por la gruta.

– Todo está bien ahora. ¿Pero qué vamos a hacer con esta ranita?

Posó su cabeza sobre la mesa de coral. Mowgli, la ranita humana, se acercó y la acarició. Ella nunca había sentido un contacto así y lo miró a los ojos.

– Bueno – dijo Papá Delfín –, mañana será otro día y será el Consejo quien decida. Mientras tanto, ¿qué le daremos de comer esta noche?

– Pues creo, querido, que no tendrá necesidad de nosotros. ¡Mira!



Mowgli se zambulló y sacó un puñado de conchas que estaban amontonadas en el fondo o adheridas a la pared, y las colocó sobre la mesa de coral, alineándolas con cuidado. Luego, como si se tratara de la cosa más natural del mundo, se sumergió de nuevo y sacó una gran piedra, que sujetó con ambas manos. Fuera del agua, la utilizó para romper las conchas. Apareció una carne blanca y rosada, que agarró con ambas manos, introduciéndolas en su boca con una gran sonrisa.

Papá Delfín no se perdió la escena.

– Ya veo – se dijo –, cómo pescan los humanos. He visto a Baloo salir de la arena de las conchas con su colmillo intacto. Pero él las reúne con sus aletas. Y en vez de romperlas con los dientes, usa una roca. Muy interesante.

El fondo sumergido de la gruta estaba tapizado de erizos. Mowgli fue a recoger los de bonitos colores, dejando de lado los negros, que no tenían huevos. Se sirvió de una vieira de Saint-Jacques como cuchillo, y haciendo con ella una abertura circular, cogió con un dedo los racimos de huevos de color amarillo y naranja, y se dio un festín con ellos.

Terminada la cena, invitó a unos lábridos, apenas del tamaño de su mano, a terminar los platillos. Sentado al fondo de la gruta y agarrado a un matorral de gorgonia, extendió los erizos a sus invitados, que acudieron veloces al festín.

Mamá Delfín contemplaba el espectáculo con asombro mezclado de admiración.

Terminado el festín, Mowgli puso pies en tierra, se acostó en una laja y se durmió.

A la mañana siguiente, los rayos del sol comenzaron a descender gradualmente a la sima, formando una mancha de luz resplandeciente sobre las paredes calcáreas e iluminando el agua del río subterráneo de un bonito color verde esmeralda. Mowgli había recorrido rápidamente el lugar como si fuera su propiedad, explorando uno a uno todos los corredores de la resurgencia. En una sala contigua descubrió una montaña de conchas de ostras, testimonio de la ocupación del lugar por hombres prehistóricos, en la época de la última glaciación, cuando las aguas eran más de cien metros más bajas, y una parte importante de las galerías estaba seca. Delfines jóvenes lo rozaban y provocaban su risa, que producía eco en las paredes del pozo. El salón resonaba con el sonido de los espiráculos. Finalmente puso un pie en la pequeña isla central, se sentó y miró a su alrededor a la manada que daba vueltas.

La manada le dio paso a un visitante de lo más imponente. Baloo colocó sus quinientas libras de carne en el pedregal, ayudándose con su único colmillo.



Se hizo silencio. Akela, jefe de la manada de delfines, nadaba lentamente hacia el islote. Luego, descansando la parte anterior de su cuerpo sobre sus aletas, sacó la cabeza del agua para inspeccionar al hombrecito.

Los delfines sintieron una fuerte turbulencia producida por la llegada de Shere Khan al refugio del clan. Llegó a la sima y dio vueltas lentamente, bordeando la pared.

– El pequeño es mío. ¿Qué va a hacer el Pueblo Libre con uno como él?

Cuando un extraño al clan quiere unirse a este, la Ley del Mar exige que al menos dos de sus miembros, distintos a su padre y madre, se hagan cargo de él.

Akela emitió un largo siseo.

– ¿Quién habla en nombre del hombrecito? ¿Quién aquí habla por él?

No hubo respuesta. Shere Khan recibió el silencio con satisfacción, chasqueando sus poderosas mandíbulas, capaces de arrancar la pierna de un hombre. Entonces la anfitriona del clan, Baloo, la morsa, que enseñaba a los jóvenes delfines la Ley del Mar, y que podía ir a donde quisiera, porque siempre encontraba conchas para alimentarse, se irguió lo más alto que pudo.

– El hombrecito... ¿el hombrecito?... – dijo –.Yo hablo por él. No hay nada malo en un pequeño hombrecito. No tengo el don de la elocuencia, pero hablo con la verdad. Que nade con el clan y se mezcle con los demás. Yo misma le enseñaré.

– Aún hace falta otro – dijo Akela –. Baloo se ha pronunciado, y es ella quien enseña la Ley a nuestros pequeños. ¿Quién más hablará?

Una sombra salida de la nada se cernió sobre el fondo del talud. Los ojos de Mowgli se abrieron para ver quién era ese ser negro como la tinta de un calamar. Entonces Bagheera, la orca, ascendió desde el fondo. Su larga aleta dorsal apareció y se inclinó hacia un lado.

Todos conocían a Bagheera, y nadie se atrevía a cruzarse en su camino, excepto tal vez Tabaqui, el pez piloto, mucho menos astuto que ella. La voz de Bagheera era más ligera que la espuma del mar, y su piel más suave que la de las anémonas.

– Oh Akela y vosotros, Pueblo Libre – ronroneó su voz persuasiva –, no tengo ningún derecho en vuestra asamblea. Pero la Ley del Mar dice que si hay dudas en un asunto diferente a una muerte, a propósito de un nuevo infante, la vida de este puede ser comprada acordando un precio. Y la Ley no dice quién tiene derecho o no a pagar dicho precio. ¿Tengo razón?

– Así es, bien dicho – chillaron los delfines jóvenes, que siempre andaban con hambre –. Escuchemos a Bagheera. El pequeño puede ser comprado. Es la ley.

– A sabiendas de que no tengo derecho a hablar aquí, pido vuestro permiso.

– Habla – gritaron muchas voces.

– Matar a un pequeño desnudo es una deshonra. Además, él podrá ayudarnos a pescar mejor cuando tenga la edad suficiente para hacerlo. Podrá liberaros de las redes en las que hayáis quedado atrapados. Sabrá cortar el hilo que os tiene presos y extraer el anzuelo que os hiere la boca. Al igual que otros hombres, podrá escalar las rocas y ver de lejos los barcos arponeros que se avecinan. Baloo ha hablado a su favor. Esta es mi oferta: un pez luna de quinientas libras, recién cazado por mí, el cual yace en el fondo, a menos de media milla de aquí, si aceptáis al pequeño humano, conforme a la ley. ¿Hay alguna objeción?

Se elevaron clamores de voces mezcladas que hablaban juntas: “¡Qué importa! Se ahogará con las tormentas de invierno, se perderá en la niebla. ¿Qué daño puede hacernos una rana desnuda? ¡Que nade con el clan! ... ¿Dónde está el pez luna, Bagheera? ... Aceptamos”.

Durante todo este cruce de palabras, Mowgli se había interesado por las piedras del islote. No prestó atención a los delfines adultos que venían a examinarlo por turnos. Al final, todos se marcharon detrás de Bagheera, que los condujo abajo hasta el desnivel al pie del cual yacía muerto el pez luna. Sólo quedaron en las grutas Akela, Baloo y la nueva familia de Mowgli.

Bagheera no tardó en volver, dejando a los delfines del clan con su festín. En el camino se cruzó con el tiburón tigre, furioso porque Mowgli no le había sido entregado.

– Sí, puedes festejarlo como quieras, a diestra y siniestra. Pero llegará el día, te aseguro, en que esta rana te devolverá favores de otra forma, o no sé nada sobre el Hombre.

Bagheera se reunió con el grupo en la sima.

– Hicimos bien – dijo Akela –. Los hombres y sus niños son gente avezada. Cuando llegue el momento, podrá sernos útil.

– Es cierto – dijo Bagheera –. Cuando llegue el momento, ¿quién sabe?, tal vez lo necesitemos. Porque nadie puede liderar el clan del Pueblo Libre para siempre.

Akela no respondió. Pensaba en el tiempo que le llega a cada líder, cuando sus fuerzas lo abandonan y cuando, cada día más debilitado, termina siendo expulsado por otro miembro del clan, por un nuevo líder.

– Tómalo – le dijo a Papá Delfín –, y edúcalo como corresponde a un miembro del Pueblo Libre. .

Fue así como Mowgli, la rana, entró en el clan de los Delfines de Seonee, al precio de un pez luna y de unas sabias palabras de Baloo, la morsa.

Papá Delfín le enseñó todas las cosas que conocía sobre el mar. Lo que estaba bien comer y lo que no. Cuando los delfines iban a cazar, el pequeño se aferraba a uno de ellos y se dejaba llevar, recostado en el dorso, mirando las nubes del cielo, o boca abajo mirando desfilas las algas del fondo, que ondulaban por efecto de las corrientes.

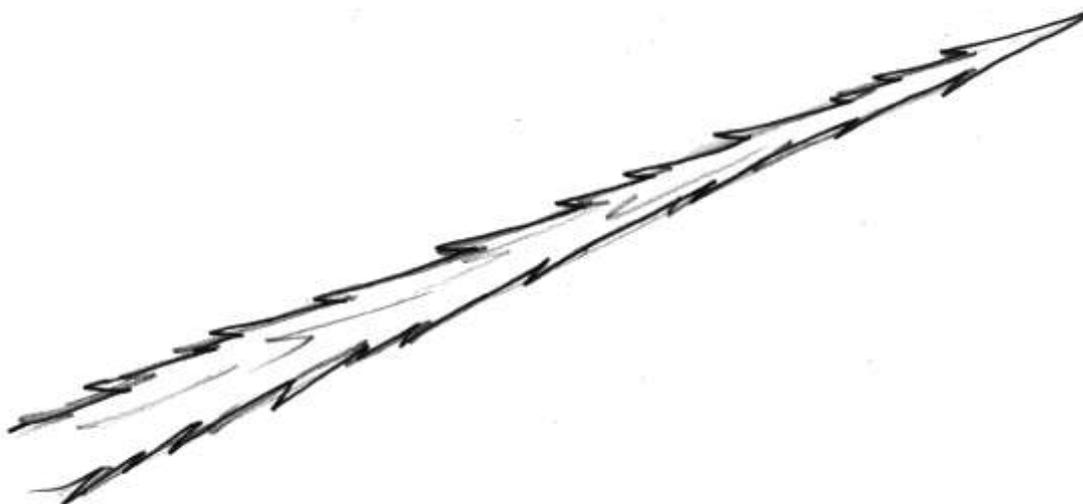
Él era el único que podía percibir, a lo lejos, la vela de un pesquero. Avisaba entonces al grupo golpeando la superficie del agua con sus manos, o emitiendo sonidos con su garganta.

Cuando no iba con la manada se quedaba solo y trepaba por el acantilado de piedra caliza, pero no muy lejos de la entrada de la gruta. Recogía hierbas y las olía. Observaba, entrecerrando los ojos por el sol, los remolinos de viento levantando torbellinos de espuma. Podía llegar más hondo que cualquier humano; todo lo que tenía que hacer era montar a horcajadas sobre uno de sus hermanos, y luego asentir con la barbilla cuando era hora de volver a subir.

Baloo le enseñó las Palabras Maestras del mundo del mar. Aprendió que los corales con astas, a pesar de su apariencia inofensiva, podían infligir quemaduras punzantes. Le enseñó a no coger ni tocar cualquier cosa, y que ciertas conchas, que eran bonitas a la vista, tenían pequeños dardos venenosos.

Aprendió el lenguaje de los peces que pastan en los corales, y que emiten sonidos con los dientes palatinos, los cuales usan como piedras de molino para moler, hasta convertirlos en polvo, los corales de los que se alimentan.

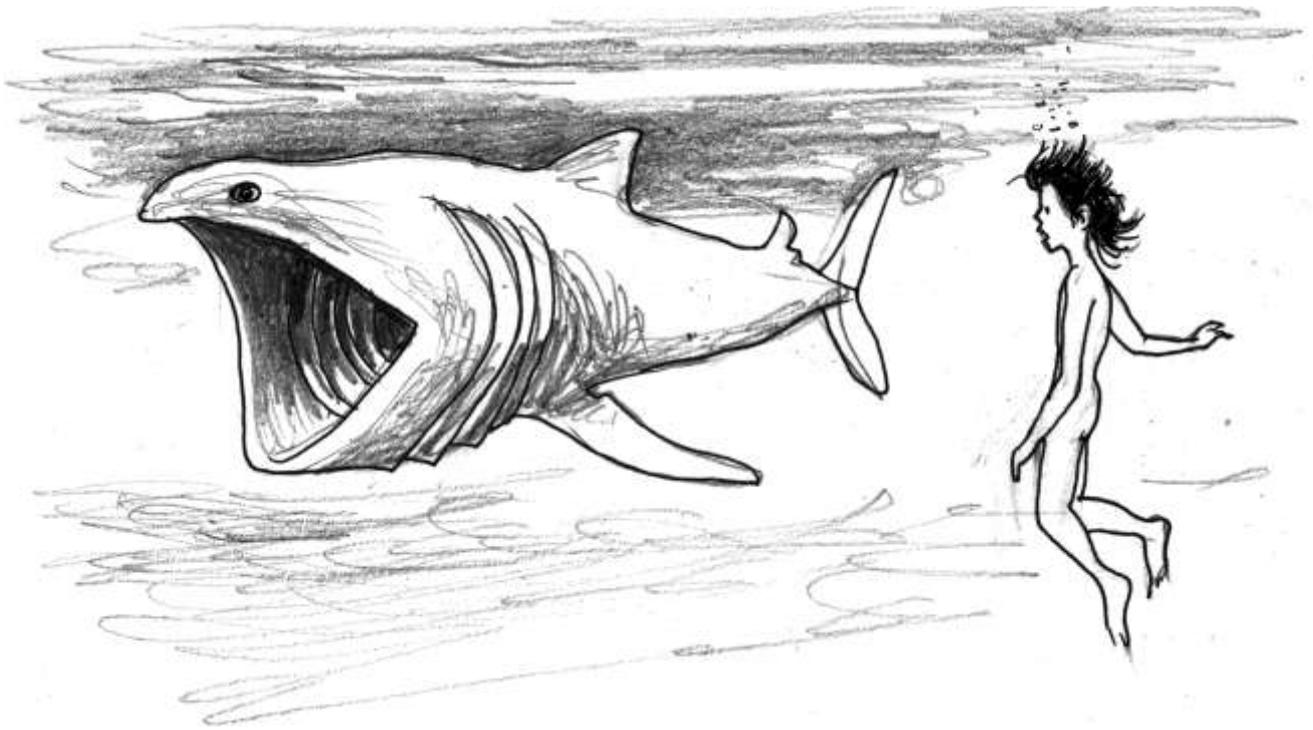
Aprendió a reconocer las rayas enterradas bajo la arena, cuyo aguijón, erizado de púas, es tan peligroso que si se clava en una pierna, lo mejor, para extraerlo, es dejar que siga su camino, sacándolo del otro lado.



Se hizo amigo de Lith, la gran tortuga marina, quien accedió a llevarlo a cuestras. Le gustaba oír su poderosa y ronca respiración cuando subía a la superficie para recuperar el aliento. Durante todo el tiempo que Mowgli aprendió a conocer el mar, no hubo hombrecito más feliz que él.

Lo que más amaba era ir mar adentro, a lomo de Bagheera, la orca. Aferrado a su poderosa aleta dorsal, se dejaba arrullar por su poderoso nado, y recorrían juntos decenas de kilómetros. A veces resonaban a grandes distancias extraños ruidos en el mar. Y a veces, muy lejos de la costa, se acercaban a Hathi, la gran ballena azul, la cantante, cuya cría era tan grande como Bagheera.

Shere Khan, por su parte, se había ido a otros lugares a cazar. Junto con Bagheera, a veces Mowgli se cruzaba con tiburones de una especie completamente diferente, los cuales nadaban en línea recta con la boca bien abierta.



– ¿Qué comen, Bagheera? No vi ningún pez introducirse en sus bocas. ¿Están esperando que les caiga un pez en la garganta? Parece bastante tonto.

– Comen plancton.

– ¿Y eso qué es?

– Algo muy pequeño, por eso tienen que comer bastante.

A veces, los viajes que hacía con Bagheera se prolongaban hasta altas horas de la noche. Durante la estación cálida, cuando regresaban, la orca dejaba tras de sí un rastro luminoso y verde.

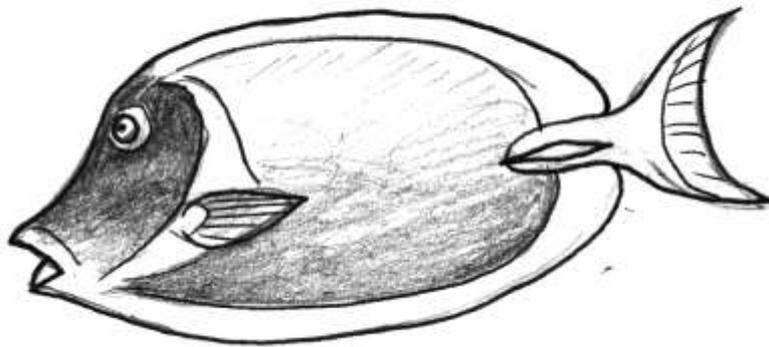
– ¿Bagheera, qué es eso?

– Es lo que comen tus amigos, los tiburones ballena. Cuando perturbas de noche a esos diminutos animalitos de los que ellos se alimentan, emiten luz

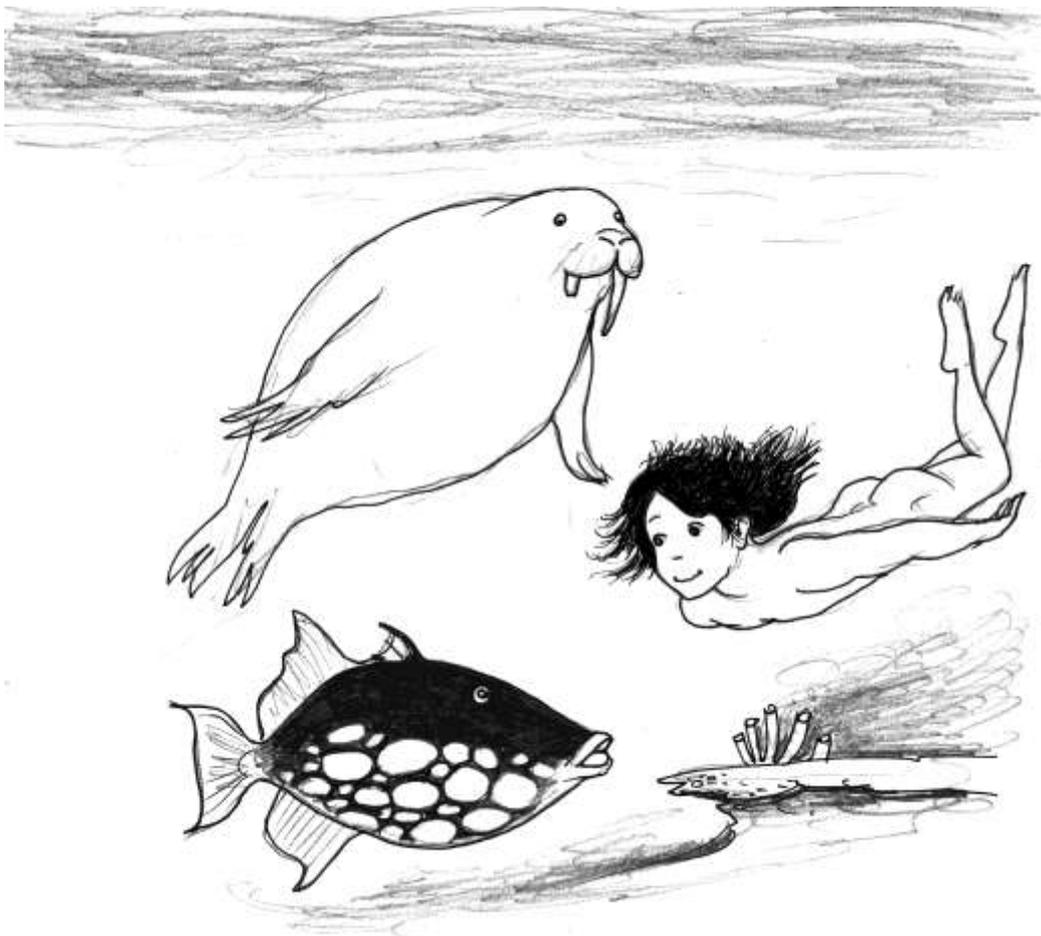
– ¡Qué extraño es el mundo del mar!

La más sabia de todos era Baloo. Le mostraba a Mowgli todos los peligros del mar, todo lo que tenía veneno. Le enseñó a no meter las manos en ningún agujero de roca cuando tenía curiosidad por saber qué podía sacar de allí. Le enseñó a agarrar, morder y matar. Le enseñó qué se podía tocar y qué no, y a qué cosas no se debía acercarse bajo ninguna circunstancia.

Le dijo que ciertos peces, a los que llamaban "médicos" o "cirujanos", tenían lancetas cerca de la cola, que podían cortarles un dedo.



En otros, los peces ballesta, también llamados *trigger fishes*, el peligro se alojaba en el dorso, bajo una larga cresta articulada, cuyo movimiento brusco podía hacer que saliera disparada una aguja portadora de veneno.



Un día Mowgli vio en el mar una especie de odre hinchado flotando en la superficie, coronado por una extraña cresta que encajaba el viento.

– ¿Qué es, Baloo? ¿Un navío? ¿Un velero?

– Si te acercas, amigo mío, ese velero te matará.

– ¿Pero cómo? No tiene dientes, ni brazos, ni nada que pueda herir. Sólo una gran cantidad de cintas que cuelgan de la bolsa flotante.

– Te equivocas. Sus armas son tan pequeñas que no puedes verlas a simple vista.

– ¿Dónde las guarda?

– Sus armas son las cintas. Están revestidas de diminutos arpones, invisibles a simple vista; cargados de veneno, se disparan sobre todo lo que los roza. Mira a ese pez imprudente que va directo hacia ellas.

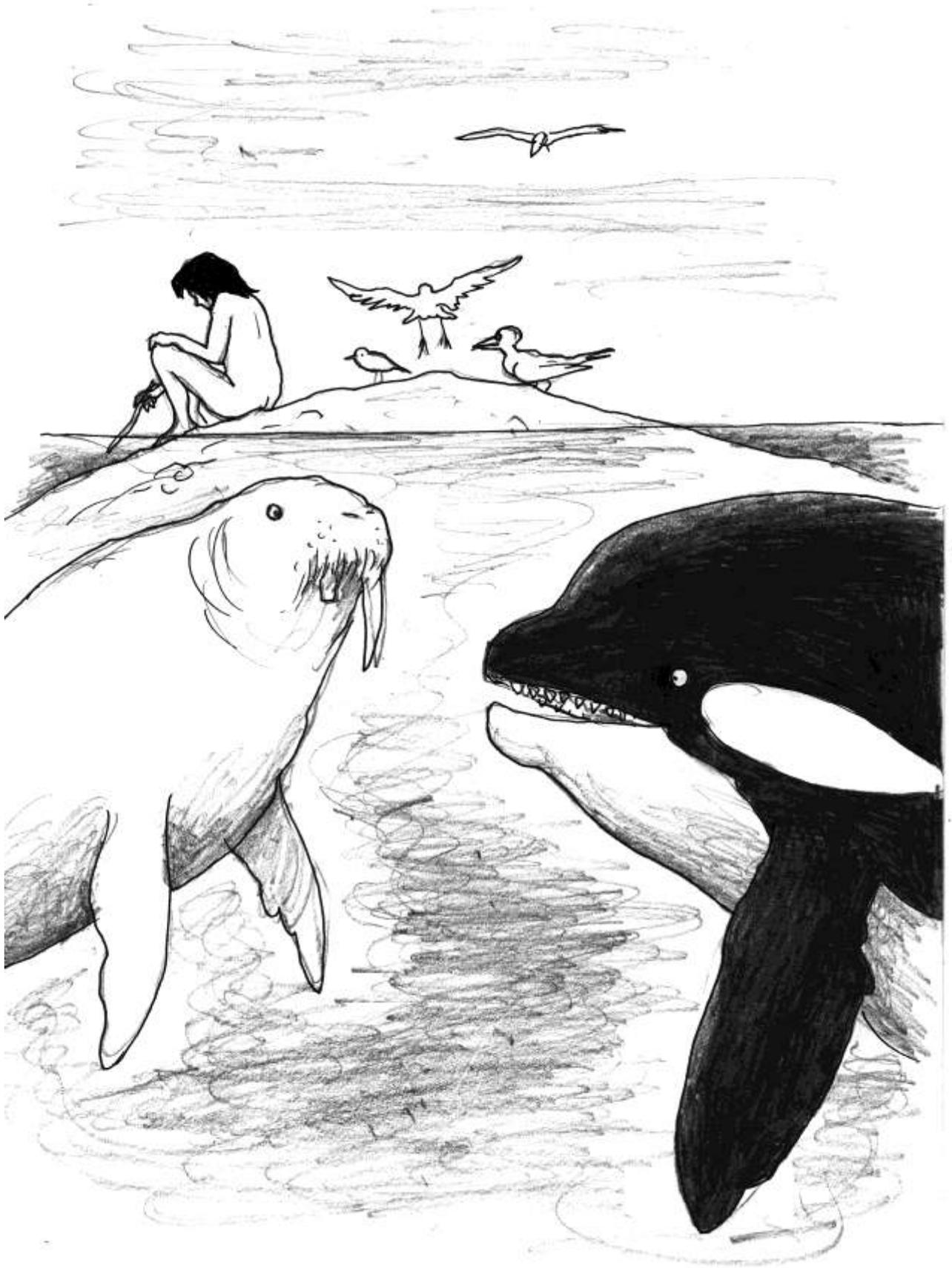
En una fracción de segundo el pez quedó paralizado. Las cintas se replegaron sobre él y el extraño ser comenzó a halarlo hacia su boca, como un pescador a la red.

– Ven, regresemos.

Mowgli vivía entre dos mundos. En el mar hablaba el lenguaje de las morsas, de las orcas y de los delfines. Escuchaba la charla interminable de los peces loro, que propagaban todos los chismes del arrecife mientras pastaban en el coral con los dientes tan apretados que formaban una especie de pico parecido al de las aves terrestres de las que tomaban el nombre. Oía lo que ningún oído humano podía captar: chirridos y susurros de escamas apenas perceptibles, pero que para los habitantes del mar eran verdaderas palabras.

En la superficie, Mowgli había aprendido el idioma de Chil, la gaviota. Baloo le había enseñado a no temer a esos seres voladores que no temían a los hombres, y que no desdeñaban comer las cabezas de pescado que aquellos arrojaban desde las cubiertas de sus barcos, cuando navegaban o cuando estaban en el puerto. Le tendía a Chil peces que ella atrapaba y aferraba en vuelo, lanzándose sobre él desde lo alto. El ojo de Chil era muy agudo. Podía ver a millas de distancia cualquier cosa que flotara en la superficie

Cuando Mowgli regresaba a casa, se abastecía de conchas, no sólo para él sino para todos sus amigos que no podían, sin su ayuda, abrirlas. Se sentaba en un fondo arenoso y abría erizos de mar y otros frutos de las profundidades. Los peces eran tan numerosos a su alrededor que él desaparecía por completo tras el enjambre voraz, cuyos miembros se empujaban unos a otros con sus aletas.



## La caza de Kaa

Siempre había nuevos peligros que Mowgli ignoraba y que Baloo se esforzaba en advertirle. Incluso lo reprendía cuando estaba poco atento. Y Mowgli se incomodaba por tener que escuchar siempre las mismas cosas. Pero como le dijo Baloo a Bagheera un día cuando Mowgli, reprendido por la vieja morsa, se había ido a refunfuñar a una roca:

– Un hombrecito es un hombrecito, y debe aprenderlo todo... así como lo oyes, toda la Ley de la Selva submarina.

– Sí – respondía Bagheera –, si le hubiéramos dejado hacer su voluntad, lo habríamos echado a perder. Pero piensa cuán pequeño es. ¿Cómo puede su cabecita recordar tus largos discursos?

– ¿Hay algo en la Selva tan insignificante como para que no pueda ser eliminado? No. Por eso le enseño todas estas cosas, y por eso lo corrijo cuando lo olvida, eso sí, suavemente.

– ¿Suavemente? Sí que sabes cómo hacerlo suavemente, piernas de hierro – dijo Bagheera –. ¡Tu dulzura le hizo poner la cara roja hoy!

– Prefiero verlo enfadado de pies a cabeza conmigo, pues lo amo, que verlo sufrir una desgracia por su ignorancia – respondió Baloo con cariño –. ¡No quisiera, por ejemplo, que una tonta almeja, una de esas conchas gigantes, ciegas y sordas, sin el más mínimo cerebro, se cerrara sobre su pierna y le retuviera en el fondo cuando Mowgli, no sabiendo reconocerla, sin darse cuenta, hubiera puesto un pie en su boca abierta!

– Sí, te comprendo – dijo Bagheera.

– Le estoy enseñando las Palabras Maestras de la Selva, llamadas a protegerlo de todo lo que tenga aletas, como nosotros, pero también de todo lo que no nade, y que pueda ser igual de peligroso. Debe desconfiar de todo y de todos, menos de los de su propio clan. La selva submarina tiene múltiples peligros. Al recordar las palabras, podrá reclamar toda la selva para sí. ¿No es eso digno de una pequeña corrección?

– Bueno, pedazo de carne, ten cuidado de no torturar a mi hombrecito. ¿Cuáles son esas famosas Palabras Maestras que le permitirán a tu pupilo, según dices, contar con la ayuda de todo lo que hay en el océano?

Bagheera chasqueó su enorme mandíbula, dejando al descubierto sus dientes de marfil.

– Más me convendría, lo sé, dar ayuda que pedirla. Sin embargo, me gustaría saber.

– Llamaré a Mowgli para que sea él quien te las diga... claro está, si está dispuesto a hacerlo.

Baloo se irguió con toda su pesadez y vio a Mowgli que, no muy lejos, jugaba con conchas vacías esparcidas en un jardín de arena.

– ¡Ven, Pequeño Hermano!

– La cabeza me zumba como la arena de la orilla golpeada por el oleaje – dijo una vocecita hosca.

Parecía enojado, y dijo desafiante, acercándose a las dos:

– ¡Si vengo es por Bagheera y no por ti, vieja Baloo!

– No importa – dijo Baloo dolida y triste –. Repítele a Bagheera las Palabras Maestras que te enseñé hoy.

– ¿Las Palabras Maestras de cuál pueblo? – preguntó Mowgli, encantado de presumir –. La Selva submarina tiene muchas lenguas, y las conozco todas.

Los bigotes de Baloo temblaron.

- Sabes cosas, pero no tantas. Ya lo ves, Bagheera, nunca le agradecen lo suficiente a su maestra. ¿Conoces a algún delfín que alguna vez haya venido a agradecer a la vieja Baloo por sus lecciones? ... Dinos entonces, gran sabio, las palabras del Pueblo de los Cazadores.

– Somos de la misma sangre, tú y yo – dijo Mowgli, saludando como lo hacen los miembros de la Gente cazadora.

– Ahora los gritos del Pueblo del Coral.

Mowgli se escabulló al fondo y apretó los dientes lo mejor que pudo, para satisfacción de su maestro.

El chico notó la reacción de Baloo. Hizo piruetas, escupió algunas burbujas, batió las palmas para aplaudirse y saltó a la espalda de Bagheera, aferrándose a su larga aleta dorsal, para desde allí hacer a Baloo las muecas más feas imaginables.

– ¡Conque sí! Bien vale la pena una pequeña corrección de vez en cuando – dijo la morsa con cariño –. Tal vez algún día me lo agradecerás.

Luego se volvió para contarle a Bagheera cómo el niño había aprendido las Palabras Maestras de Hathi, la gran ballena azul. Y cómo le había enseñado a no perturbar su cacería, cuando creaba cortinas de burbujas para encerrar cardúmenes de pequeños peces que luego le servían de alimento a ella y a los miembros de su clan.

– Hmmm, no sabía nada de eso – dijo Bagheera.

– Con estas lecciones, el hombrecito estará suficientemente protegido de todos los posibles accidentes en la Selva del Mar. Ningún animal que nade, ni ninguna serpiente de agua, ni ninguna morena ni ninguna raya le harán daño.

Bagheera asintió, emitiendo un penacho de burbujas de admiración.

– Así que no hay que temer a nadie – concluyó Baloo acariciando orgullosamente su enorme barriga con sus aletas afiladas.

– Salvo a los de la propia tribu – dijo Bagheera en voz baja.

Luego, en voz alta, dirigiéndose a Mowgli:

– Cuidado con mis aletas, Pequeño Hermano. ¿Por qué bailoteas así?

Mowgli, que quería ser escuchado, se aferró a las aletas de Bagheera y la pateó tan fuerte como pudo. Cuando, por fin, las dos estaban escuchando, gritó muy fuerte:

– ¡Yo también tendré una tribu propia, y la guiaré todos los días entre las ramas del coral!

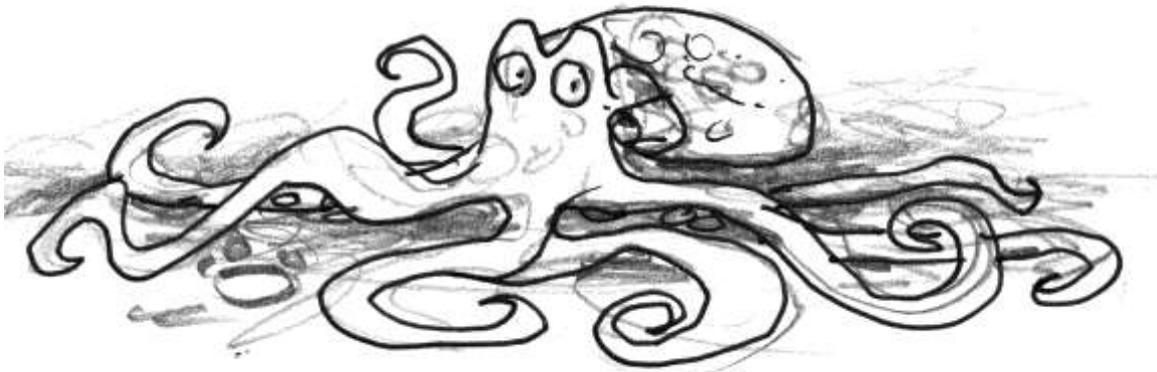
– ¿De qué locuras hablas, pequeño soñador de quimeras? – dijo Bagheera.

– Sí, para poder tirar piedras a la espalda de la vieja Baloo cuando cava con su hocico, o para dejar caer nubes de tinta en su nariz y distraerla de su tarea. Me lo han prometido ¡ja!

– ¡Pffff!

La gran aleta de Baloo derribó a Mowgli del lomo de Bagheera, y el niño, acurrucándose frente a ella, pudo ver que la morsa estaba enfadada.

– Mowgli – dijo Baloo –, has estado hablando con los Bandar-Log, el Pueblo de los Pulpos...



Mowgli miró a Bagheera para ver si la orca también estaba enfadada, pero sus ojos eran tan inexpresivos como piedras de jade.

– Has estado con el Pueblo de los Pulpos, el pueblo sin forma, sin color, el pueblo sin leyes, sin líderes, los devoradores de cualquier cosa, que ni siquiera son capaces de avanzar rectos y seguir rumbo alguno. ¡Es una gran vergüenza!

– Cuando Baloo me golpeó la cabeza – dijo Mowgli, que aún flotaba en medio del agua –, me fui, y los pulpos se deslizaron entre las rocas y vinieron a compadecerse de mí. A nadie más le importó.

Asumió una expresión de niño enfadado.

– Conque la compasión del Pueblo Pulpo... – roncó Baloo –. ¿Y qué más, hombrecito?

– Entonces... entonces me dieron montones de conchas pequeñas ya abiertas, que pueden forzar con sus brazos forrados de ventosas, o reventarlas con sus picos. Había allí muchas cosas buenas para comer. Luego me agarraron y me llevaron a los corales, para decirme que yo era su hermano de sangre, porque yo tenía más de dos aletas, como ellos, y que algún día sería su líder.

– Ellos no tienen líderes – dijo Bagheera –. Mienten. Siempre han mentido.

– Fueron buenos y me rogaron que volviera. ¿Por qué nunca me has llevado con la Gente Pulpo? Tienen brazos que pueden aferrar las cosas, como yo. Juegan todo el día. ¡Déjenme unirme a ellos !... Malvada Baloo, déjame ir. Quiero volver a jugar con ellos.

– Escucha, hombrecito – dijo la morsa, y su garganta roncó con fuerza como el rumor del oleaje en las rocas –. Te he enseñado la Ley de la Selva de todos los pueblos que la habitan, excepto la del Pueblo Pulpo. Ellos no tienen leyes. No tienen territorio ni arrecifes propios donde vivir. No tienen lenguaje propio, pero usan palabras que nos roban mientras nos espían, escondidos entre las rocas. No tienen líderes. No tienen memoria. No tienen ni color ni forma. Pueden ponerse al servicio del primero que pase. Pueden juntar sus brazos debajo para parecer piedras, o volverse blancos como la arena para pasar desapercibidos. Se jactan y parlotean como chismosos, y pretenden ser un gran pueblo, dispuesto a hacer grandes cosas en la Selva. Pero el menor objeto que provenga de la superficie, o la contemplación de una anémona que se abre, bastan para desviar su atención. Chasquean sus diminutos picos imaginando que dicen cosas muy importantes, pero todo lo olvidan. Nosotros en la Selva no tenemos nada que ver con ellos. No cazamos donde ellos cazan, y no morimos donde ellos mueren. ¿Alguna vez, hasta ahora, me has oído hablar del Pueblo Pulpo, de los Bandar-Log?

– No – dijo Mowgli en voz baja, pues desde que Baloo estaba hablando, caían volutas de arena y limo.

– El Pueblo de la Selva submarina los ha desterrado de su boca y de sus pensamientos. Los pulpos son numerosos, malvados, sucios como cangrejos de tierra, desvergonzados, y anhelan que el Pueblo de la Selva les preste atención... Pero los ignoramos, incluso cuando se cruzan en nuestro camino asumiendo todas las formas y colores imaginables.

Apenas había terminado de decir esto cuando nubes de tinta brotaron de entre los corales cercanos. Mowgli miró en esa dirección y vio muchos objetos sin forma que iban en todas direcciones.

– El trato con el Pueblo Pulpo está prohibido – pronunció Baloo –, prohibido para el Pueblo de la Selva. ¡No lo olvidéis!

– Prohibido – repitió Bagheera –. Baloo debió haberte advertido sobre ellos...

– ¿Yo...? – eructó la morsa–. ¿Pero cómo iba a imaginar que iría a jugar con esos sucios y viscosos?... La Gente Pulpo, ¡puaj!

Lo que Baloo había dicho del Pueblo Pulpo era muy cierto. Permanecen en las grietas más pequeñas de las rocas y, cuando emergen, parecen ilusionistas. Cada vez que se encuentran con un miembro del Pueblo de la Selva, enfermo o herido, lo rodean e inician graves discursos sobre los efectos y las causas. Pelean entre ellos, asegurándose de dejar los cuerpos de los combatientes caídos a la vista. Siempre a punto de tener un jefe, leyes y costumbres propias, nunca se deciden a hacerlo, siendo su memoria incapaz de retener nada de un día para otro. Han creado su propio dicho: "Lo que el Pueblo de Bandar-Log piense ahora, toda la Selva lo pensará después". De este pensamiento, al que consideran muy profundo, extraen un gran consuelo. Prestos a confundirse con todo lo que los rodea, se destacan por pasar desapercibidos. Pero, a cambio, nadie en la Selva les presta atención. Así que estaban muy complacidos con la atención que Mowgli les había prestado, y con el enfado que eso había provocado en Baloo.

No tenían la intención de hacer nada pues la Gente Bandar-Log nunca tiene intenciones. Pero uno de ellos pensó, y la idea le pareció brillante, decirles a los demás que sería útil tener a Mowgli en la tribu. Los pulpos tienen ocho brazos, pero no saben usarlos como dedos ni coordinar sus movimientos para manipular los complicados objetos que a veces encuentran en los restos de naufragios. A lo sumo son capaces de accionar el pestillo de una caja o la manija de una puerta. Eso sí, se enorgullecen inmensamente de esas hazañas, que no están al alcance de otros seres del Pueblo de la Selva submarina. "Somos seres extraordinarios", proclaman.

Recorren los pasillos de hierro oxidado de los barcos hundidos, imaginando que al saber cómo accionar las palancas de las máquinas, podrán reiniciar el viaje y salir a navegar como los hombres que alguna vez tripularon esos barcos. Como Mowgli provenía del Pueblo de los Hombres, pensaron que él sabría cómo hacerlos funcionar.

Así que ahora realmente iban a tener un líder, y se convertirían en el Pueblo más sabio de la Selva... tan sabio que estarían en boca de todos, y serían la envidia de los demás. Fue así como siguieron a Baloo, Bagheera y Mowgli a través de la Selva, colándose entre los corales, adoptando a cada momento el color del lugar de turno.

Mowgli necesitaba descansar. Se recostó en el agua mirando el cielo. Baloo partió, escarbando el fondo en busca de conchas crujientes. En cuanto a Bagheera, se fue de cacería sin sospechar ni un segundo lo que le iba a ocurrir a Mowgli.

Lo primero que recordó Mowgli fue haber sido rápidamente aferrado por una gran cantidad de brazos. Atando fuertemente sus muñecas y tobillos con sus tentáculos provistos de ventosas, los pulpos le impedían cualquier intento de fuga. Y sabiendo que un ser humano necesita aire de la superficie para respirar, lo arrastraron con su rostro sobresaliendo del agua.



Los pulpos adherían sus tentáculos por doquier, activando poderosamente su sistema de propulsión, que también era su órgano respiratorio. Llenaban sus bolsas con ritmo, y luego expulsaban el agua a través de esa especie de boquilla que les permite ciertamente ir rápido, pero sin poder ver a dónde van.

– ¡Han! ¡Han! – decían al compás con cada impulso –. ¡Todo el Pueblo de la Selva submarina nos admira por nuestra fuerza y nuestra astucia!

Acostado boca arriba, medio cegado por los tentáculos, Mowgli solo podía mirar hacia el cielo y no podía saber a dónde lo llevaban los Bandar-Log. Fue entonces cuando vio a Chil volando muy alto encima suyo. Lanzó el grito gutural de las aves marinas y la gaviota descendió, manteniéndose sobre él.

– Chil, síguenos volando lo suficientemente alto como para que los Bandar-Log no noten tu presencia. Sigue mi pista. Y ve a decirles a Baloo y Bagheera a dónde me llevan.

– ¿En nombre de quién, hermano?

– De Mowgli, la rana... el hombrecito... es así como me llaman. ¡Sigue mi rastro!

Estas últimas palabras las gritó a todo pulmón. Chil asintió con la cabeza. Las palabras de Mowgli se desvanecieron en un gorgoteo. Contuvo la respiración y, mientras su rostro se hundía bajo la superficie, pudo ver la silueta de la gaviota batiendo las alas, preparándose para ganar altura.

Cuando su rostro estuvo nuevamente fuera del agua, pudo ver a Chil arriba en el cielo, del tamaño de un grano de arena, suspendida y con la vista puesta en el rostro de Mowgli, perdido en medio de las olas, como si sus ojos fueran un telescopio.

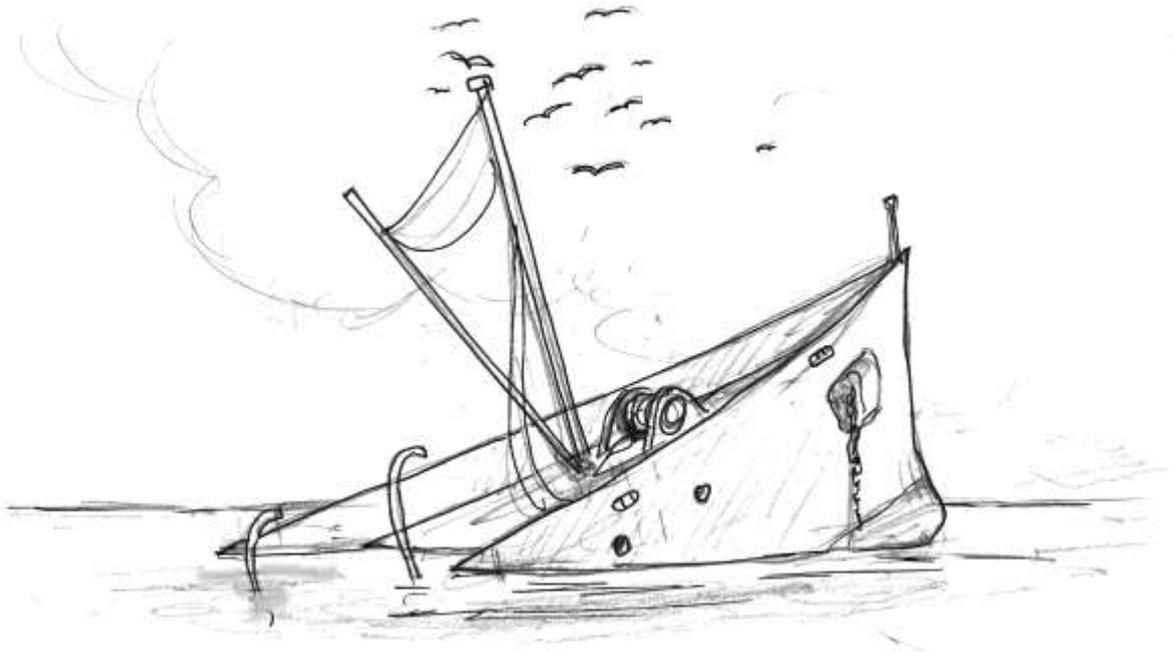
– Nunca llegan muy lejos – dijo Chil con un chasquido de su pico amarillo –. Nunca hacen lo que se proponen. Pero esta vez, si no me engaño, han metido la nariz en algo que les traerá dificultades, porque Baloo no es una joven inexperta, y Bagheera, cuando quiere, puede matar mucho más que peces.

Allá arriba, con las patas recogidas junto al vientre, Chil se dejó llevar por sus alas, y aguardó.

No le costó mucho comprender a dónde llevaban a Mowgli los Bandar-Log. Atravesaron una amplia plataforma de coral, poco profunda, que terminaba, mar adentro, en un desnivel que descendía a profundidades insondables, de color azul negruzco. Al nivel de la resurgencia, un barco que transportaba equipo militar había encallado hacía muchas lunas. La tripulación había podido poner los botes de remos en el mar, y los “pescantes” a los que alguna vez habían estado atados se oxidaban ahora al sol.

Las olas, con cada tormenta de equinoccio, acabaron de dislocar las placas de la embarcación. En el momento de la colisión, el impacto había abierto el casco y provocado la explosión de la caldera. Sólo la parte delantera sobresalía aún. La cubierta trasera estaba sumergida. La hélice de bronce, en la que se habían instalado numerosas gorgonias, parecía agitarse en el vacío.

Los Bandar-Log arrastraron a Mowgli por la abertura de una larga escotilla. Él se sintió transportado por oscuros pasadizos, y luego, cuando sus captos lo soltaron, se halló en una especie de cuarto seco, apenas iluminado por un ojo de buey que dejaba pasar la luz del día. Se acercó y trató lo mejor que pudo de operar el mecanismo de apertura. Pero el óxido lo había sellado. De todos modos, era demasiado pequeño para poder pasar a través de él.



En la penumbra vio a un congrio más grande que él desenrollar su cuerpo y huir por una grieta entre las láminas de metal. Oyó voces:

– Ten cuidado, pequeño. Mira donde pones tus pies, te lo pido.

Un ser humano normal no habría podido oír las palabras de un pez piedra. Estos parecen una especie de cabracho como el que se encuentra en el sur de Francia. Son grandes, feos y grumosos. Sólo desde atrás se pueden ver sus colores brillantes, rojo y anaranjado, con manchas negras que adornan sus grandes aletas pectorales. No muerden ni tienen glándulas venenosas. Su cuerpo *es* su veneno; forma una mucosidad que recubre cada espina o aspereza que reviste sus escamas. Los hombres les temen más que a nada en el mar. Una ínfima cantidad de veneno mata casi instantáneamente a un ser humano, que se pincha al confundirlo con una roca, produciéndole un shock anafiláctico. Son las cobras del océano. Cuando un pescador trae uno a bordo de un barco clavado en la punta de su arpón, todos los grumetes saltan al agua para evitar el contacto.

Mowgli prestó atención a la advertencia y se acurrucó en un rincón del cuarto de láminas de metal, juntando las piernas contra su cuerpo. Afuera, los Bandar-Log habían accionado la puerta, que aún giraba sobre sus bisagras. Varios de ellos la mantuvieron en su lugar. Mowgli pronto se dio cuenta de que cualquier esfuerzo por escapar de esa prisión de hierro era inútil. De hecho, un pulpo, incluso de tamaño modesto, tiene la fuerza del muslo humano.

Cuando Chil vio que los Bandar-Log arrastraban a Mowgli a través de la escotilla, se volvió y salió en busca de Baloo y Bagheera. No tardó en hallarlos. Baloo se había llenado con conchas y estaba durmiendo la siesta, boca arriba, sobre el campo de arena que había limpiado concienzudamente. Bagheera, después de reposarse, daba vueltas sin rumbo fijo alrededor de su compañera, botando de vez en vez un chorro de agua por el espiráculo.

Chil se posó en el estómago de Baloo, que abrió un ojo somnoliento y bostezó.

– ¿Qué novedades nos traes del Pueblo de las Nubes? ¡Buena pesca tengas, Chil!

– No vengo a saludar. ¡Los Bandar-Log se han llevado a Mowgli!

– ¿¡¿Quééé?!?

Al oír estas palabras, Bagheera se acercó veloz y esperó, inmóvil como un tronco flotante.

– ¿A dónde se lo llevaron?

– A las grutas de hierro, en el arrecife.

Baloo se volvió rápidamente. Bagheera dio vueltas a su alrededor, resoplando de furia. Chil, habiendo cumplido su misión, se alejó volando.

– ¿Por qué no le advertiste al hombrecito de la perversidad de esos seres sin leyes ni color? ¿Para qué sermonearlo y darle golpes, si no lo habías prevenido?!

Baloo, sudando y jadeando, enfiló hacia las grutas de hierro, en los bordes del arrecife.

– ¡Rápido! ¡Vamos rápido! Aún podemos alcanzarlos...

– ¡A este paso... no le ganarías ni a una raya herida! ¡Doctora de la Ley... regañona de niños...! ¡Sigue nadando así y de seguro reventarás, vieja bola de sebo! Así que date prisa. La noche cae rápidamente en esta estación. Está casi oscuro. Ya habrán llevado al niño a un lugar seguro. He oído decir que saben maniobrar las puertas de los barcos y que incluso es de lo que más orgullosos están. La parte delantera de ese barco sobresale del agua. Seguro es ahí donde lo encerraron. ¿Qué podemos hacer? Pensemos.

– Podríamos ir hasta allá, entrar por la escotilla y buscar el pasaje que tomaron.

– Sí, clarooo... En un naufragio, las láminas carcomidas por el óxido son tan afiladas como los dientes de un tiburón. Y además, ¿cómo pelear en un espacio tan reducido y oscuro donde los Bandar-Log están como en su casa? Rápidamente nos despacharían. En cuanto a ti, bola de grasa, ¿cómo piensas que podrías pasar por los pasillos de un barco diseñado para humanos?

– Tienes razón, Bagheera. ¡Ah, que me revuelque en los corales de fuego, que me entierren en la arena! ¡Ay, soy la más miserable de las morsas! ¿Mowgli, mi niño, por qué no te advertí sobre la Gente Pulpo en lugar de golpearte la cabeza? Quién sabe si mis golpes no habrán hecho borrar de tu memoria la lección aprendida hoy, y si recordarás, solo en la Selva, las Palabras Maestras...

Baloo fue a revolcarse en el cieno del fondo, dando vueltas y enredándose en las algas.

– De todos modos, él dijo las palabras correctamente no hace mucho – dijo Bagheera –. ¿Es que no tienes ni memoria ni autoestima, Baloo? ¿Qué pensaría la Selva del Mar si yo también empezara a revolcarme en el lodo del fondo?

– ¡No me importa lo que piense la Selva! Puede estar muerto en este momento. Si así es, lo habrán encerrado en un lugar donde no pueda respirar. Pero él es sabio. Sabe mucho, y sobre todo se ha ganado el respeto del Pueblo de la Selva submarina. Es una gran desgracia que esté en manos de los Bandar-Log. Atrincherados en los escombros, no le temen a nada ni a nadie de nosotros.

Bagheera alzó la cabeza todo lo que pudo para ver las grutas de hierro a lo lejos, contra las que el oleaje creaba una fina capa de espuma.

Baloo, por su parte, se deshizo de las algas y subió a la superficie

– ¡Soy una vieja loca, patana y aceitosa, escurbadora de sedimentos! Es verdad lo que dice Hathi, la ballena azul: *A cada quien su propio miedo*. Los pulpos sólo le temen a Kaa, el único que sabe desenterrarlos de noche, donde ve con tanta claridad como de día. Su solo nombre los congela hasta el extremo de sus malvados tentáculos. Busquemos a Kaa.

Tenían pocas posibilidades de encontrar a Kaa antes de que cayera la noche. Le temía a la luz y sólo salía a cazar de noche pues sus enormes ojos le permitían captar la más mínima luz.

La mejor oportunidad de cruzarse con Kaa era parándose directamente sobre un abismo que todos los miembros del Pueblo del Mar sabían que le servía de guarida, un abismo llamado Pusat-Tasek, bordeado por una pared casi vertical, en la que crecían las gorgonias más grandes imaginables, de casi dos metros de ancho. Cuando llegó la noche, Baloo y Bagheera fueron a apostarse allí.

– ¿Cómo lo veremos con semejante oscuridad? – dijo Bagheera.

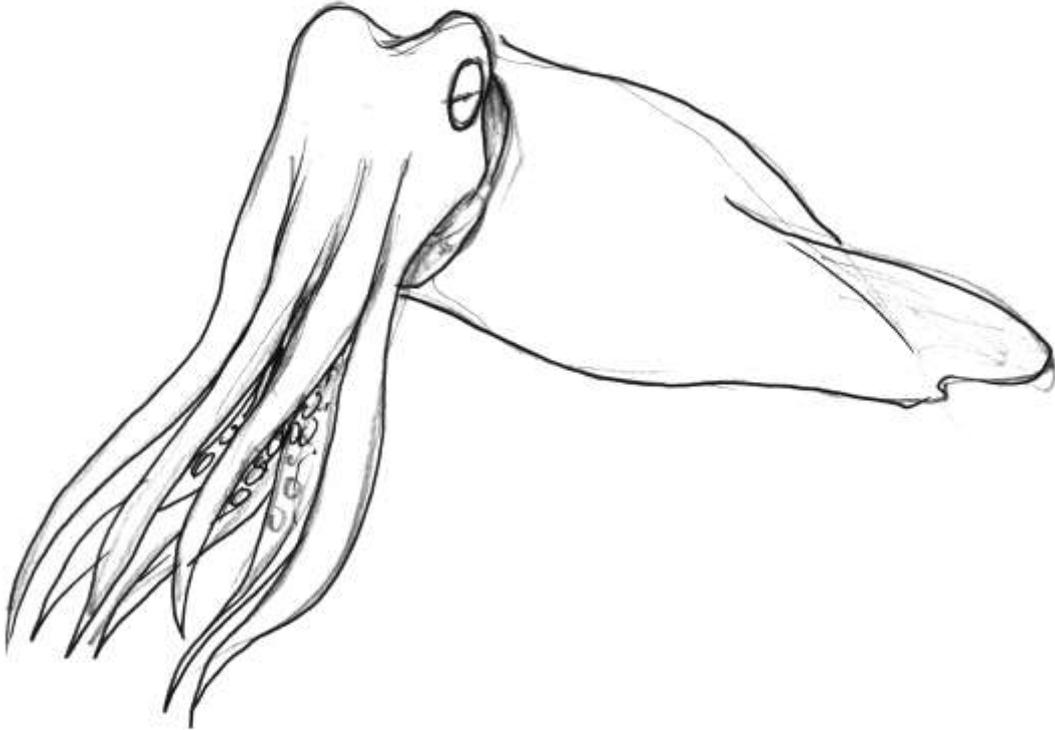
– En esta estación el plancton sube desde el fondo. Al perturbar a esos frágiles animalitos, nos revelará su presencia.

– Espero que así sea. He oído decir que siempre tiene hambre.

– También es un poco miope, y casi sordo.

Cuando llegó la hora, Baloo y Bagheera vieron subir del fondo una inmensa nube luminosa, de color verdoso.

– Buenas noches, Kaa – dijo Baloo –. Espléndida caza tengas, Señor de los Abismos.



– Ah, eres tú, Baloo. ¿Quién está contigo?

– Es Bagheera.

– He oído hablar de ti, la orca. Pero, ¿a qué viene este encuentro? Normalmente no frecuentas estos lugares.

El calamar, mucho más grande que Bagheera en varios pies, subió con ellos hacia la superficie. La luz de la luna revelaba sus formas. Sus aletas laterales se agitaban con gracia. A diferencia de los pulpos, los calamares pueden mover la cabeza hacia adelante sorprendentemente rápido. Son ágiles y pueden realizar movimientos laterales para elegir el mejor ángulo de ataque. Tienen ocho brazos que rodean un pico del tamaño de la cabeza de un niño, y son capaces de aplastar cualquier cosa con él. Pero su mejor arma consiste en un par de tentáculos depredadores cuya longitud es igual a la de su cuerpo y que, en reposo, se pliegan en dos bolsas situadas a cada lado del pico, de las cuales pueden disponer en el momento de un ataque. Sus tentáculos en forma de serpiente terminan en lo que podría compararse con una "masa armada", una masa de carne con unas ventosas dentadas muy grandes. En el caso de Kaa, estas eran del tamaño de un platillo de té. Las de los pulpos solo pueden producir succiones. Los tentáculos de los calamares, en cambio, están

provistos de dientes, y son capaces de cortar la piel de los cetáceos con quienes, a veces, se enfrascan en terribles peleas.

Los ojos de Kaa eran enormes y vidriosos. Su color lechoso contrastaba con el color sangre de buey de su piel, apreciable sólo cuando estaba cerca de la superficie. Sabido es que el agua absorbe los colores. A medida que se hunde uno en el mar, el rojo es el primero en desaparecer en los primeros metros, y se vuelve... negro. Luego desaparecen a su vez el amarillo y el verde. A veinte brazas de la superficie, todo se vuelve de un azul grisáceo uniforme. Las gorgonias, que son de color rojo sangre, se ven negras como la tinta en las profundidades donde se adhieren. Lo mismo ocurre con el coral, que le teme a la luz y crece bajo balcones de roca, o a la sombra de las grutas.

El color rojo sangre de las gorgonias es extremadamente frágil y palidece en la superficie tan pronto como se sacan del agua. El aire oxida sus pigmentos, y estas “plantas”, que en realidad son animales, adquieren un tono rosa pálido.

El fondo marino se viste así de colores violentos, cuya existencia los habitantes del abismo nunca perciben.

La mirada de Kaa perturbó a Bagheera, que prefirió apartar la vista. Conocía la fascinación que emanaba de ella. Cuando Kaa miraba fijamente a una presa, y ésta fijaba sus ojos, se tornaba incapaz de la menor reacción, y se dejaba agarrar y llevar hacia su pico sin siquiera intentar huir.

Baloo tomó un aire falsamente distante.

– Estuvimos en días pasados en las grutas de hierro, y escuchamos a los Bandar-Log hablar de ti.

– ¿Ah sí, y qué decían?

– Te trataron de vieja holoturia roja. También te llamaron tullido, porque en relación a tu cuerpo, tus tentáculos son más cortos que los de ellos.

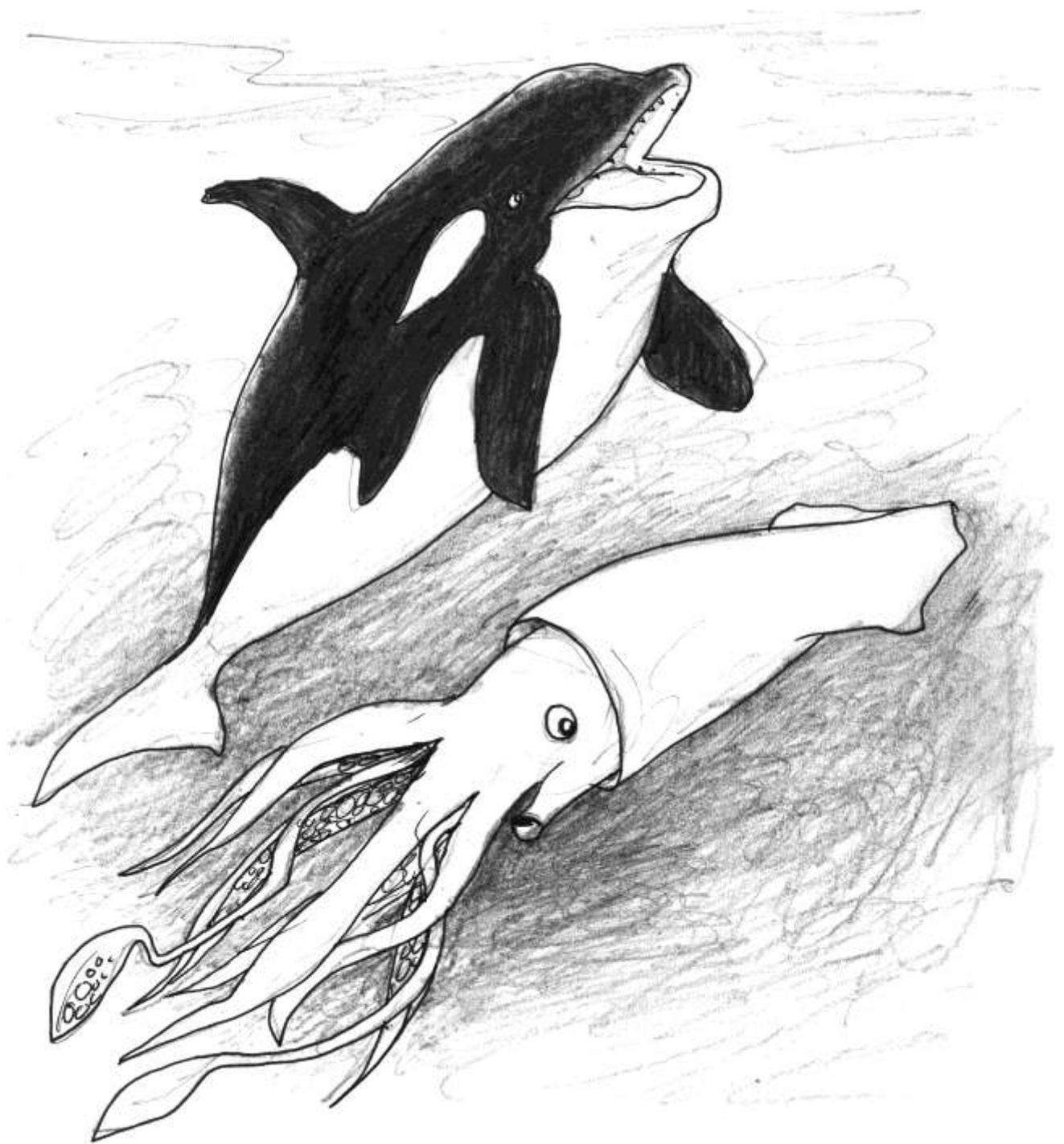
– ¿De verdad dijeron eso?

– Eso fue lo que oímos cuando pasamos por allí, durante la última luna, pero no prestamos mucha atención. Ya sabes que ellos suelen decir cualquier cosa.

Bagheera, comprendiendo la estrategia de Baloo, recalcó:

– Dicen que tu pico se ha desafilado con la edad y por eso no te atreves a enfrentarte a nada más grande que un sargo o una caballa.

– ¡Vaya pues! – dijo Kaa.



Un calamar, especialmente un espécimen viejo como Kaa, rara vez muestra que está enojado. Pero Baloo y Bagheera no dejaron de notar el movimiento nervioso de sus tentáculos, que reflejaba su malestar.

– Hay muchos Bandar-Log en las grutas de hierro por estos días.

– Me sorprende verte merodeando ese viejo naufragio. No hay conchas alrededor, nada con lo que una morsa codiciosa pueda darse un festín. Las morsas no comen pulpo, que yo sepa.

– Tampoco las orcas – agregó con disgusto Bagheera.

Kaa se inmobilizó por completo, a un pie de la superficie. La luna iluminaba su dorso color sangre.

– Baloo, conozco desde hace mucho tiempo a la vieja Doctora de la Ley del Clan de los Delfines de Seeonee. Así que ¿qué es lo que ocurre?

– Se trata de esto, Kaa. Esos devoradores de todo, ladrones y mentirosos, han raptado al hombrecito del que tal vez hayas oído hablar.

– Supe de él por Sahi, el pez cofre, cuyas espinas lo hacen presumido y que, cuando cree que tiene algo importante que decir, se hincha tragando tanto agua como sus palabras, hasta el punto de que no se le entiende bien lo que dice. Me contó que un hombre había entrado en tu clan, pero confieso que no le creí. Sahi está lleno de historias a medias y mal repetidas.

– Pues es cierto – dijo Baloo –. Se trata de un pequeño hombrecito como nunca antes habíamos visto. El mejor, el más sabio y más intrépido de los hombrecitos... mi propio pupilo, que hará famoso el nombre de Baloo en todas las Selvas. Además, yo... nosotros... lo amamos, Kaa.

– Shh... shh – dijo Kaa, moviendo la cabeza en un movimiento de lanzadera –. Yo también he amado. Podría contarles historias...

– ... Para las que se necesitaría una noche clara y un estómago lleno, para poder apreciarlas como se debe – dijo Bagheera con entusiasmo –. Nuestro hombrecito está actualmente en manos de los Bandar-Log, y sabemos que de todos en el Pueblo de la Selva submarina, a Kaa es al único al que temen. Al caer la noche, sin el menor ruido, sólo tú puedes lanzar tus tentáculos depredadores hacia las grietas de las rocas más profundas, hacia los pasillos de los naufragios donde les gusta anidar, y atraparlos uno a uno en cada lance, capturándolos sin que sus compañeros se den cuenta.

– Sí, soy bastante experto en todo eso, es verdad. Soy el único al que temen... y tienen razón en hacerlo. Comadreo, locura y vanidad... ¡Vanidad, locura y comadreo! Eso son los pulpos. Con respecto al asunto del niño, es mala cosa que haya caído bajo su poder. Se aburren pronto de las cosas que acumulan, y las tiran. Pueden arrastrar una rama de coral con ellos durante medio día, con la intención de hacer algo con ella, y de repente la parten por la mitad. La pobre criaturita no es de envidiar en este momento. ¿Cómo es que dices que me llamaron la última vez...? ¿Vieja bolsa roja?

– Pepino de mar rojizo – dijo Bagheera –. Y muchas otras cosas que no puedo repetir por pudor.

– ¡Aaaaj! Realmente necesitan que se les enseñe a hablar con respeto de su Maestro. Necesitan que se les refresque la memoria. ¿A dónde dices que fueron con el pequeño?

– A las grutas de hierro. Allá pueden tenerlo prisionero con mayor facilidad, en la parte que sobresale del naufragio. Fue Chil, la gaviota, quien nos avisó.

– ¿Y por qué vino Chil a decirles eso?

– El niño conoce las Palabras Maestras. Yo misma se las enseñé – dijo Baloo sollozando con orgullo –. A pesar de haber sido arrastrado hasta las cuevas de hierro atado a los tentáculos de los Bandar-Log, no las olvidó.

– Se las inculcamos con bastante ahínco en su cabeza – dijo Bagheera –. Estamos orgullosas de él... Pero ahora vayamos hasta las grutas de hierro.

Todos sabían dónde estaba el lugar, pero pocos en el Pueblo de la Selva solían visitarlo. Los grandes cazadores rara vez visitan los naufragios. A sabiendas de que los peces encuentran fácilmente refugio allí, prefieren cazar en aguas abiertas.

– ¡Basta de hablar! Debemos partir sin demora si queremos estar allí antes del amanecer. Bien saben que la luz no es mi amiga.

– Muy bien, Kaa y yo nos vamos – dijo Bagheera –. En cuanto a ti, Baloo, alcánzanos tan pronto como puedas.

Bagheera tomó rumbo con su nado poderoso y firme. Por asombroso que parezca, el gran calamar la siguió sin esfuerzo. Baloo se esforzó en seguirlos, pero agobiada por su propio peso y su edad, tuvo que detenerse para recuperar el aliento.

– Por el arnés roto que me liberó – dijo Bagheera –, ¡no eres mal nadador!

– Tengo hambre – dijo Kaa –. ¿También me dijeron bolsa rojiza...?

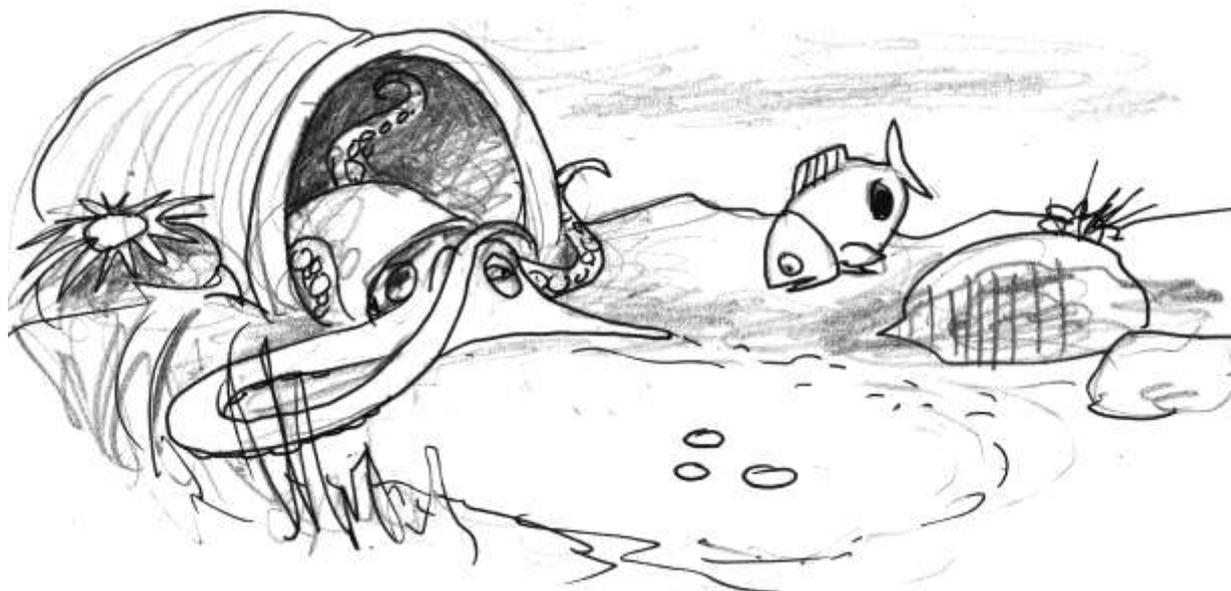
– Pepino de mar rojizo, y miembro de cachalote viejo enfermo, por si fuera poco.

Los cachalotes pueden desplegar miembros de varios metros de largo durante el celo. La comparación llenó a Kaa de cólera, y le hizo apresurar el paso.

En las grutas de hierro, los Bandar-Log no sospechaban el ataque que se preparaba contra ellos. Al acechar los restos de los barcos, se hacían la ilusión de ser superiores a los demás Pueblos de la Selva. En el barco a medio sumergir, una veintena de ellos se había reunido en el puesto de la tripulación, donde habían recogido los objetos más diversos, en su mayoría tomados de las cocinas. En el puesto de mando, otros se movían de un lado a otro, y sus tentáculos se aventuraban sobre las palancas y el timón.

Los Bandar-Log son muy malos nadadores como para atrapar peces a la carrera. Practican atrapando sus presas al acecho, eligiendo un fondo arenoso con objetos donde puedan esconderse sin ser vistos. Luego entierran uno de sus tentáculos en la arena, con movimientos leves. Así preparan la trampa. Pero falta el cebo. Los peces de roca son muy curiosos por naturaleza y esta curiosidad suele ser la causa de su mal. El más mínimo objeto brillante los atrae, ya sea que se parezca o no a algo que estén acostumbrados a comer.

Esta curiosidad es inequívoca en los peces loro, comedores de coral, y cuyo alimento es, por tanto, tan inmóvil como las urnas de piedra en un jardín. No hay nada más curioso y más imprudente que ellos, pueden creerme. Y los Bandar-Log se aprovechan de la imprudencia de los anfitriones de las mesetas costeras. Para atraerlos, colocan en ese jardín-trampa todos los objetos brillantes que encuentran, siendo las monedas caídas al agua los más efectivos, pues constituyen para los peces curiosos, cazadores de numismáticos, un auténtico tesoro.



Cuando el pez curioso se acerca, su depredador lo observa con uno solo de sus dos ojos, dejando el otro oculto por uno de sus brazos cruzados. En el momento adecuado, el tentáculo brota de la arena y el pez queda atrapado. Acabado con el pez, vuelven a poner todo en su sitio, se esconden, entierran de nuevo el tentáculo y disponen de nuevo los artificios sobre la arena.

Con el tiempo, la caliza se deposita en las partes más brillantes de las monedas y éstas pierden su brillo, asemejándose a pequeñas piedras planas. Si un día encuentran ustedes uno de estos jardines-trampa junto a una gruta, y a un ánfora albergando un pulpo, busquen en la arena pequeños guijarros planos. Al volver a casa, pónganlos en vinagre. Podrán así, dependiendo de la región donde vivan, encontrarse con sorpresas que han sido fabricadas a lo largo de siglos o milenios, y ver unidos en la palma de su mano un luís, una lentejuela y un tetradracma de plata.

En un salón del barco naufragado, uno de los pulpos pronunció un discurso y les dijo a sus compañeros que la captura de Mowgli marcaba una nueva era en la historia del Pueblo de los Bandar-Log, pues el chico les iba a mostrar cómo reiniciar las máquinas del barco y así conquistar el mundo marino.

Una delegación acudió al calabozo donde lo tenían encerrado, que era donde la tripulación realizaba sus abluciones. Había una ducha, una hilera de lavabos con grifos y un sanitario. Mowgli comprendió lo que esperaban de él. Intentó, maniobrando como pudo en el pequeño recinto, acercarse a la puerta de salida. Pero los Bandar-Log detectaron su maniobra y sus guardianes inmediatamente le bloquearon el paso.

Otros le trajeron conchas marinas, sabiendo que él podía comerlas.

Lo miraban comer, y discutían con cualquier pretexto.



– Todo lo que dijo Baloo sobre los Bandar-Log es cierto – pensó para sí mismo –. No tienen leyes, ni gritos de caza, ni líderes... sólo palabras sin sentido y tentáculos saqueadores, en constante movimiento. Si muero de hambre o si me matan en este lugar, será mi culpa. Tengo que escapar de aquí y encontrar al clan. Seguramente Baloo me reprenderá, pero eso será mejor que compartir la vida con estos necios.

A pesar de estar un tanto magullado, Mowgli no pudo evitar reírse cuando los pulpos, veinte a la vez, todos hablando al mismo tiempo, comenzaron a explicarle lo afortunado que era por compartir sus vidas. Le declararon que eran grandes, sabios y mansos, y que sería una locura de su parte que quisiera dejarlos.

– Somos grandes. Somos libres. Somos asombrosos. Somos el pueblo más sorprendente de la Selva. Puesto que todos lo decimos, debe ser cierto – gritaban –. Ahora, como nos escuchas por primera vez, y puedes llevar nuestras palabras al Pueblo de la Selva para que sepa de nosotros en el futuro, te contaremos todo sobre nuestra excelente gente.

Mowgli no puso ninguna objeción, y los pulpos, todos los que pudieron, se reunieron en los baños para escuchar a sus propios oradores cantar las alabanzas de los Bandar-Log. Cada vez que uno de ellos se detenía para tomar fuerzas, exhausto por su propio discurso, gritaban todos juntos:

– ¡Sí, es cierto, pensamos lo mismo!

Mowgli asentía, parpadeaba y decía "Sí" cuando le hacían una pregunta, pero todo el alboroto le provocó náuseas.

– Estos deben haber comido pescado con carne podrida o envenenada, y eso los ha vuelto locos. ¿Acaso nunca duermen?

Bagheera había llegado a las inmediaciones del barco hundido a medias. Sabiendo que la pelea podía ser larga y agotadora, nadó en la superficie durante mucho tiempo, reduciendo la velocidad de su nado cuando avistó los restos, y abasteciéndose de oxígeno en previsión de una inmersión de larga duración. Luego se unió a Kaa, que había optado por acercarse por la pendiente, resguardado de cualquier luz. Los Bandar-Log habían apostado vigías en varios puntos del puente en ruinas.

El problema era saber dónde estaba Mowgli. De cualquier forma, solo podía estar en la parte emergida del naufragio. Bagheera se habló a sí misma con la garganta, como sólo pueden hacerlo los cetáceos. Es un sonido profundo, como el órgano, que se escucha a muy grandes distancias y a través de los más gruesos tabiques. Mowgli lo escuchó y supo que alguien había acudido en su ayuda. Tomó el primer objeto que encontró tirado en el suelo de su prisión, y comenzó a golpear las paredes con él. Los Bandar-Log, creyendo que tenía intenciones de derribar la pared, se rieron de él.

Eso permitió que Bagheera y Kaa ubicaran el lugar donde estaba. Hablaron entre sí, y Bagheera decidió atacar en el terreno más abierto posible, para evitar desgarrarse la piel con las láminas de metal. Tenían ventaja también porque el lugar elegido, el puente, estaba suficientemente iluminado por la Luna para poder ver a sus presas. En cuanto a Kaa, decidió acercarse por el desnivel en la oscuridad, lo que lo ponía en posición ventajosa. Bagheera crearía la distracción, y con suerte eso le permitiría a Kaa, llegando desde el otro costado, liberar a Mowgli.

Kaa y Bagheera eran perfectamente conscientes del peligro que los Bandar-Log representaban si atacaban en masa, y no querían correr riesgos innecesarios. Los pulpos nunca pelean a menos que sean cien contra uno. Pero en este caso, así fueran pocos, ninguno de los habitantes de la Selva iba a dejar de jugar la partida.

– ¿Por qué Baloo no está aquí? Tendremos que conformarnos con lo que hay. Si esperamos, el día te espantará, Kaa. Cuando esta nube cubra la luna, iré a la cubierta del barco, arriba de la escotilla, e intentaré matar a tantos como pueda.

– Entonces yo subiré por la pendiente e improvisaré. ¡Buena cacería!

Bagheera hizo lo dicho. Se abalanzó sobre los pulpos que estaban reunidos en la cubierta y su mandíbula los aplastó uno tras otro. En el baño-prisión, los Bandar-Log escucharon los sonidos del combate. Bagheera chocó con los obenques de acero y el mástil. Los pulpos le dijeron a Mowgli:

– Quédate aquí hasta que matemos a todos tus amigos. Después volveremos contigo, si es que el Pueblo del Veneno te deja con vida.

Mowgli se quedó tan quieto como pudo, pegando su oreja al mamparo de metal y escuchando el furioso estruendo de la lucha de la orca contra los pulpos reunidos en cubierta. Pensó: “Bagheera no estaría aquí sin refuerzos. Baloo debe andar cerca”.

Llegó poco después del comienzo de la pelea. Pero las morsas están mal equipadas para tales encuentros. A lo sumo podía perforar con su único colmillo aún puntiagudo los pulpos pegados a la piel de la orca, que daba furiosos coletazos tratando de deshacerse de ellos.

Fue entonces que apareció Kaa, de frente, muy rápido, con afán de matar. El poder de un calamar gigante radica en su masa y en el golpe de su pico, que aprieta con todas sus fuerzas. Imaginen una lanza, un carnero o un martillo pesado de varias toneladas, impulsado por una voluntad fría y calmada, y podrán imaginar cómo se veía Kaa en la batalla. Sus tentáculos depredadores avanzaban metódicamente y, con cada uno de sus lances, traía a dos Bandar-Log que su pico aplastaba de inmediato, mientras que sus masas de brazos volvían a la carga.

Si pueden imaginar cómo Kaa luchaba contra los Bandar-Log como una verdadera máquina de matar, comprenderán por qué estos le temían tanto.

De pronto uno de los Bandar-Log gritó:

– ¡Es Kaa, ha venido de las profundidades! ¡Huyamos!

Algunos pulpos abandonaron la lucha contra Baloo y Bagheera. Después, luego de un momento de vacilación, muchos soltaron su nube de tinta y se precipitaron entre los cables del aparejo naufragado. Baloo y Bagheera, jadeando, salieron a la superficie para respirar. Cuando volvieron a sumergirse, el espectáculo que presenciaron los asombró. Kaa se había posado sobre los restos del barco y se estaba posicionando como un carnero, enrollando sus tentáculos depredadores en torno de los elementos del mástil. A su alrededor, los Bandar-Log estaban estupefactos e inmóviles.



– Prepárense para tomar al pequeño y huir. Voy a derribar la pared.

– ¿Y los Bandar-Log?

– No se moverán hasta que yo se los ordene.

Se escuchó una voz dentro de los baños. Era uno de los peces piedra.

– Tráiganlo rápido, se agita como Mor, el congrio.

– ¡Ah! – exclamó Kaa –, ¡este pequeño germen de hombre tiene amigos por todas partes! Hacedos a un lado, Pueblo del Veneno, voy a derribar la pared. Hazte a un lado tú también, hombrecito.

Mowgli miró por el ojo de buey y, a la tenue luz de la luna, distinguió la poderosa silueta de Kaa y su espalda roja débilmente iluminada contra el fondo oscuro del mar. Mowgli retrocedió, se acurrucó en un rincón de la habitación y esperó el golpe. Kaa usó sus dos tentáculos, cada uno de los cuales tenía el diámetro del brazo de un hombre corpulento y diez metros de largo, como las cuerdas de un arco. Con ellos lanzó su cuerpo hacia adelante, y su pico, actuando como un carnero, desprendió el tabique de metal, debilitado por años de herrumbre. Teniendo cuidado de no poner los pies en el suelo, Mowgli salió de su prisión. Mientras Kaa retrocedía, Bagheera pasó como una sombra, y Mowgli se agarró de ella.

– ¿Estás herido? – le preguntó Baloo, recostándose suavemente contra él.

– Estoy cansado, tengo hambre y estoy medio molido. Pero... ¡ay! ... os han tratado con crueldad, hermanas mías. Sangráis.

Bagheera tenía dos heridas en el costado, provocadas por las chapas del barco, con las que se había arañado profundamente. Dos finas nubes negras emergían de las heridas, parecidas al humo. Así es como sueles desangrarte en el mar.

– Hay más – dijo la orca, mostrando con la mirada a los numerosos Bandar-Log que yacían alrededor de la escotilla.

Baloo también tenía algunas heridas, pero menos profundas. Mowgli estaba preocupado.

– No es nada, nada si tú estás a salvo, mi pequeña ranita – gimió Baloo.

– Ya nos haremos cargo de eso más tarde – dijo Bagheera mirando los pulpos muertos que cubrían el puente del barco –. Aquí está Kaa, a quien le debemos el triunfo en la batalla. De acuerdo con nuestras costumbres, dale las gracias, Mowgli.

– Así que esta es la semilla de hombre – dijo Kaa –. Su piel es muy suave y en la oscuridad con gusto lo confundiría con un Bandar-Log con mi mala vista. Ten cuidado, niño, de no aventurarte cerca de los abismos, de noche o con el crepúsculo, no sea que te confunda con uno de ellos.

– Somos de la misma sangre, tú y yo – respondió Mowgli –. Esta noche te debo mi vida. ¡Mi presa será tu presa si alguna vez tienes hambre, Kaa!

– Te agradezco, Pequeño Hermano – dijo Kaa, y sus ojos brillaron fugazmente –. ¿Qué puede matar a un cazador tan audaz? Pido acompañarlo, la próxima vez que salga de campaña.

– No mato nada... Soy demasiado pequeño, pero puedo encerrar bancos de peces golpeando el mar con la palma de la mano, y encaminarlos hacia aquellos que saben darse un festín con ellos. Puedo ver también, sobre el mar, a los pescadores que se avecinan con sus barcos, y advertirles a sus presas bajo el mar. También puedo desatar una red que se cierra, o cortar una línea. Y puedo extraer anzuelos.

Para reforzar sus palabras, mostró sus dos manos.

– Si algún día caes en una trampa tendida por humanos, puedo pagar la deuda que te debo, así como la deuda que tengo con Baloo y Bagheera, aquí presentes. Buena caza a todos vosotros, maestros míos.

– Bien dicho – murmuró Baloo, pues Mowgli había dado las gracias muy bien.

El calamar acarició los hombros de Mowgli por unos instantes con uno de sus tentáculos.

– Un corazón valiente y un habla cortés te llevarán lejos en la Selva, pequeño. Pero ahora ve rápido con tus amigos. Vete a dormir pues es mejor que no veas lo que sigue.

En la cubierta del barco, los Bandar-Log sobrevivientes se apiñaban, inmóviles y congelados, con la mirada fija en los ojos glaucos del enorme calamar. Este se volvió hacia la muchedumbre de destellos coloreados, que estaba presa de un gran miedo.

– ¿Hay luna suficiente para que me veáis?

– ¡Te vemos, Kaa!

– Bien, pues aquí llega la danza, la danza del calamar hambriento, la danza de Kaa. Quedaos quietos y observad.

Se levantó dos o tres veces. Cada vez su corola de ocho tentáculos se desplegaba como una flor. Luego puso en movimiento el resto de su cuerpo. Se mecía de un lado a otro, sin prisa, sin interrumpir nunca el zumbido sordo de su canción. La noche se tornaba más y más oscura a medida que la luna desaparecía tras las nubes. Pronto dejó de oírse la lenta y cambiante oscilación de su cuerpo, pero aún se percibía el roce de las ventosas dentadas sobre la cubierta del barco.

Baloo y Bagheera permanecieron inmóviles como piedras. Desde el fondo de la garganta de Bagheera salió un gruñido sordo. Mowgli miró la escena, sorprendido.

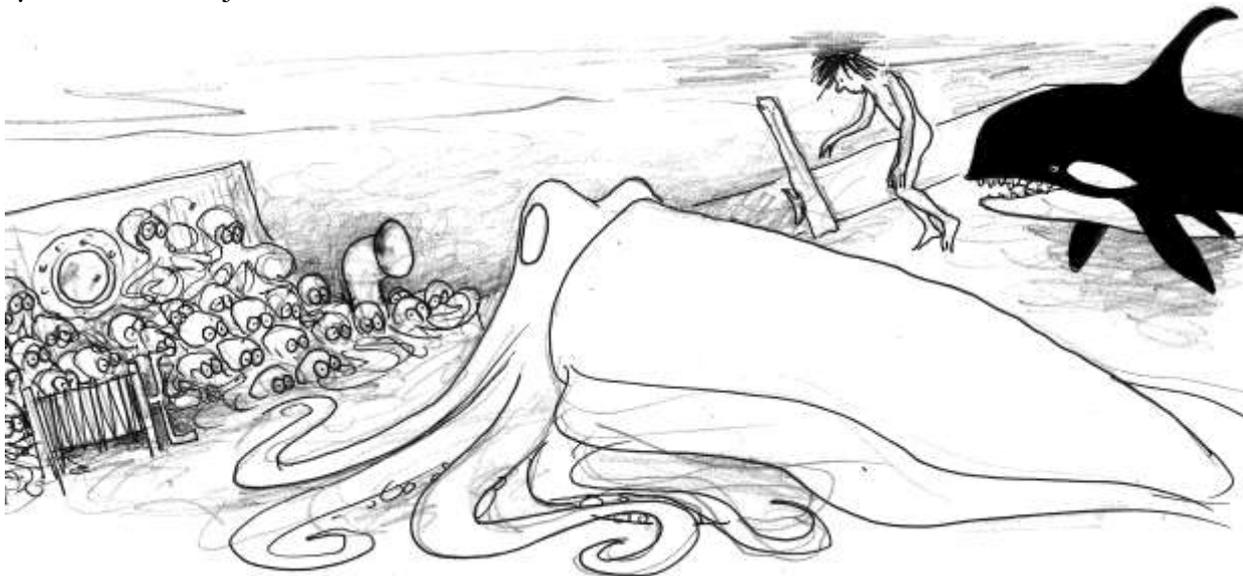
– Bandar-Logs – dijo finalmente la voz de Kaa –, ¿podéis mover vuestros tentáculos sin mi permiso? ¡Hablad!

– ¡Sin tu permiso no podemos mover ninguno de nuestros ocho brazos, Kaa!

– Bien, acercaos un paso más a mí.

La fila de pulpos se movió irremediamente hacia adelante. Baloo y Bagheera dieron un paso junto con ellos.

– ¡Más cerca! – dijo Kaa.



Todos se vieron impelidos de nuevo hacia su pico, que se abría y cerraba rítmicamente. Los enormes ojos de Kaa eran de un blanco lechoso. No se podía leer ninguna expresión en ellos. Esa mirada parecía traspasar el cuerpo, como si pudieras leer allí tu propia muerte. Mowgli puso sus manos sobre Baloo y Bagheera para apartarlas, y los dos grandes animales se sobresaltaron, como si se los hubiera despertado de un sueño.

– No retires tu mano – susurró Bagheera –. Déjala o tendré que volverme... volverme hacia Kaa. Ah...

– Pero si no es más que un viejo calamar dando vueltas sobre el cieno que cubre la cubierta del naufragio – dijo Mowgli –. Vámonos.

Los tres tomaron rumbo hacia la costa, sobrenadando la planicie del arrecife de coral, tenuemente iluminado por la luna.

– ¡Ufff! – dijo Baloo cuando juzgó suficiente la distancia recorrida –. ¡Nunca más volveré a hacer tratos con Kaa!

Y sacudió la cabeza de arriba abajo.

– Sabe más que nosotros – dijo Bagheera sacudiéndose –. Faltó poco para que cayera en su corola de tentáculos, esa flor mortífera.

– Más de un Bandar-Log correrá esa suerte a su manera antes de que amanezca y Kaa regrese a su oscura guarida en el fondo de Pusat-Tasek. Tendrá una buena caza... a su manera.

– ¿Qué quieres decir? – dijo Mowgli, que no sabía nada del gran poder de fascinación del gran calamar rojo –. No vi nada más que una montaña de carne blanda haciendo círculos. Y la punta de su pico estaba estropeada. ¡Vaya que sí!

– Mowgli – dijo Bagheera irritada –, su pico se estropeó a causa tuya, como es por ti que mis costados están desgarrados y sangrando, y el hocico de Baloo también. Ni ella ni yo estaremos de humor para cazar a gusto durante días.

– No es nada – dijo Baloo –. Lo mejor es que el hombrecito ha vuelto a nosotros.

– Eso es cierto, pero nos ha costado caro. Nos costó tiempo, que podríamos haber gastado en útiles cacerías; y heridas; y la piel desgarrada. Baloo tiene la piel de su vientre hecha trizas. Y finalmente está el honor. Recuerda que yo, Bagheera, la orca, tuve que pedir ayuda a Kaa. Y nos viste, a Baloo y a mí, de pie, estúpidas, como medusas ante la Danza del Hambre. Todo esto, pequeño, es a causa de tus tontos juegos con los Bandar-Log.

– Es cierto – dijo Mowgli apenado –. Soy un hombrecito desobediente y me siento muy apesadumbrado.

– Hmm, ¿qué dice en este caso la Ley de la Selva, Baloo?

Baloo no quería cogerla con Mowgli, pero no podía transigir con los dictados de la Ley. Así que murmuró:

– El arrepentimiento no es suficiente. Pero ten presente, Bagheera... ¡es tan pequeño!

– Lo sé, pero el daño está hecho, y la desobediencia merece un castigo. Mowgli, ¿tienes algo que decir?

– No. Me equivoqué. Baloo y tú estáis heridas. El castigo es justo.

Bagheera le dio media docena de coletazos, amistosos para una orca, pero para un niño de nueve años una paliza tan dura que cualquiera querría evitar. Cuando terminó, Mowgli estornudó y trató de recomponerse, sin decir una palabra.

– Ahora – dijo Bagheera –, salta a mi lomo, Pequeño Hermano, y volvamos a casa.

Una de las bellezas de la Ley de la Selva Submarina es que el castigo salda cuentas. Después de todo, estaba todo olvidado.

Mowgli se agarró a la aleta dorsal, posó su cabeza en la espalda de la orca y se quedó profundamente dormido. Sólo se despertó cuando estuvieron frente al pórtico de ingreso del refugio de los Delfines de Seeonee, donde los suyos lo habían estado esperando, preocupados por tan larga ausencia.



## El diente largo

Pasaron los meses y los años. Mowgli dejó de ser un niño. Creció y se hizo fuerte como todo joven que no va a la escuela y que para sobrevivir tiene que buscar su sustento.

No le faltaban ni la comida ni el agua dulce. El río subterráneo se los traía en abundancia. Cuando tenía el estómago lleno, subía al acantilado de piedra caliza y se quedaba durante horas mirando, a lo lejos, las fumarolas del pueblo de pescadores y las diminutas velas blancas que iban y venían. Los hombres, por lo general, no son curiosos. Tienen muchos escrúpulos y no se aventuran a lugares donde no pueden encontrar comida. La cima del acantilado tenía millas enteras yermas y sin cultivar, y no había nada para cazar o enlazar.

Mowgli seguía a Bagheera en sus cacerías y comía el pescado que ella le dejaba. O acompañaba a Baloo en sus inmersiones en el acantilado; y dejándose arrastrar por la vieja morsa, a la ida o a la vuelta, arrancaba cosas que crecían bajo el mar, al abrigo de toda luz, en el fondo de grietas donde la gran morsa no podía penetrar. Baloo gustaba de esos animalitos inmóviles que no tienen más que una boca y un vientre, y se alimentan de todo lo que pasa. De carne amarilla brillante y con un sabor a yodo absolutamente succulento, esos seres que huyen de la luz, de los cuales los humanos ignoran la existencia, son como músculos que se contraen cuando sienten el peligro. Mowgli aprendió a reconocerlos y luego a arrancarlos de las rocas con un movimiento rápido, antes de que se endurecieran y se convirtieran en piedras.

Los delfines cazaban en manadas, guiados por Akela. Habiendo sido capturado una vez por unos pescadores en una red, el viejo solitario pudo huir dándose cuenta de que para escapar de la trampa que los hombres le habían tendido a él y a su manada, tenía que saltar las boyas en lugar de tratar de perforar esa red que, cuando se abalanzó sobre ella, parecía no ofrecer resistencia, pero a cambio rodeaba suavemente a sus presas, enganchándose a las asperezas de sus pieles.

Un día, Mowgli vio una red de cinco metros y medio de largo que bloqueaba el mar, bordeada de cuerpos de peces plateados, muchos de los cuales ya no se movían. Se acercó, cauteloso, y tocó el objeto. Sintió temblores que sacudían esa pared de fibra sin forma, y nadó hacia donde provenían las señales de agonía. Allí vio a un animal extraño, esbelto y negro como la tinta. Era un tiburón de casi el doble de su tamaño cuya cola era tan larga como su cuerpo. Los hombres lo llamaban "tiburón zorro".

Cuando se acercó, leyó el miedo en los ojos de la bestia atrapada. El tiburón se había precipitado sobre un pez capturado en la red, se lo había tragado y al mismo tiempo había quedado prisionero, sin poder liberar su boca llena de numerosos dientes de las mallas de la máquina de matar inventada por los hombres.

El tiburón zorro azotaba el agua con su larga cola. Mowgli se puso debajo de él para evitar el movimiento de barrido de semejante guadaña.

– Tranquilo, amigo, no voy a hacerte daño. Somos de la misma sangre, tú y yo.

La cola de un tiburón zorro es tan peligrosa como sus dientes. Los pescadores lo saben. Su carne tiene poco valor para ellos. Por eso, cuando capturan a uno y lo traen a la cubierta de sus embarcaciones, atrapado en una de sus redes, se apresuran a arrojarlo al agua lo más pronto posible. De hecho, la cola del tiburón zorro es comparable a una regla plana sobre la cual se hubiera doblado una hoja de papel de lija. Un objeto así, hábilmente manejado, es tan afilado como un sable. Más de un pescador imprudente ha sufrido heridas profundas con ella.



Tal como había hecho muchas veces con delfines imprudentes e impulsivos, Mowgli procedió a liberar metódicamente al tiburón de la trampa. Entendiendo sus gestos, el zorro, al observarlo, se quedó tan inmóvil como un mástil roto a la deriva. Pronto una tras otra las mallas de la red fueron desatadas de sus dientes. Mowgli agarró al tiburón con la mano y, apoyándose en el puntiagudo hocico, sacó la presa de su boca, un magnífico pez blanco, muerto y envuelto en la red.

El tiburón zorro comenzó a nadar para volver a oxigenar sus branquias lo más rápido posible. Si Mowgli no hubiera intervenido, habría muerto asfixiado, insuficientemente alimentado por la débil corriente marina.

– Te debo la vida. ¿Quién eres?

– Pertenezco al clan de los Delfines de Seeonee.

– Así que tú eres el hombre-delfín del que hablan los habitantes del Mar. Pensé que se trataba de una leyenda.

– Sí, soy yo.

– Pagaré mi deuda contigo diciéndote que Shere Khan no anda muy lejos. Acecha en las inmediaciones de la isla de Seba, a diez millas de la costa.

– ¡Que le aproveche!

– No creas que te ha olvidado. Ha decidido matarte, pero no se atreve a hacerlo en mar abierto, pues sabe que a menudo te acompaña Bagheera. No le teme a sus dientes pero sabe que ella, para defenderte, podría embestirle y reventarle el estómago, como hacen a veces algunos de sus congéneres con los cascos de los barcos pesqueros. Además gozas de la protección del clan y la cabeza de un delfín también puede, con un buen golpe en sus branquias, herirlo de muerte.

– ¿Entonces cuál es el peligro?

– El peligro son los hermanos delfines que ya ha puesto en tu contra.

– Sé que algunos de ellos también van de caza a la isla de Seba.

– No cazan solos. Shere Khan los lidera. También les dice que un día tú volverás con los hombres, que los llevarás hacia ellos, y que los hombres los matarán para vender su carne y sus pieles.

– ¡Disparates!

– Tal vez, pero cada vez más de ellos lo creen. Akela ya es mayor de edad y no es lo suficientemente rápido como para liderar las cacerías. Shere Khan les dice que al viejo se le acabó el tiempo.

– ¿Quiere Shere Khan ponerse a la cabeza del clan Seeonee?

– Te he dicho lo que sé. Pero, créeme, no sospeches sólo del tiburón tigre.

Dicho esto, el tiburón zorro partió hacia mar abierto. Mowgli, pensativo, observó cómo su ancha cola ondulaba lentamente y se confundía en el azul.

Bagheera, que tenía ojos y oídos en todas partes al mismo tiempo, también se había enterado de algo así. Confirmó que a medida que Akela envejecía y perdía sus fuerzas, el rengo tiburón tigre se había hecho muy amigo de los delfines más jóvenes del clan, que lo seguían para hacerse con los restos que dejaba, algo que Akela nunca habría permitido si hubiese estado en plenitud de su autoridad. Además, Shere Khan los halagaba, tanto así que les acababa por sorprender que cazadores jóvenes y apuestos como ellos se contentaran con dejarse guiar por un líder moribundo.

– Pequeño Hermano, ¿cuántas veces no te advertí que Shere Khan era tu enemigo?

– Tantas veces como ostras hay en este acantilado – dijo Mowgli, que por supuesto no sabía contar–. Bah ... después de todo Shere Khan no es más que cola y gritos, como Mor, el congrio.

– Pero hay que estar despiertos. Baloo lo sabe; yo también lo sé, todo el clan lo sabe, todos los peces de roca del entorno lo saben. ¿No te lo dijo el propio Tabaqui?

– ¡Vaya, vaya! – dijo Mowgli –, efectivamente Tabaqui vino a verme, no hace mucho, para contarme una historia impertinente: que yo no era más que un pobre hombrecito, sin dientes para desgarrar, sin colmillos para pelear, bueno solamente para recoger caracoles. Entonces lo agarré por la cola y lo golpeé dos veces contra una roca para enseñarle mejores modales.

– Fue una tontería de tu parte, porque Tabaqui puede ser un chismoso, pero quería hablarte de algo que te toca de cerca. ¡Abre los ojos, Pequeño Hermano! Shere Khan no se atreverá a matarte en alta mar cuando te aventuras allí; pero recuerda que Akela es muy viejo, y que pronto llegará el día en que no pueda pescar peces veloces. Tendrá que comer pescados de arena o arreglárselas con las sobras. Los miembros del clan ya le no tendrán más que desprecio, y no se dejarán guiar por él. Entonces quizás llegue el momento de Shere Khan. Muchos de los delfines que te examinaron cuando te presentaron ante el Consejo ahora son viejos; y a los delfines jóvenes Shere Khan les ha inculcado que un humano está fuera de lugar en el clan. Pronto serás un hombre...

– ¿Qué es de un hombre que ya no corre con sus hermanos? – dijo Mowgli –. Nací en la Selva, allí crecí y cumplí su Ley. No hay uno solo de mis hermanos delfines que no haya yo liberado de una red, o de cuya boca no haya sacado un anzuelo. ¡En verdad son mis hermanos!

Bagheera se posó en el fondo de la ensenada y entrecerró los ojos.

– Pequeño Hermano, pon tu mano en mi mandíbula.

Mowgli puso la mano en la potente mandíbula de la orca y sintió la marca de una vieja cicatriz.

– No hay nadie en la Selva que sepa que yo, Bagheera, llevo esta marca. Debes saber que nací entre los hombres, en un parque donde ellos pueden ir a ver a las de mi raza nadando entre rocas transparentes.

– ¿Un parque donde las orcas viven encerradas?

– Las orcas y muchos otros habitantes de la Selva submarina, capturados y atrapados en esas estrechas prisiones por el resto de sus vidas. Los alimentan todos los días tirándoles peces que ya están muertos. Sí, nací entre los hombres. Fue en una palangana de paredes lisas donde mi madre me dio de comer, echándome a la boca su leche espesa y cremosa. Crecí sin haber visto nunca el mar, siendo un juguete de los hombres. Un día murió mi madre y decidieron trasladarme a otro lugar. Me envolvieron en una red y me ataron con correas, acostándome en una cama de lona. Así, inmovilizada, me sacaron del agua con una de sus máquinas. Me transportaron en la parte trasera de una de sus lanchas, hacia no sé qué destino, hacia otra prisión. Fue ahí cuando sentí que yo era Bagheera, la orca, la ballena asesina, y no un juguete de los hombres. Entonces rompí las miserables correas que me sujetaban, me tiré al mar y me alejé. Antes de llegar a este océano del que nada sabía, instintivamente me volví contra el barco que me había transportado, perforé su casco lanzándome contra él con todo mi peso y, mientras aquel se hundía y los miembros de su

tripulación se movían a su alrededor como cangrejos enloquecidos, me fui. Después, como conocía las costumbres de los hombres, en la Selva me volví más terrible que Shere Khan, ¿no es así?

– Sí – dijo Mowgli –, toda la Selva teme a Bagheera... toda la Selva, excepto Mowgli.

– Tú eres un hombrecito – dijo la orca con infinita ternura –; y así como yo regresé a mi selva, al final tú debes regresar con los hombres que son tus hermanos... si es que algún día no te matan en el Consejo.

– ¿Pero por qué, aparte de Shere Khan, otros querrían matarme?

– Mira lo que tienes al extremo de tus brazos nadadores.

– Y pues, son mis manos, ¿no?

– Esas manos la usan los humanos para tejer redes y para hacer toda clase de artefactos para capturar y matar todo lo que vive en el mar, incluso a tus propios hermanos.

– Eso no lo sabía – dijo Mowgli de mal humor. Y frunció el ceño, con sus negras cejas. Bagheera se volvió hacia él.

– ¿Qué es la Ley de la Selva? Te golpea primero, y luego te da voz. Aún con tu indiferencia, ellos ven que eres un hombre. Ten cuidado. Cuando Akela se vuelva demasiado débil para pescar en aguas abiertas, el clan se volverá contra él y contra ti. Se reunirán en la sima y luego...

Bagheera se sacudió de repente.

– ¡Pero aquí estoy yo para ayudarte! Ve pronto a la aldea de los pescadores y regresa con un diente largo.

– ¿Qué es un diente largo?

– Los humanos no tienen ni dientes para morder, ni para perforar la piel o las escamas. Así que los fabrican con piedras, a las que tallan dientes más afilados y más largos que los de la barracuda, y más fuertes que los del tiburón. Además fijan esos dientes sobre madera, lo que les permite perforar, rebanar y morder a distancia.

– Si voy con los humanos, ¿cómo reconoceré esos largos dientes?

– Será fácil. Es todo aquello que corta, que perfora, y que está sólidamente unido a un palo largo. Apodérate de uno de esos dientes largos, tráelo y guárdalo contigo para cuando lo necesites.

– Bien – dijo Mowgli –, lo haré. ¿Pero estás segura, oh amada Bagheera, que todo esto es obra de Shere Khan?

– ¡Por la correa rota que me liberó, estoy segura, Pequeño Hermano!

– ¡Entonces, por el pez luna que me redimió, le pagaré certeramente a Shere Khan lo que le debo! Incluso puede llegar a recibir un poco más de lo que le corresponde.

Mowgli partió dando un salto.

– ¡Ese es mi hombre! – dijo la orca, recostada en la arena del fondo –. ¡Oh, Shere Khan, nunca te aventuraste a una cacería más peligrosa que la caza de la ranita de hace cinco años!

Mowgli nadó hacia las moradas de los hombres. En su camino pasó junto a un banco de bonitos aterrorizados, seguido detrás por toda una tropa de delfines, que proferían gritos burlones y malignos. Fueron los jóvenes delfines del clan de Seonee quienes gritaron juntos:

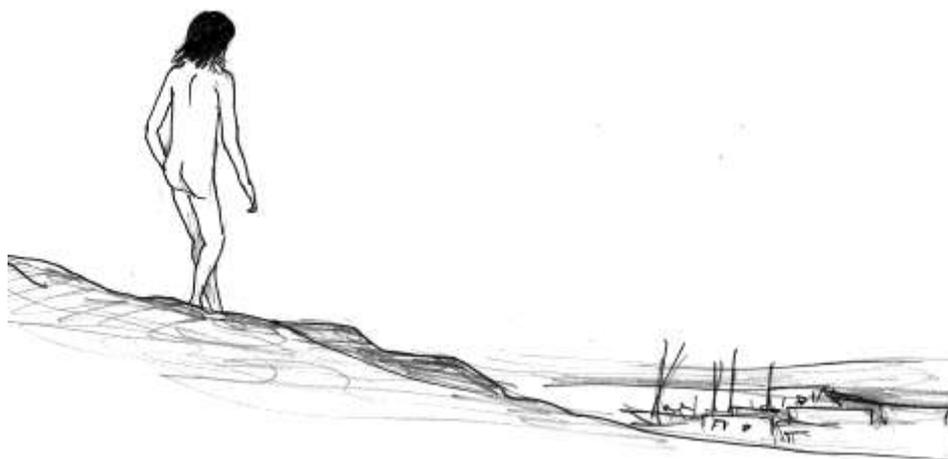
– ¡A un lado, abran paso al jefe! ¡Akela, muéstranos tu rapidez y habilidad!

El pobre viejo solitario debió errar su presa pues Mowgli escuchó el chasquido de sus mandíbulas cerrándose en el vacío, cuando el bonito, saltando del agua, se le escapó. No se quedó a escuchar más y apresuró su nado. Los gritos se apagaron cuando tuvo a la vista las cabañas de los pescadores.

– Bagheera estaba diciendo la verdad – respiró y se dijo Mowgli mientras se deslizaba por la entrada del puerto, entre los barcos, con su cabeza emergiendo apenas del agua. Mañana será el día de Akela y el mío.

Se deslizó sin hacer ruido entre las chozas de adobe blanqueadas con cal. Afuera, sobre ensamblajes de madera, se secaba pescado abierto y sin vísceras. Las redes estaban amontonadas en un muelle de piedra, con sus flotadores de corcho.

Miró por una ventana. Un niño pequeño sostenía algo en su mano que inmediatamente reconoció como un diente largo. Era un extraño diente hecho de una piedra que los humanos llaman obsidiana, negra como la tinta de sepia, y cuyos pedazos parecían tan afilados como los dientes de los tiburones. Estaba unido a un largo palo de madera mediante correas de cuero recubiertas de resina. Mientras tarareaba una canción, el niño probaba el filo desprendiendo finas virutas de madera.



– ¿Conque eso es? – se dijo Mowgli –. Si un niño puede manejarlo, entonces yo también puedo cogerlo y usarlo como dice Bagheera.

Se acercó a la puerta principal, se encontró cara a cara con el niño, le arrancó de las manos el diente largo y se deslizó en la niebla, mientras el pequeño gritaba asustado.



Corrió hacia el puerto, se arrojó al agua oscura y desapareció, nadando hacia el paso, y luego hacia mar abierto.

- Son como yo – pensó.

Cuando llegó al refugio, Bagheera estaba allí, esperándolo. Él le mostró el diente largo.

– Fui donde los pescadores. ¡Aquí me tienes! Estoy listo.

– ¿No tienes miedo?

– ¿Miedo yo? ¿Pero de qué? Ahora recuerdo... si es que no es sólo un sueño... Cuando estaba acostado en mi cuna, vi a hombres y mujeres usar estos extraños fragmentos de piedras, afilados como dientes de tiburón. Hacían los mismos gestos, raspaban pieles o cortaban carne mientras murmuraban canciones.

Se zambulló, cruzó el pórtico y emergió en la cueva de la familia, donde encontró a su madre, que le preguntó qué era esa cosa tan extraña.

– ¡Es para el gran tiburón rayado!

Dedicó el día siguiente a aprender a manejar su arpón, usándolo para ensartar peces, lo cual resultó toda una novedad para él y lo asombró. Al final del día, Tabaqui entró al túnel de acceso y vino a decirle con insolencia que lo habían convocado a la sima, a la peña del Consejo.

Akela se mantuvo a distancia, mostrando con ello que su sucesión estaba abierta. Shere Khan se paseaba de arriba a abajo, y era objeto de visibles halagos. Bagheera penetró en la sima al mismo tiempo que Mowgli. Cuando todos estuvieron reunidos, Shere Khan tomó la palabra, algo que nunca se habría atrevido a hacer si Akela aún fuera el líder.

– No tiene derecho – murmuró Bagheera entre sus dientes de marfil –. Díselo tú.

Mowgli subió de un salto a la pequeña isla central y se dirigió al clan.

– Pueblo Libre, ¿desde cuándo Shere Khan es nuestro líder? ¿Qué puede tener que ver un tiburón tigre con la conducción de la manada?

– Pues se ha abierto la sucesión, y como me habían pedido que hablara... – comenzó diciendo Shere Khan.

– ¿Quién te preguntó? – dijo Mowgli –. ¿Acaso somos todos cangrejos comedores de cadáveres, para halagar así a este carnicero? ¡El liderazgo del clan le compete únicamente al clan!

Los gritos resonaron en la sima.

– ¡Silencio, hijo del hombre!

– ¡Déjalo hablar, él cuidó nuestra Ley!

Al final, los ancianos del clan tronaron:

– ¡Dejen hablar al “delfín muerto”!

Cuando un líder del clan perdía a su presa, se le llamaba el "delfín muerto" por el tiempo que le quedara de vida, y eso no era precisamente un halago. Akela sacó dolorosamente su vieja cabeza del agua de la sima.

– Pueblo Libre, y vosotros también, sirvientes de Shere Khan: durante doce temporadas os he llevado a cazar y os he traído de vuelta, y durante ese tiempo ninguno de vosotros quedó atrapado en ninguna red o fue herido por arpones. Acabo de perder mi presa. Sé que, según las leyes del clan, ya no tengo derecho a liderarlo. También sé que tenéis derecho, si os apetece, de expulsarme del clan y hacer de mí un delfín solitario que, al no estar protegido por sus hermanos, acabará un día u otro en las mandíbulas de algún merodeador. Pero os digo esto: ¿quién vendrá a echarme del lugar donde nací y donde he vivido? ¿Quién lo hará para ganar el derecho a liderar el clan?

Hubo un largo silencio. A ningún delfín le preocupaba un duelo a muerte con el Solitario. Entonces Shere Khan chilló:

– ¡Bah! ¿Qué tenemos que ver nosotros con este viejo desdentado? ¡Está condenado a morirse! Es el hombrecito quien ha vivido demasiado. Pueblo Libre, fue mi presa desde el comienzo. Dádmelo ahora. Ya he tenido suficiente con su burla de hombre-delfín. Ha alborotado nuestras aguas durante seis estaciones. ¡Dadme a la cría de hombre, o de lo contrario siempre cazaré en estas aguas y no os dejaré ni una espina!

Entonces más de la mitad del clan protestó:

– ¡Un hombre! ¡Un hombre! ¿Qué tiene que ver un hombre con nosotros? ¡Que se vaya con sus semejantes!

– ¡Está aquí – dijo Shere Khan – para indicarle a los pescadores el lugar de nuestro refugio! Para que bloqueen la entrada con redes y luego bajen sus hilos a la sima. Para que arponeen a todos los que quieran escapar, extendiendo la red como una trampa. Para no dejar ni un solo miembro del clan, joven o viejo, con vida, y que todos acaben secándose al sol, colgados en postes. ¡Entregádmelo ahora! Estará mucho mejor en mi garganta.

Akela se levantó de nuevo para que todos lo oyeran.

– El pequeño compartió nuestro encarne. Durmió con nosotros. Condujo cardúmenes de peces hacia nosotros. No infringió ni una sola palabra de la Ley de la Selva.

– Pagué por él el precio de un gran pez luna. El honor de Bagheera puede costar una batalla – añadió Bagheera en voz baja.

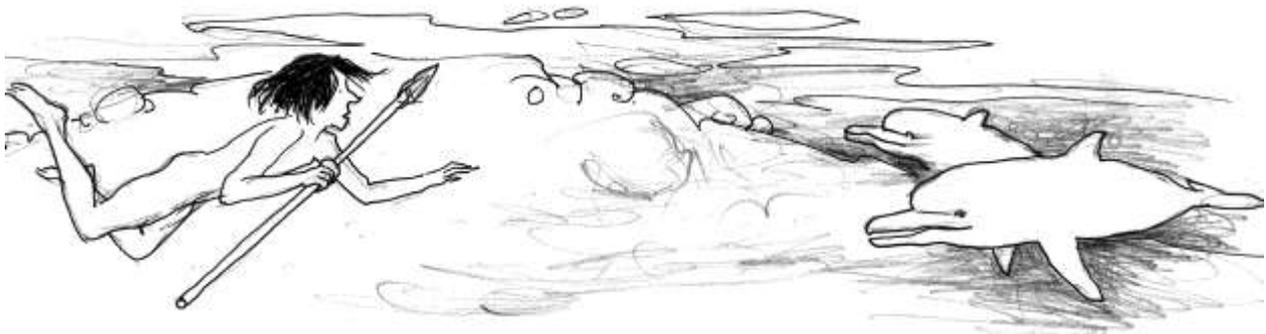
– ¿Un pez luna, hace seis años...? – gruñó la asamblea –. ¿Qué nos importan unas viejas espinas de hace seis años?

– ¿Y un juramento? – dijo Bagheera, descubriendo el marfil de sus mandíbulas –. ¡Ah, hacemos bien en llamarnos Gente Libre!

– Ningún hombrecito se mezclará con el Pueblo de la Selva – gritó Shere Khan –. ¡Entregádmelo ahora!

– Es nuestro hermano en todo salvo en la sangre – dijo Akela –, ¿y vais a permitir que lo maten aquí, en el refugio del clan? En verdad, he vivido mucho. Entonces sé que sois cobardes y que estoy hablando con cobardes. ¿Qué se necesita para salvar el honor de este clan, si es que eso todavía es posible, perdonar la vida de Mowgli, y dejarlo regresar con su gente? ¿Qué se necesita para ahorrarnos la vergüenza de dejar que maten a un hermano al que no se le puede reprochar nada... un hermano que fue reclamado y comprado para ser admitido en el clan, de acuerdo con la Ley de la Selva?

– ¡Pero es un hombre, un hombre! – vociferó la asamblea. La mayoría de los delfines pretendieron reunirse alrededor de Shere Khan, cuyas aletas vibraban de ira.



Nadie se había percatado de la llegada de Baloo, que había estado siguiendo todo desde un rincón de la sima, sin decir palabra. Se acercó resoplando e irguió su masa en un borde del islote.

– Desde hace muchas lunas he enseñado a mejillones y camarones, hasta este momento en que Shere Khan se ha convertido en Doctor de la Ley en mi lugar. Lo que he escuchado esta noche me muestra que nada de lo que he dicho a los miembros aquí presentes ha sido retenido, excepto por este hombrecito, a quien ya no queréis en vuestro clan. Se os llama Gente Libre. Libres sois, ya que ahora no tenéis siquiera un líder que os guíe. Pero muchos de vosotros pereceréis en las redes o en los arpones de los hombres. Cazaréis peces que habrán comido corales o malas algas, enfermareis, y ya no estaré allí para compadecerme de vosotros. Creí, al enseñaros las cosas de la Selva, hacer de vosotros un pueblo sabio. Pero lo que he visto y oído esta noche me muestra que fue la más inútil de las empresas. Creéis que aún formáis un pueblo, pero esta noche el clan de Seonee ha dejado de existir. Ya no soy útil aquí. Así que os dejo, adiós.

Cuando se hundió en el agua, su gran masa levantó una ola que salpicó las paredes de la sima.

– ¡Qué nos importa esta piel llena de grasa y de viento! – gritó Shere Khan –. ¡Es hora de terminar con esto!

Bagheera se acercó a Mowgli y le dijo en voz baja:

– Ahora el asunto está en tus manos. ¡El resto de nosotros no puede hacer nada más que pelear!

El islote no era un buen refugio. Shere Khan habría podido, al saltar, morder a Mowgli en las piernas, o hacerlo caer al agua. El tiburón tigre retrocedió para coger impulso. El ataque era inminente.

Mowgli, que había estado en cuclillas todo el tiempo, se levantó, se estiró y bostezó; pero estaba lleno de rabia y tristeza, porque se daba cuenta de que todos los miembros del clan que ahora se apretaban contra los flancos de Shere Khan, nunca le habían dicho cuánto lo odiaban.

– ¡Escuchad! No hay necesidad de graznar como gaviotas o dar vueltas como cangrejos carroñeros. Me dijisteis demasiadas veces, esta noche, que yo era un hombre y no un delfín (y, sin embargo, habría seguido siendo un delfín con vosotros hasta el final de mi vida). Siento la terrible verdad de vuestras palabras. Así que ya no os llamaré más mis hermanos, sino congrios, morenas,

habitantes de hoyos, comedores de carroña. Durante seis años he cazado con vosotros. He conducido cardúmenes de peces hacia vuestras fauces. A nadie he lastimado, y no he hecho daño a ninguno de vosotros con las armas de los hombres. Pero esta noche he traído conmigo lo que todos teméis y que fácilmente desgarrará vuestras carnes: el diente largo.

Blandió el arpón frente a él, sosteniéndolo con ambas manos. La luz de la luna, reflejándose en la punta dentada, creó un resplandor que hizo que todo el Consejo retrocediera aterrorizado.

– Entonces, ¿quién quiere ser el primero en tener el vientre perforado esta noche?

Todos los delfines se alejaron del islote. Mowgli se hundió a medias en el agua y miró en círculo a su alrededor.

– Veo que sois cobardes. Os dejo para volver con mis parientes... si es que realmente son mis parientes... La Selva está cerrada para mí. Tendré que olvidar vuestra lengua y vuestra compañía; pero seré más misericordioso que vosotros. Puesto que he sido vuestro hermano en todo menos en la sangre, os prometo que cuando esté entre los hombres, no traicionaré el secreto de este refugio. No os traicionaré como vosotros me traicionasteis.

Shere Khan, que se había acercado al islote, estaba en aguas poco profundas. No se atrevió a retroceder, por miedo a desacreditarse ante los ojos de los jóvenes del clan. Mowgli se acercó a él. En un instante, el hierro de la larga hoja afilada enganchó una de las branquias del tiburón

– ¡Atrévete a moverte y te desangraré hasta la muerte, viejo rayado! Mueve tan solo una aleta y mi largo diente se hundirá en tus branquias, y tu sangre inundará la sima.

El aterrorizado tiburón tigre estaba más quieto que un tronco, pues sabía que Mowgli hablaba en serio. Sintió el filo contra sus frágiles orejas de la misma manera que un hombre siente una daga rozando su corazón. Nada más afilado que un fragmento de obsidiana. Con un simple gesto Mowgli podía provocar una hemorragia fatal en el punto débil de los tiburones; en cualquier otro lugar, su gruesa piel los protege bastante bien de las agresiones.

– Este asesino de náufragos dijo que me mataría en pleno Consejo puesto que no me mató cuando era yo más joven. Pues aquí me tienen... y así es como los hombres desangramos a los tiburones. Solo mueve una aleta, Lungri, y hundiré mi lanza en tu cuerpo.



Mowgli se incorporó, sacó su lanza y su diente largo de las branquias del tiburón tigre, y se dirigió al pórtico.

– Ahora me marchó. Os dejo con vuestra cobardía, vuestras vidas deshonradas y vuestro nuevo líder. Sabedlo, la próxima vez que vuelva a este lugar y pise la roca del Consejo, será para poner la mandíbula de Shere Khan, con todos sus bonitos dientes. Por lo demás, Akela es libre de vivir como le plazca. No lo mataréis ni lo expulsaréis de la sima, porque yo os lo prohíbo; y allí podrá refugiarse cuando quiera.

Mowgli blandió el arpón e hizo además de apuntarlo en distintas direcciones del refugio. Los delfines huyeron uno tras otro. En cuanto a Shere Khan, había desaparecido. Solo quedaron Akela, Bagheera y unos diez delfines que se habían puesto del lado de Mowgli.

Entonces Mowgli volvió a subir al islote, donde se agachó, con el diente largo apoyado contra su hombro. Sintió algo doloroso brotar dentro de él, algo que no recordaba haber conocido antes. Tomó aliento, sollozó y las lágrimas rodaron por su rostro:

– ¿Qué es?.. Qué es?... – dijo –. No quiero irme de la Selva... y no sé lo que tengo. ¿Acaso voy a morir, Bagheera?

– No, Pequeño Hermano, son sólo lágrimas, les sucede a veces a los hombres – dijo Bagheera –. Ahora veo que eres un hombre, y no un hombrecito. Sí, la Selva está cerrada para ti ahora... Déjalas correr, Mowgli. Son sólo lágrimas.

Entonces Mowgli se sentó en el centro del islote y lloró, como si se le fuera a romper el corazón. Nunca había llorado antes en toda su vida.

Levantó la mirada y se quedó observando las paredes de piedra caliza de la sima que estaba a punto de dejar, iluminadas por los reflejos de la luna, y que durante seis largos años habían sido el centro de su vida.

– Ahora – dijo – iré adonde los hombres. Pero primero tengo que despedirme de mi madre.

Se deslizó en la zanja donde una vez el tiburón tigre había estado en una posición desventajosa y llegó a la gruta de paredes revestidas de coral. Mamá Delfín, ya mayor, vino a frotarse contra él, al igual que sus hijitos más pequeños. Mowgli los abrazó contra su cuerpo.

– ¿No me olvidarán, verdad?

– Nunca mientras podamos seguir un rastro, dijeron los pequeños. Cuando seas mayor, ven a la orilla, a la playa de guijarros, donde se levanta el acantilado, y hablaremos. Vendremos a jugar contigo, entre las rocas de la orilla.

– ¡Vuelve pronto! – dijo Papá Delfín –. Mi pequeña y sabia ranita, vuelve pronto a vernos, pues ya somos viejos, tu madre y yo.

– Vuelve pronto, mi pequeño desnudo – dijo Mamá Delfín –; porque, óyelo bien, hijo del hombre, te he amado más de lo que jamás amé a los míos.

– Volveré seguro – dijo Mowgli –. Y cuando regrese será para dejar la quijada de Shere Khan en la roca del Consejo. ¡No me olviden! ¡Decídes en la Selva que nunca me olviden!

Mowgli cruzó el pórtico y, moviéndose lentamente, observó por última vez cómo la luz jugaba entre los dos chorros de agua dulce y salada, formando olas congeladas. Cuando salió, Bagheera lo estaba esperando.

– Durante seis años te cuidé como habría cuidado a mi propio hijo. Cazamos juntos. Hoy nos dejas. Pero no puedo ir adonde tú vas. La madera de los barcos te protegerá a partir de ahora contra los peligros del mar. Durante seis años, yo que soy un habitante de aguas abiertas, rondé estas costas para seguirte dondequiera que fueras. Luché por ti.

La orca acercó su gran cabeza al chico, que posó en ella su mano.

– Pero hoy, si quisiera seguirte en tu nueva vida, los hombres rápidamente me perseguirían para cazarme. Buena suerte, pequeño hombre, en tu nueva vida. Te lo dije, las cosas tenían que terminar de esta manera. Así como yo, que nací entre los hombres, un día volví al mar, así tú, que creciste aquí, en esta Selva, tendrás que aprender las Leyes de los Hombres, ajenas a nosotros. No estés triste y vámonos. Yo iré a alta mar, donde nunca he estado. Parece que el mar es inmenso y quiero recorrerlo. Dondequiera que vaya, te llevaré siempre en mi corazón.

En la Selva, cuando la gente se separa, no hay lugar a grandes efusiones. Bagheera se dirigió a mar abierto, y Mowgli vio cómo su poderosa silueta se confundía con el azul del mar.

Mowgli se acercó a la roca y comenzó a escalar el acantilado. Cuando llegó a la cima pudo ver a la orca como un punto negro apenas perceptible. La siguió con la mirada tanto como pudo. Luego, cuando ella desapareció de su vista, tomó el sendero de suave pendiente que descendía a una playa, más abajo. A la distancia podía ver las luces parpadeantes del pueblo de pescadores. Y partió, completamente solo, al encuentro de esos seres misteriosos llamados hombres.

¡Al tigre! ¡Al tigre!

Después de haber alcanzado fácilmente la cima del acantilado, Mowgli descendió por la suave pendiente que conducía a una playa de guijarros. Más allá de ella, tomó por un camino costero que conducía al pequeño puerto, en el que no se veían más de cien almas.

Pensó que era prudente dejar el diente largo en algún lugar entre los matorrales, para que cuando llegara donde los hombres no lo acusaran de robo. Cuando entró en el poblado, era evidente que iba desnudo como un gusano. Todos se acercaron a él con los ojos bien abiertos. Le hablaron en el lenguaje de los hombres, pero él no comprendió ni una palabra de lo que decían. Sólo señaló su boca para mostrarles que tenía hambre.

Los barcos estaban anclados, y los más livianos yacían fuera del agua, en una pequeña playa de arena fina. El puerto era una ensenada de menos de doscientos pies de diámetro, que los pescadores habían cerrado parcialmente con la construcción de un rompeolas de sillares, dispuestos en desorden para resistir mejor los embates del oleaje. Mirando hacia el mar se veía, a la izquierda, un muelle formado por grandes losas sobre las que se secaban las redes. A poca distancia de la playa, resguardada del viento marino, había una pequeña plazoleta con bancos, a la sombra de un gran árbol que hacía las veces de sombrilla.

Cuando apareció Mowgli, los lugareños lo llevaron allí. Una mujer, que había entendido su gesto, le trajo un cuenco de madera con verduras cocidas. Él se las llevó a la boca y las halló de su agrado.

Otra mujer, que llevaba pesadas pulseras de cobre en los tobillos, se acercó a él, y le tocó la cara. Todos estos contactos eran nuevos para Mowgli; pero habiendo decidido volver entre los hombres, los toleró.

– Nathoo... Nathoo...

Lo llenaron de preguntas:

– ¿De dónde vienes, de qué poblado? ¿Por qué vas desnudo como un gusano? ¿Acaso olvidaste tu lengua?

– Es Nathoo – dijo la mujer –, estoy segura. Tiene los mismos ojos y la misma boca que su hermano Kitoo.

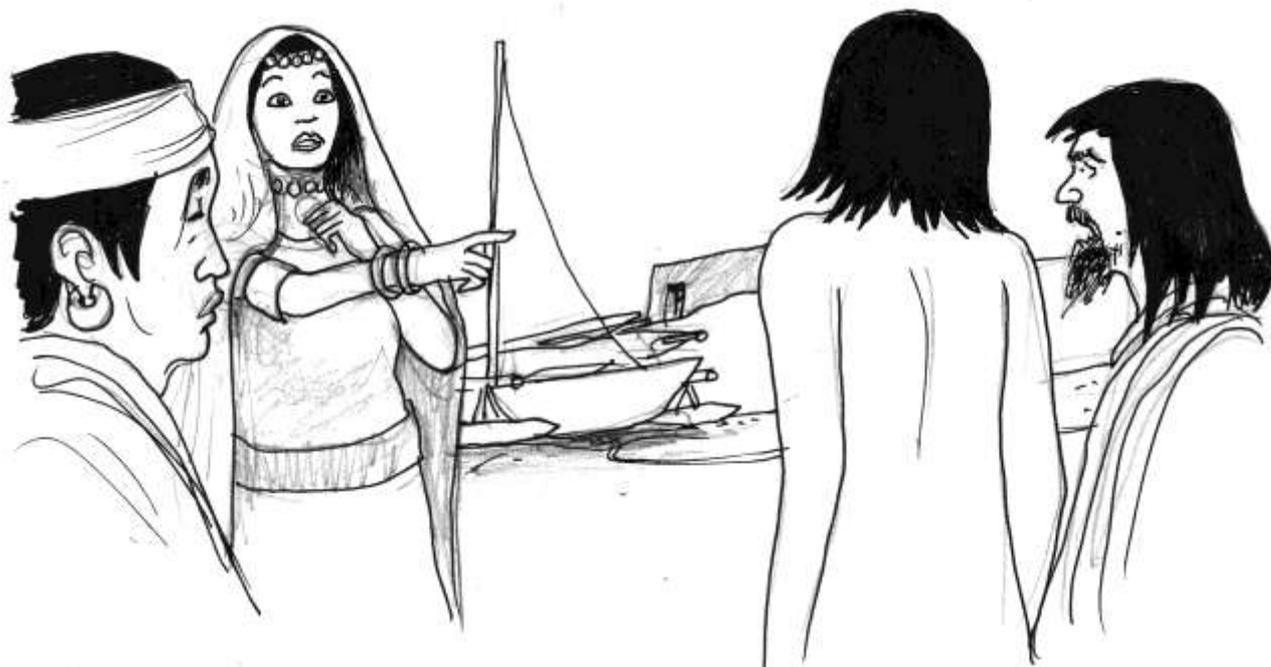
Un hombre, que debía ser su esposo, se acercó a ella.

– Estás mal, mujer. Nathoo se ahogó hace seis años, durante el naufragio. Se le parece, es cierto, pero no es más que una coincidencia. Tal vez venga de otro poblado. Hace seis años, cuando la embarcación zozobró a causa del ataque del gran tiburón, sólo uno de nuestros dos gemelos pudo refugiarse en tus brazos, recuérdalo.

– ¡Pero nunca encontramos el cuerpo de su hermano!

– Si no se ahogó, es muy probable que el gran tiburón lo haya devorado. Massua, nos tomó años llorar a ese pequeño. Todavía tenemos a su hermano, que enseña al poblado a leer, escribir y contar. Concéntrate en este otro niño que los dioses decidieron dejarnos. No reabras sin necesidad

la terrible herida, que había sanado después de tantos años. Es imposible que Nathoo haya podido sobrevivir.



– ¿Por qué no podría ser él? – continuó diciendo ella –. Pudo haber sido hallado por pescadores de otros poblados. Cuando volcamos, y antes de que nos rescataran, lo vi alejarse, agarrado al mástil roto, flotando.

– Sí, lo recuerdo. Yo mismo lo vi agarrarse al palo.

Desde que fue acogido por el clan de Seeonee y se convirtió en alumno de Baloo, Mowgli había sido entrenado para reproducir todo tipo de sonidos. Inmediatamente, por simple reflejo, comenzó a repetir lo que escuchaba.

– Massua...

– ¡Oigan, oigan todos! Recuerda mi nombre. Se acuerda del nombre de su madre. No hay duda que es él.

Sin comprender el significado de la palabra que pronunciaba, Mowgli la repitió varias veces, sonriendo y moviendo la cabeza. La gente del poblado sonreía. Parecían apreciar esa palabra, así que la repitió de nuevo. La mujer lo abrazó, llorando.

– Nathoo, poco importa lo que haya podido pasar. Te encontré y eso es lo que cuenta.

Mientras tanto, había llegado el jefe de la aldea. Le contaron cómo había aparecido el niño, de la nada, desnudo como un gusano. El asintió. Massua poseía varios barcos. Todos decidieron que ella se podía llevar al pequeño a casa, y que se daría la noticia después.

Llevó a Mowgli a su casa mientras su esposo iba a cerciorarse de que los barcos estuvieran bien amarrados para pasar la noche. Encendió una lámpara de aceite. Mowgli parpadeó, deslumbrado por una luz que nunca había visto tan de cerca. Era como los farolitos que los pescadores cuelgan en la proa de sus barcos para atraer a los peces cuando pescan de noche, y que a veces había visto de lejos, sin atreverse a acercarse.

Mowgli quiso agarrar la pequeña luz, pero al instante se quemó los dedos. Al ver el asombro de Massua, sonrió torpemente.



Reaccionó cuando ella cerró la puerta detrás de ellos. Eso le recordó la puerta de hierro de los restos del naufragio donde los Bandar-Log lo habían encerrado. Como en el poblado había visto a gente entrar y salir por esas aberturas, se levantó para operar el pestillo él mismo y se divirtió abriendo y cerrando la puerta muchas veces.

– Puerta – dijo Massua.

– Puerta – repitió Mowgli.

El esposo de Massua encendió un fuego en la chimenea y Mowgli, que nunca había visto uno, quedó fascinado. Le preparó una cama en el suelo y se la señaló.

Por la mañana, los pescadores lo encontraron durmiendo en la playa, justo al borde del agua.

Rechazado por su clan, Mowgli estaba decidido a hacer todo lo posible para ser aceptado en el clan de los hombres. Aprendió sus palabras con una rapidez sorprendente y también a hacer trampas con juncos entrelazados.

El esposo de Massua pronto lo llevó con él en su barco, mar adentro, porque lo encontró fuerte y hábil, sin temor ni al viento ni al frío. Mowgli conocía bien la función de las redes y ayudaba a los

marineros a traerlas de regreso al bote. Pero hubo que explicarle que era inútil aplastar las cabezas de los peces de un bocado, cuando se agitaban fuera del agua.

Mowgli continuó durmiendo cada noche en la playa. El esposo de Massua le dijo a su mujer:

– No sabemos nada de los años que pasó lejos de nosotros. No sabemos qué pudo haber vivido y quiénes fueron sus compañeros. Es posible que nunca haya dormido en una cama. Hay cosas en el mundo cuyos secretos a veces no puedes descifrar. Si nuestros dioses han decidido devolvérselo, quizás sea mejor no hacer preguntas. Así no querrá irse.

Una noche, mientras dormía como de costumbre en la playa, Mowgli sintió un toque como de espolón en su brazo. Al ver a Akela y a Hermano Gris, entró al agua para unirse a ellos. Era tarde y todo el pueblo dormía, o eso creía él.



Se dejó llevar por los dos delfines fuera del puerto hasta el cual se habían arriesgado a venir. Temían a los hombres y habían esperado mucho tiempo antes de atreverse a llegar hasta allí.

Mowgli les preguntó por el clan.

– ¿Shere Khan? Estaba tan ofendido y avergonzado frente a los demás que prefirió irse a las cercanías de Isla Seba, y dudo que venga a visitarnos pronto. Pero juró cuando se fue que pondría tus huesos en la cala de Waingunga.

– ¿Y los demás hermanos?

- Ahora cada quien anda por su lado. Pero tú, ¿olvidarás que eres un delfín? ¿Te harán olvidarlo los hombres? – preguntó Hermano Gris con voz preocupada.

– ¡Jamás! Siempre recordaré que te amo a ti y a todos en nuestra gruta, pero también recordaré que fui expulsado del clan.

– Y que también te pueden expulsar de este clan. Los hombres no son más que hombres, Pequeño Hermano, y su parloteo es como el parloteo de las langostas en la hierba marina.

– ¿Volverán a visitarme?

– Sí, pero el puerto es peligroso para nosotros. Cuando quieras vernos, dile a Chil o a una de sus hermanas que nos lleve el mensaje, y te esperaremos a cierta distancia del poblado, entre los juncos.

– Allí estaré cada luna nueva.

La educación de Mowgli continuó luna tras luna. Terminó acostumbrándose a usar ropa, cuya utilidad le costaba entender. Hizo todo lo posible para ser útil y agradable a la gente del puerto, ayudándolos a tirar de los botes en la arena al atardecer. En el mar, echó y recogió las redes. Aprendió a remar y a maniobrar las velas, lo que le divertía enormemente. Al lado de los otros chicos del pueblo, parecía increíblemente fuerte para su edad. Sus hombros eran anchos y poderosos, sus músculos desarrollados y duros como rocas. En comparación, los hijos de los pescadores parecían enclenques a su lado.

Un día encontró a dos niños jugando en la arena. Su juego consistía en arrojar al suelo pequeños objetos brillantes, en realidad pequeñas monedas. Luego hacían gestos con los dedos, decían muchas palabras y asentían con la cabeza. Al terminar, uno de ellos alargó su brazo y recogió todas las piezas a la vez.

– ¡Rayos! – pensó Mowgli –, ¡seguro que algunos de ellos han aprendido esas costumbres de los Bandar-Log!

Mowgli también aprendió a conducir embarcaciones a vela. Pero, aún más importante, conociendo el mar, las corrientes y las costumbres de todo lo que vive bajo el océano, guió a los pescadores a través de los bancos. Muy pronto, los dos barcos de Massua trajeron más peces que todos los demás del pueblo. Incluso el jefe de la aldea comentó:

– No sé de dónde viene este chico, ni quién le enseñó todo, pero sabe mejor que el más experimentado de los nuestros dónde pescar, y dónde y cuándo echar las redes y los sedales para que la pesca sea abundante.

En el salón principal del puerto, donde se reunían las mujeres para reparar las redes, el viejo Buldeo a veces contaba historias de su pasado como marinero, pescador de esponjas y cazador de tiburones. Mowgli, que evidentemente sabía de las cosas de las que el viejo hablaba, tenía que

ocultar su rostro para que el otro no lo viera reír; mientras Buldeo, con su viejo arpón en las rodillas, pasaba de una historia fantástica a otra.

En boca del viejo, el fondo del mar estaba poblado de sirenas, mujeres con cola de pez; de especies de peces que podían pegarse entre sí y, por lo tanto, parecer rocas. En algunos lugares del mar, decía, había ostras de dos metros de largo, y aves marinas capaces de transportar a un hombre.

Buldeo había reconstruido a su manera la historia de Mowgli, secuestrado según él por un tiburón fantasma habitado por el espíritu de un pícaro usurero fallecido unos años antes.

– Y sé que eso es cierto pues Purun Dass tenía, como ese tiburón, un brazo más corto que el otro.

– ¡Es verdad, es verdad, tiene que ser verdad! – aprobaron al unísono todos los viejos de barba gris presentes.

Mowgli terminó por levantarse, no pudiendo soportar más. Dijo:

– Todas tus historias son sólo disparates y ficciones. Ese tiburón nada torpemente porque una de sus aletas es más corta que la otra. Pero nació así, eso es todo. Y hablar del alma de un usurero poniéndola en una bestia que nunca tuvo el coraje de un pulpo es hablar de manera infantil.

La sorpresa dejó a Buldeo sin voz durante unos momentos. Luego reaccionó:

– Ah, eres tú, el niño que dice saberlo todo sobre el mar, ¿no? Ya que eres tan astuto, a ese tiburón cojo deberías capturarlo. En la ciudad, obtendrías un buen precio por sus aletas. Pero sería mejor que te callaras cuando hablan los mayores.

Mowgli se levantó para irse.

– Toda la tarde he estado aquí sentado escuchando – dijo volteándose de espaldas –, y salvo una o dos veces, Buldeo no dijo ni una sola verdad sobre lo que ocurre bajo el mar. ¿Cómo creer en sus historias de sirenas y duendes?

Mientras Buldeo resoplaba de ira, intervino el esposo de Massua.

– No te dejes trastornar, Buldeo. Mowgli apenas viene de aprender nuestra forma de vida. Quizás donde vivía antes de unirse al poblado no le enseñaron a respetar a las personas mayores.

Otro pescador intervino.

– Mowgli nunca rehuyó el trabajo y dos veces me salvó de la ruina. La primera fue despejando nuestro amarre, clavado a veinte brazas de profundidad en algún naufragio desafortunado; y la segunda desenredando nuestra red atrapada en los corales, una red nueva que me había costado una fortuna.

Su segundo apoyó lo dicho.

– ¡Nunca vi a nadie permanecer tanto tiempo bajo la superficie! ¡Creí que no volvería a subir nunca! No sé dónde pudo aprender eso.

Su patrón retomó el hilo:

– Si es él quien conduce nuestro barco, estamos seguros de que la pesca será buena. Además, suele traer de vuelta, buceando como un auténtico pez, extraños alimentos del fondo del mar, que ni siquiera sospechábamos que existían.

Y frente a los hombres reunidos colocó sobre una estera unas cosas extrañas que parecían papas a medio cocer, con la piel toda arrugada. Sacó su cuchillo, partió una en dos y le entregó a Buldeo un trozo de carne amarilla con la parte superior de su pulgar.

– Toma, prueba esto. Son especies de ostras sin concha. Tú que dices conocer el mar hasta el más mínimo guijarro, ¿conocías estas delicias?

Buldeo hizo una mueca, se encogió de hombros y se fue, arpon en mano, entre risas.

Antes de que viniera la luna llena, Chil, la gaviota, vino a ver a Mowgli, quien fantaseaba despierto al final del muelle.

– Tengo un mensaje para ti. Después de esconderse en los arrecifes durante un mes, fingiendo que se había ido para siempre, Shere Khan ha regresado, decidido a matarte. Tabaqui le dijo que habías regresado al poblado de los hombres.

– No le tengo miedo a Shere Khan. ¡Pero Tabaqui, en cambio, sabe muchos trucos!

– No tengas miedo – dijo Chil –. Hermano Gris se lo encontró ayer y ahora está enseñando a los cangrejos su ciencia, recostado en un fondo arenoso. Pero en ese funesto encuentro, Tabaqui tuvo tiempo de decirle al tiburón cojo que a veces te bañabas solo y aparte. Su plan es vigilarlo. Intenta saber dónde y cuándo tendrá que estar al acecho.

– ¿Puedes decirle a Akela y a Hermano Gris que me busquen esta noche en la cala de los juncos?

– Aloha – dijo la gaviota, y partió de inmediato a llevar el mensaje.

Cuando Mowgli, después de cenar, partió hacia la cala, Akela y Hermano Gris ya lo estaban esperando allí.

– Esto es lo que vamos a hacer. Cuando estén de vuelta, les dirán a todos que me baño cada luna nueva, a primera hora de la mañana, después de haber recogido las redes nocturnas. En la Selva es fácil hacer correr una noticia. Las palabras se difunden poco a poco. Todos hablan de todo y de nada. Les indicará el lugar, la cala de Waingunga, ya que es allí donde él quiere ver pudrirse mis huesos. El fondo es bajo, el lugar es estrecho y los acantilados empinados. Y recuerden algo importante. Les harán saber que tan cerca de la costa y en fondos poco profundos no temo ningún ataque, que no llevaré lo único que teme Shere Khan, el diente largo, y que sólo me acompañará mi red de pescar.

– Se hará como dices. Pero esa cala es una verdadera trampa. ¿Quién será el trampero y quién la presa? Imagino que cuentas con el apoyo de los pescadores.

– Es un asunto personal, entre Shere Khan y yo, que cae bajo las Leyes de la Selva submarina. Los humanos no deben involucrarse.

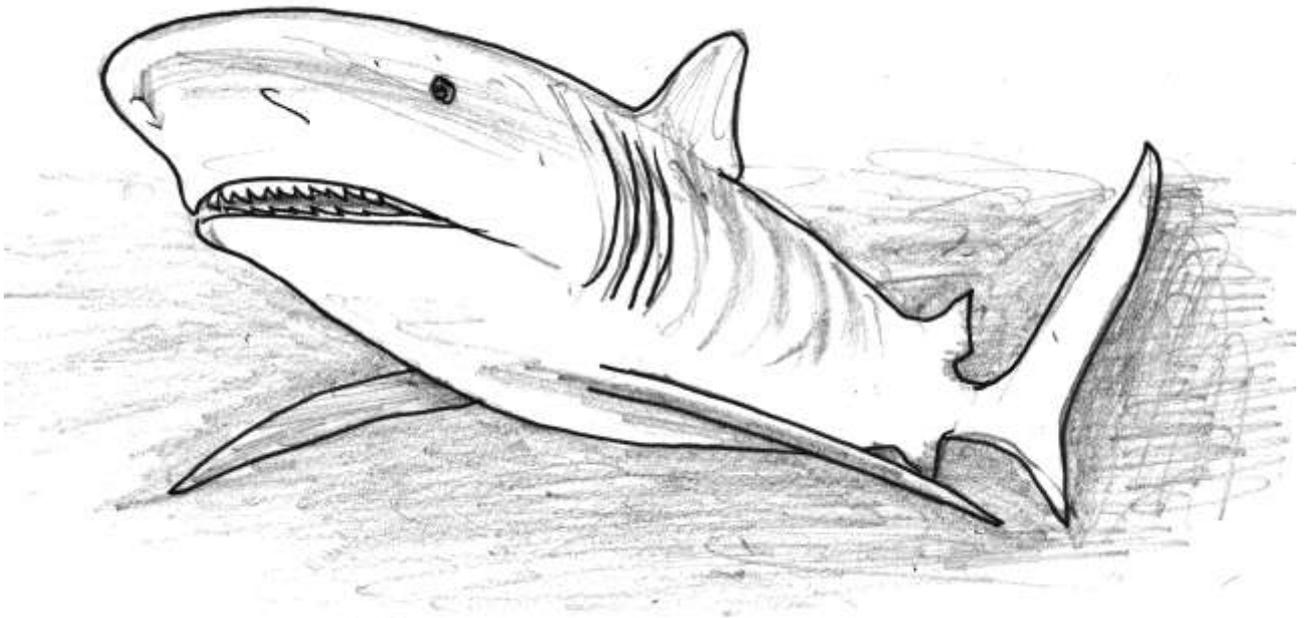
– ¿Vas a enfrentarlo solo, y sin el diente largo?

– Hagan lo que les digo. Dentro de dos días uno de nosotros terminará sus días entre estas rocas, y la Cala le servirá de tumba.

– Cada quien es libre de elegir su propia muerte – dijo escéptico Hermano Gris.

– Hagan lo que les digo, y punto.

Dos noches después, luego de descargar el pescado capturado durante la jornada, Mowgli tomó un bote y remó hacia la cala, solo. A cientos de metros de distancia, Shere Khan sintió, a través de la línea mediana que recorría la extensión de su cuerpo, las ondas provocadas por los golpes de remo de Mowgli, y lo localizó con precisión.



– Así que Mor, el congrio, estaba diciendo la verdad – pensó –. Este chico es tonto y va a nadar solo en la trampa para humanos. Y aceleró el paso.

En la cala de paredes empinadas, Mowgli, despreocupado, dejó que su bote fuera arrastrado por el viento y se alejara, sin tener cuidado de amarrarlo. Sus ojos penetrantes vieron la aleta oscura

acercándose bajo el sol, hendiendo la superficie del mar, lisa como un espejo. Cuando Shere Khan inició su nado de ataque, Mowgli fingió tener pánico, agitando los brazos y las piernas como un hombre que intenta escapar. El mensaje fue captado por Shere Khan, quien, al no tener ya a Tabaqui para aconsejarle, dejó de lado la cautela.

Los tiburones pueden detectar a sus presas a grandes distancias, que la visión humana no puede abarcar. Mowgli sabía que Shere Khan lo había ubicado y pronto se le aparecería, y sostenía en ambas manos el cuerpo de una melva de un metro de largo, especie de pequeño atún con una larga aleta dorsal que había sido pescada en la noche.

Cuando un tiburón ataca y decide abrir sus grandes fauces para morder, su cabeza se inclina hacia atrás; sus ojos se elevan y deja de ver adonde va. Habiendo visto perfectamente dónde estaba Mowgli, y que movía fuertemente sus pies, Shere Khan abrió sus fauces tanto como pudo en los últimos metros de su embiste. Su triple fila de dientes se inclinó hacia adelante.

Mowgli encajó el impacto empujando el cuerpo de la melva dentro de las fauces abiertas de par en par, lo más adentro que pudo. El pez se hundió en la garganta de Shere Khan, junto con una buena parte de la red más fuerte que Mowgli pudo encontrar. Eso frenó la carrera de Shere Khan y lo bloqueó. Mowgli se acercó al tronco de árbol al que había atado la red con cuerdas y se apresuró a activar su dispositivo. Luego nadó hacia el tiburón tigre, que entornaba los ojos en blanco, furioso y angustiado. Con la melva atorada profundamente en su garganta, Shere Khan no podía ni tragar ni cerrar sus mandíbulas, y no pudo por tanto cortar la malla de la red.



Quien haya visto alguna vez algo cortado por los dientes de un tiburón se habrá quedado asombrado por la nitidez del corte, como si se hubiera hecho con una navaja. De hecho, todo tiburón opera en dos tiempos. Primero inmoviliza a su presa clavándole los dientes a apenas uno o dos centímetros de profundidad. Luego lo corta lo más finamente posible, en menos tiempo del que se tarda en decirlo. Nada puede resistir esas dos hojas de sierra, cuyos dientes tienen bordes dentados. Un tiburón del tamaño de un hombre puede cortar un tobillo o una pierna muy rápidamente. Los más grandes pueden cortar en dos a un hombre. Recordando lo que le había ocurrido al tiburón zorro, cuando al arremeter contra un pez había quedado atrapado y prisionero en la red, Mowgli había aprendido perfectamente la lección. Nadó hacia Shere Khan, que se debatía furiosamente.

– Estás atrapado, gran rayado. Ahórrate el aliento, lo vas a necesitar para el poco tiempo que te queda de vida.

Cuanto más luchaba Shere Khan, más se asfixiaba. Mowgli se quedó junto al enorme cuerpo hasta que éste dejó de moverse. Se acercó al tiburón tigre y, para comprobar que efectivamente estuviera muerto, le asestó un corte en las branquias con el cuchillo que llevaba colgado al cuello en una funda desde que vivía entre los hombres. El tiburón no reaccionó, y su sangre se regó por toda la cala.

Mowgli fue a buscar el bote y desató las cuerdas que le habían permitido tender la red entre las dos paredes escarpadas de la Waingunga. Subió al tiburón a bordo y, tomando los remos, empezó a llevar el cuerpo muerto hacia la ensenada de los algarrobos y los juncos marinos. Akela y Hermano Gris se le unieron.

– ¡Wao! Su mandíbula se verá bien en la roca del Consejo. Debemos ponernos manos a la obra rápidamente.



Agachado en un recodo de agua, Mowgli procedió a cortar la carne firme de Shere Khan alrededor de la mandíbula. Aunque su cuchillo de piedra de obsidiana estaba muy afilado, pasó un largo tiempo para que pudiera completar el trabajo. De repente, una mano se posó sobre su hombro; y mirando hacia arriba, vio a Buldeo con su arpón. Los delfines se escabulleron cuando vieron venir al hombre.

– Te observé desde la costa. Entonces has capturado al tiburón, con las fauces atrapadas en una red, y te diste a la tarea de traerlo de vuelta a esta cala, para despellejarlo a tu antojo. Ahora déjame a mí. No es propio de un niño trabajar en el cuerpo de un tiburón. Déjalo en manos de alguien que conoce ese trabajo. Tal vez te dé una moneda cuando las aletas se hayan secado y las haya vendido en la ciudad.

Buldeo arrojó su arpón a la orilla y extrajo su propio cuchillo.

– Si entendí bien, ¿tienes intención de cortar las aletas para ir a venderlas en el mercado de Khaniwara, y según el precio de venta tal vez me des algo? Pues bien, planeo quedarme esos restos para mí. ¡Así que guarda tu cuchillo de piedra, viejo!

Buldeo se enfureció.

– Pensaba darte algo por la venta, pero ya que lo tomas así, no tendrás nada. ¡Deja ese cadáver!

– Por el pez luna que me rescató – dijo Mowgli sin dejar de tallar la carne –, ¿debo pasar toda la tarde hablando con este mono viejo? ¡Akela, aquí! Este hombre me está molestando.

Buldeo, aún inclinado sobre el cuerpo de Shere Khan, se vio repentinamente agarrado por los brazos y dando vueltas por la cala. Mientras tanto, Mowgli seguía desollando como si fuera el único en toda la costa, en veinte millas a la redonda.



– Sí – dijo Mowgli entre dientes –, tienes razón después de todo, Buldeo. ¡Nunca me darás un céntimo por la venta!... Hay una vieja enemistad entre este cojo tiburón tigre y yo, ¡y he triunfado!

Para hacer justicia a Buldeo, que no había soltado su cuchillo, si hubiese tenido diez años menos y lo hubiese agarrado un delfín, lo habría despachado de inmediato. Pero un delfín que obedecía las órdenes de un niño, y que tenía él mismo dificultades personales con los tiburones tigre devoradores de hombres, no podía ser un delfín ordinario. Todo eso, a ojos de Buldeo, era magia, hechicería de la peor clase, y su mano libre se cerró sobre el amuleto protector que llevaba alrededor del cuello, preguntándose si bastaría para protegerlo.

Buldeo decidió no moverse, sujeto de los brazos por los delfines, y esperaba en cualquier momento ver a Mowgli transformarse en tiburón tigre.

Cuando los delfines se cansaron de dar vueltas por la cala con el viejo pescador, lo llevaron de regreso a la orilla, lo soltaron, y se alejaron mar adentro. Buldeo se enderezó rápidamente y, a unos metros del borde, fuera del alcance de las cosas del mar, recuperó la confianza. Sin dejar de apretar con su mano su amuleto protector, maldijo a Mowgli, que aún estaba ocupado en arrancar la mandíbula de Shere Khan de su gorguera de carne y músculo.

– Supe desde un principio que no eras como los demás. Una noche te seguí y creí verte, de lejos, hablando con tus hermanos delfines. Pero ahora estoy seguro, lo estabas haciendo. Eres un hechicero, venido a nosotros para causar nuestra pérdida. Se lo diré a la gente del poblado y te matarán.

Mowgli sintió el peligro detrás de la amenaza. Inmediatamente cambió de opinión.

– Oye, Buldeo, deja de aferrarte a esa concha que llevas alrededor del cuello. No hay magia en nada de esto. El tiburón quedó atrapado en la red, es todo, y digamos que tuve suerte.

– Pero y los dos delfines, ¿acaso vinieron de la nada?

– A los delfines les gusta jugar con los humanos. ¿Acaso no lo has visto, tú que has sido testigo de todas las maravillas del mar?

– Sí, pero...

– Hagamos un trato, tú y yo. Toma toda la carne que quieras de este cadáver, incluidas sus aletas, ya que parecen darles un gran valor, y acordemos mantener todo el episodio en silencio, pues darlo a conocer sólo preocuparía innecesariamente a la gente del pueblo. Es más: diremos que fuiste tú quien capturó al tiburón, tendiéndole una trampa.

Atónito al comienzo por esta propuesta que apenas si se esperaba, Buldeo se enderezó, pequeño como era.

– Y tú, ¿no dirás que no es verdad?

– Confirmaré tus palabras, y así se fortalecerá tu autoridad con todos en el pueblo. Mírame como un aliado, no como un enemigo. Pero, dime, ¿qué harás con esas aletas? Tienen un pobre valor nutritivo.

– Las pondré a secar y las venderé a los mercaderes de paso. Se dice que ellos las convierten en una especie de medicina, eficaz contra enfermedades muy graves<sup>1</sup>. De ahí su precio.

Habiendo terminado de extraer la mandíbula, Mowgli la escondió entre los juncos. Y ayudó a Buldeo a quitarle las aletas a Shere Khan. Luego, subiendo al bote después de cargar la red, tomaron rumbo hacia el poblado. Su llegada causó sensación. Buldeo había puesto las enormes aletas de Shere Khan en una cuerda alrededor de su cuello, y así entraron los dos. De inmediato, Buldeo contó cómo había colocado la trampa y atraído al tiburón con la ayuda de su amuleto mágico.

De vez en cuando lanzaba una mirada preocupada en dirección a Mowgli, esperando alguna burla de su parte. Pero éste no hizo más que animarlo con un movimiento de la cabeza y una sonrisa. Por la noche, durante la velada, Mowgli pudo escuchar a Buldeo contar su historia, una y otra vez, para asegurarse de que todos los miembros del pueblo la recordaran y aprendieran ella, añadiendo cada vez más y más detalles fantásticos.

---

<sup>1</sup> Como el cáncer, enfermedad ignorada por los selacios (tiburones)

# El fruto que desgarró el vientre del Mar

Inspirado por mis inmersiones en los cayos de las islas Komodo, en Indonesia

Pasó otra estación. Mowgli guiaba a los pescadores a los bancos de peces. La pesca era buena, y cuando las anclas de piedras preciosas o las redes quedaban enganchadas en los corales, él se zambullía para liberarlas.

Un día, de regreso del mar, vio a Massua de pie en la playa, con un brazo alrededor de los hombros de un chico de su edad.

– Mowgli, este es Kitoo, tu hermano y tu doble. Ha vuelto a nosotros de la ciudad, donde realizó estudios muy serios. Verlos reunidos me hace la más feliz de las madres.



Mowgli sonrió:

– Si eres feliz, entonces yo también lo soy.

La vida retomó su curso y no hubo rivalidad alguna entre los dos hermanos. Kitoo estaba muy orgulloso de los conocimientos que había adquirido. Su habilidad para hacer cálculos lo convirtió en un interlocutor idóneo para cualquier negociación con los mercaderes de paso. Muy pronto se convirtió en el contador del poblado, y sabía obtener las mejores condiciones en los intercambios.

Los números, y todos esos signos que su hermano garabateaba en trozos de corteza, a Mowgli no le interesaban. Para él, o había peces o no los había, y poco le interesaba su número. Escuchaba distraído las historias de Kitoo, prefiriendo centrar su atención en el color del cielo o en la dirección del viento.

Su hermano parecía conceder gran valor a un objeto redondo que lo acompañaba a todas partes, colgado de su cuello por un cordón de cuero.

– Verás, Mowgli, es un objeto que te permite saber la hora.

– ¿Cómo así?

– Pues mira, cuando las dos manecillas están, como lo están ahora, unidas en la parte superior del círculo, cerca de esta ruedita, eso indica que el sol está en su punto más alto en el cielo.

Mowgli elevó su mirada hacia el cielo azul.

– Lo que veo es que en este momento el sol no está para nada en su punto más alto, ni mucho menos.

– Eso es porque el objeto no está sincronizado.

– ¿Y entonces de qué sirve?

– Hay en la ciudad otras máquinas de este tipo, más grandes, que también hacen tic tac, y que permiten ajustar los demás, como el mío.

– Todo eso me parece muy complicado. A mí me basta mirar la altura del sol para saber el momento del día.



En otoño, el jefe del poblado anunció que había decidido casar a su hijo con la hija del jefe de un poblado vecino, que también era de pescadores. El hijo todavía era un niño, pero así lo dictaba la costumbre.

Mowgli vio con curiosidad cómo el poblado se preparaba para la celebración. Los pescadores decoraron sus barcos con palmas y guirnaldas de flores. Hombres y mujeres se adornaron con collares de conchas.



Cuando, temprano en la mañana, se dio la señal de partida, los remeros se pusieron manos a la obra y la procesión abandonó la caleta donde se asentaba el diminuto poblado. Salieron desde la amplia bahía, rodeada por la banda de espuma que marcaba la ubicación del arrecife de coral. El viaje tomó una jornada. El jefe del poblado vecino vino a saludar a la flotilla en la playa. Tenía delante suyo a una niña que era apenas mayor que el niño. Se había preparado un banquete de

bienvenida, y el pescado se asaba sobre piedras que habían sido calentadas al fuego. Mowgli siguió toda la faena bastante distraído.

Al día siguiente, el jefe de la aldea hizo gala de sus riquezas, adquiridas a través de fructíferos, estrechos y prolongados intercambios con los mercaderes de paso. Los arpones de los pescadores del poblado vecino no estaban equipados con puntas hechas de fragmentos de piedra volcánica, en obsidiana, sino con puntas de metal, que no se rompían al golpear la roca, y que podían afilarse frotándolas sobre piedras pequeñas. Gracias a ese trabajo se podían confeccionar arpones más penetrantes.

Cantidades increíbles de pescado se secaban al sol en parrillas. De lejos, Mowgli vio que el jefe del poblado vecino parecía estar gesticulando, dando grandes explicaciones. Finalmente, al día siguiente, representantes de ambos clanes zarparon hacia lo que parecía iba a ser una especie de demostración.

A unas cuantas millas de distancia, una bandada de pájaros buceadores señaló la presencia de un gran cardumen. Se les podía ver en picada vertical entrar al agua plegando a último momento sus alas pegadas al cuerpo. Los más afortunados ascendían con un pez en el pico.

De repente, el jefe del pueblo vecino se colocó ostentosamente al frente de la piragua donde había estado sentado. Extrajo de un bolso que llevaba cruzado al hombro una especie de fruto oscuro que sostuvo en la palma de la mano, y lo arrojó en medio de la multitud de aves. Segundos después, Mowgli sintió como si el vientre del mar se estuviera desgarrando. Había oído, en tardes de fuerte tormenta, las olas rompiendo contra el acantilado, al pie del cual se abría el ingreso al refugio del clan Seonee. Pero un ruido así, jamás.



Una masa de agua se elevó y luego cayó mientras los pájaros escapaban en todas direcciones. Mowgli vio entonces a decenas y decenas de peces de todos los tamaños salir a la superficie, sin vida, como si esa cosa los hubiese matado. Los pescadores dieron un grito de júbilo y de inmediato comenzaron a recogerlos. Sus estrechas canoas pronto estuvieron llenas. En unos cuantos segundos sacaron más peces que en varias noches de pesca.

No habían lanzado arpones ni habían lanzado redes. Era como si esa cosa que su líder había arrojado con su mano hubiera matado a todos esos peces por sí misma. Eso explicaba seguramente la gran riqueza del pueblo, la opulencia de sus habitantes, la riqueza de sus ropas y sus joyas, así como una gran cantidad de cosas misteriosas a las que parecían conceder un gran valor, y que habían obtenido comerciando con los mercaderes.

Cumplidos los intercambios rituales de regalos y sellada la unión de los dos niños, el clan de Mowgli volvió al mar. El ambiente, en las piraguas, era festivo. Los remeros empujaban vigorosamente sus remos, cantando canciones al son de su remo. El jefe de la aldea se paró con orgullo al frente del más grande de los botes, y su mirada brilló. Mowgli no había querido sentarse allí, como en el viaje de ida. Se había acomodado en la parte trasera de la más pequeña de las canoas, y sus ojos parecían llenos de tristeza. Pero los pasajeros de los otros esquifes estaban tan contentos con el éxito del viaje que nadie lo advirtió.

Al día siguiente, el jefe convocó a todos los hombres del clan y les dijo:

– Le llevé al jefe de la otra aldea el lote de nácar que le debía. A cambio, me dio esto.

Y mostró a los presentes esas especies de frutos que traían consigo la muerte y que llevaba en la mano. Luego dijo, volviéndose hacia Mowgli:

– Tu hermano Kitoo me dijo que se había hecho explicar su funcionamiento, que sabía cómo usarlos y lanzarlos. Dijo que bastaba con tirar del anillo para despertar la muerte que está dentro, y que él sabría hacerlo por nosotros. Así que mañana nos conducirás a los lugares donde están los cardúmenes, como tan bien sabes hacerlo, y así podremos obtener, como los del otro clan, pescas milagrosas, haciendo subir a todos los peces del fondo. Desde mañana Kitoo lanzará el fruto que mata y podremos, como nuestros vecinos, multiplicar por diez el volumen de nuestra pesca y traer riqueza a nuestro pueblo.

Los pescadores presentes manifestaron ruidosamente su aprobación al proyecto.



Mowgli se quedó en silencio durante un largo lapso de tiempo, como alguien que prepara cuidadosamente una respuesta. Luego se dirigió al líder de la aldea y a todos los pescadores.

– Después de que el objeto mató los peces, regresé al lugar y me sumergí. Por cada pez que subió a la superficie, quedaron diez en el fondo, con la barriga abierta.

– ¡Eso qué importa! – gritaron en coro los pescadores –, ¡para eso hay suficientes peces en el mar!

– Sabéis muy bien que su número no es ilimitado. Antes de venir a vivir entre vosotros, sé que habéis pasado largas semanas sin ver la cola de un pez. Y todos vosotros, entonces, teníais hambre.

– No importa. Secaremos el pescado, lo salaremos con la sal que compraremos en abundancia a los mercaderes, y tendremos reservas.

– He pasado largas horas explorando el fondo de la bahía. Hay vastas áreas que se han convertido en desiertos. La roca inferior está desnuda. Ya no hay ni peces, ni conchas, ni buena hierba para comer. Los corales están muertos. Sólo quedan sus esqueletos blanqueados. No hay vida. Los pescadores que entrevisté me dijeron que así es en todos los lugares en donde se ha usado esa cosa que mata.



– ¿Qué quieres decir?

– Que esa cosa mata el vientre del mar. Mata toda la vida, no sólo a los peces, y los pocos que sobreviven no encuentran alimento, ni algas, ni la fina piel viva que recubre el esqueleto del coral. También están desapareciendo las hierbas marinas en las que los peces ponen sus huevos, y que los protegen de otros animales.

– Pero el mar es extenso – dijeron todos en coro.

– No. Aunque durante años las gentes de ese pueblo se han enriquecido devastando cada metro cuadrado de este tramo de mar que constituye su fuente de alimento, llegará un día en que todo el fondo se habrá convertido en un desierto que no se repoblará. Los pescadores me han dicho que por donde ha pasado esa muerte, la vida nunca ha vuelto. Entonces llegará el día en que tendréis hambre y descubriréis que todas las cosas que habéis adquirido no se pueden comer.

Mowgli lanzó una mirada en círculo a su alrededor.

– No les ayudaré a matar las entrañas del mar.

– ¡Pues si no quieres contribuir a la riqueza del pueblo – declaró el jefe de la aldea –, no tienes nada que hacer aquí!

– Así es.



Mowgli abandonó la aldea. En los juncos marinos encontró la mandíbula de Shere Khan. Vio en el agua poco profunda que el cuerpo del tiburón tigre, en el fondo, se agitaba con extraños sobresaltos. En efecto, el enorme cadáver se había convertido rápidamente en un festín para todo un pueblo de carroñeros, peces y crustáceos, que habían hecho su trabajo rápido, alimentándose incluso de sus huesos y desdeñando la piel, que era poco digerible. El tiburón tigre parecía estar animado desde adentro, como si experimentara una segunda vida.

Golpeando el mar con las palmas de sus manos, Mowgli llamó a Hermano Gris y a Akela.

– Ya lo ves, Akela, no tengo nada más que hacer en este poblado, donde todos se han vuelto locos. Con la esperanza de enriquecerse, matarán el vientre del mar y volverán a ser más pobres que antes. Vámonos.

Introduciendo con cuidado la mandíbula de Shere Khan en su brazo, protegiéndose de los dientes con un paño, aferró las narices de sus compañeros con sus palmas y fueron juntos al refugio de Seeonee.

Mowgli se zambulló y franqueó el pórtico. A sus espaldas y a lo lejos, un pesquero de caza hizo saltar por los aires a los peces voladores, que rebotaron en la superficie del agua como guijarros.



El refugio parecía haber quedado totalmente desierto. Unos delfines pasaron furtivamente, y luego escaparon por las galerías. Mowgli salió a la sima, puso pie en el islote y colocó allí la mandíbula del tiburón. Luego se enderezó, levantó los brazos y gritó:

– Mirad, vosotros del clan de Seeonee. Yo, Mowgli, el hombrecito, he traído la mandíbula de Shere Khan a la roca del Consejo, como me lo había jurado a mí mismo. Esto es todo lo que queda del rey que os disteis a vosotros mismos. Él os hará compañía y sus restos darán testimonio de mi paso entre vosotros.



Su voz resonó en la sima. Los delfines escuchaban en la sombra, pero ninguno se atrevía a acercarse. Sólo aparecieron Papá y Mamá Delfín, que habían continuado habitando la pequeña gruta contigua a la sima, y que se unieron a Akela y Hermano Gris.

En la Selva submarina las noticias viajan rápido. Tan pronto como Mowgli mató a Shere Khan, Chil, que sabía dónde encontrar a cada quien, fue a llevar la noticia a Bagheera. Mowgli no tardó en divisar la sombra negra de Bagheera acercándose al islote, en el que apoyó su enorme cabeza.

– Entonces, pequeño hombre, has cumplido tu promesa. Y esta, supongo, es la mandíbula del Gran Rayado.

– Ya no molestará a nadie más.

– Ahora podremos vivir tranquilos – dijo Mamá Delfín.

– Por desgracia no – dijo Mowgli –. Los humanos tienen algo que mata mucho más que todos sus arpones y redes.

– ¿Pero acaso aquí en la sima no estamos a salvo?

– No, bastaría con que lancen esa cosa por los aires, a la entrada, para que todos muramos.

Luego, mirando en círculo a su alrededor, dijo:

– Bagheera, ¿dónde está Baloo ?

– No tenemos noticias de ella desde hace varias lunas. Chil ha recorrido el mar en todas direcciones sin encontrar rastros. Y hay malas noticias sobre Hathi y su clan.

– Nadie puede nada contra Hathi. Es la fuerza misma.

– Hathi ha muerto, me lo ha dicho Chil. Un gran barco, cargado de hombres y echando mucho humo vino un día. Iba tan rápido como el viento y Hathi no pudo escapar de él. Cuando el barco se acercó lo suficiente, arrojaron un enorme arpón a Hathi que le desgarró el cuerpo. El mar se tiñó de sangre media milla entorno, según contó Chil.

– Es absurdo. Ningún barco puede con Hathi. ¡Es enorme!

– Este tenía una especie de gran boca, y fue con esa boca que se la tragó. Entonces el mar, a millas de distancia, resonó con los gritos de angustia de todo su clan. Chil dijo que el barco y su gran boca procedieron a matarlos a todos, sin detenerse, como si fueran un ser insaciable.

Todos se miraron en silencio.

– ¿Qué haremos, Mowgli? – dijo Hermano Gris.

– Creo que debemos partir, huir lo más rápido posible y lo más lejos que podamos.

Y dirigiéndose a Bagheera:

– Por el pez luna que me redimió, creo que hay un ser más peligroso y malvado que Shere Khan.

– ¿Quién es, ranita?

– El hombre.

Fue así como los sobrevivientes dejaron el refugio del clan de Seeonee, y así termina mi historia.

No sé qué habrá sido de Mowgli desde entonces. Pero hay un río subterráneo cerca de la ensenada de Waingunga que sale de la nada, desemboca en un acantilado y enturbia las aguas del mar burbujeando, más allá de un gran pórtico. Si un buzo lo cruza, descubrirá diez brazas más allá una red de grutas que ahora están habitadas sólo por cangrejos y langostas. En el centro se levanta una sima que da al aire libre. Bajo esa chimenea, los pedregales han creado un cono cuya parte superior emerge y forma una pequeña isla en cuyo centro se termina de secar la mandíbula de un gran tiburón que parece querer morder el cielo.

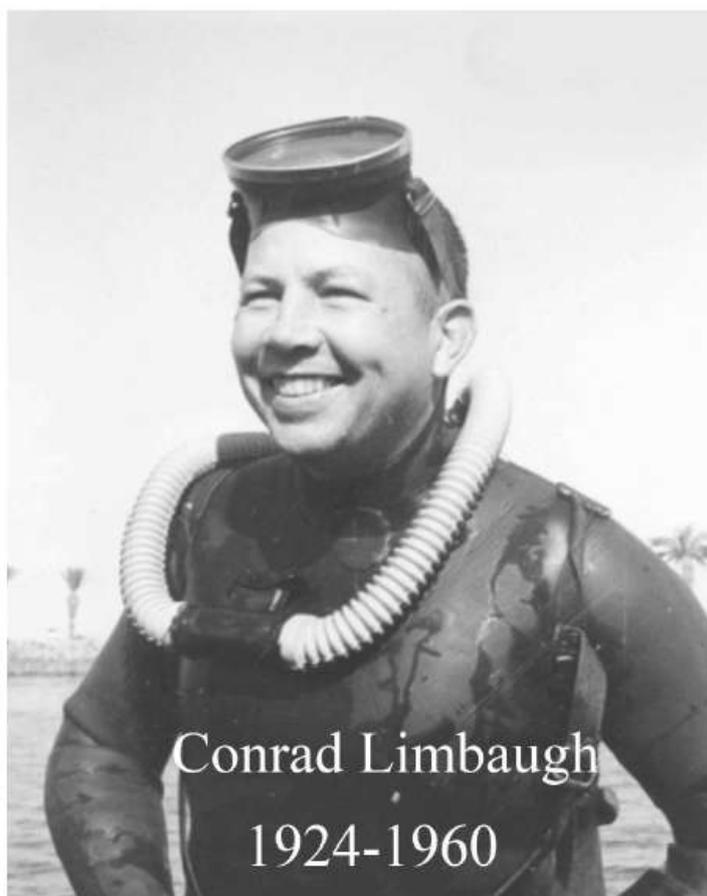


**30 de marzo de 2022 :**

Acabo de rehacer el diseño de esta adaptación del libro de Kipling al mundo submarino. Es una de las cosas que dejaré cuando me vaya. Habiendo nacido en 1937, no me quedan muchos años por delante. Para cuando lean estas líneas, es posible que ya haya partido.

Cuando escribí este librito usé mi experiencia como buzo para imaginar el refugio de los delfines. En efecto, al este de Marsella hay una cala llamada Port-Miou. Cuando entras en ella puedes ver, a la izquierda, que el agua se comporta de forma extraña. Ahí es donde se encuentra la desembocadura del río subterráneo.

Nadie sabe de dónde viene esa agua. A fines de la década de 1950, el río subterráneo era la atracción principal de los buzos extranjeros que venían a visitar al comandante Cousteau. En la primavera de 1960 uno de ellos, el estadounidense Conrad Limbaugh, le pidió a su lugarteniente Poudevigne que lo llevara a visitar el curioso lugar.



Excepto en períodos de fuertes lluvias, el caudal del río es extremadamente bajo. Ambos penetraron en él como lo había hecho muchas veces el equipo de Cousteau: sin hilo de Ariadna. Muy pronto, Poudevigne perdió de vista a su temerario compañero y comenzó a buscarlo por todas partes. Habiendo agotado su reserva de oxígeno, regresó solo a aguas abiertas.

Limbaugh se había perdido en la galería, incapaz de distinguir río arriba y río abajo. Desde Marsella, el equipo de Cousteau acudió inmediatamente al lugar y se sumergió. De hecho, existía una cámara de aire 500 metros río arriba (ver más abajo), y quedaba la posibilidad de que el estadounidense hubiese encontrado refugio allí. Pero no fue así.

Yo tenía veintitrés años en ese entonces. Con algunos compañeros íbamos a traer ánforas de distintos lugares de la región así como platos de cerámica campaniense, ennegrecidos con litargirio, de los restos del naufragio del Grand Conglue. Luego íbamos a venderlos a los turistas en Saint Tropez para pagar nuestras vacaciones y nuestros gastos.

Tendré que contar todo eso algún día, si me queda tiempo, para evitar que se pierda. Era la época de los "piratas", afincados principalmente en Marsella, cuya figura legendaria era nuestro amigo Roger Poulain, fallecido en 2010. Y era una visión del buceo muy distinta a la actual.



Esta es una foto de la época, tomada en el puerto de Croisette. Yo estoy a la derecha. A la izquierda, Poudevigne acaricia un tiburón peregrino de cuatro metros que acabábamos de capturar pasándole una cuerda alrededor de la cola, cuando yacía, en mal estado, en el paso que separa el puerto de Croisette de Île Maïre. Al fondo se ve el cabrestante que se usó para sacar al animal del agua.

Sabíamos que Limbaugh había dejado su cámara fotográfica allá. Puesto que yo tenía algo de experiencia en espeleología submarina, crucé el sifón de la Foux de Sainte Anne, cerca de Toulon, y tuve la idea de una incursión<sup>2</sup>. Con mi coequipero del momento, Jean-Claude, partimos con dos reservas de aire para cada uno, una en la espalda y otra en el vientre. Habíamos comprado un carrete cilíndrico de hilo grueso, de 400 metros de largo. Yendo de primero, yo había puesto el

---

<sup>2</sup> En ese momento, nuestra "hazaña" de jovencuelos, bajo el ímpetu de un original "impulso explorador", nos había valido unas líneas en un periódico local, que no he logrado encontrar. Por entonces la espeleología submarina estaba en sus inicios, y sus principales protagonistas eran de Lyon. Yo había cargado mi cilindro junto con 500 m de manguera antes de sumergirme en la palangana translúcida, siempre con mi hilo de Ariadna de cuerda.

carrete en el extremo de un palo de escoba colgado alrededor de mi cuello. Teníamos lámparas Crystal muy eficientes, en plástico, fabricadas por nuestro amigo Yves Girault con el faro trasero de automóvil, alimentadas por una pequeña batería cilíndrica. Equipados de esa forma, pudimos descender con bastante rapidez.

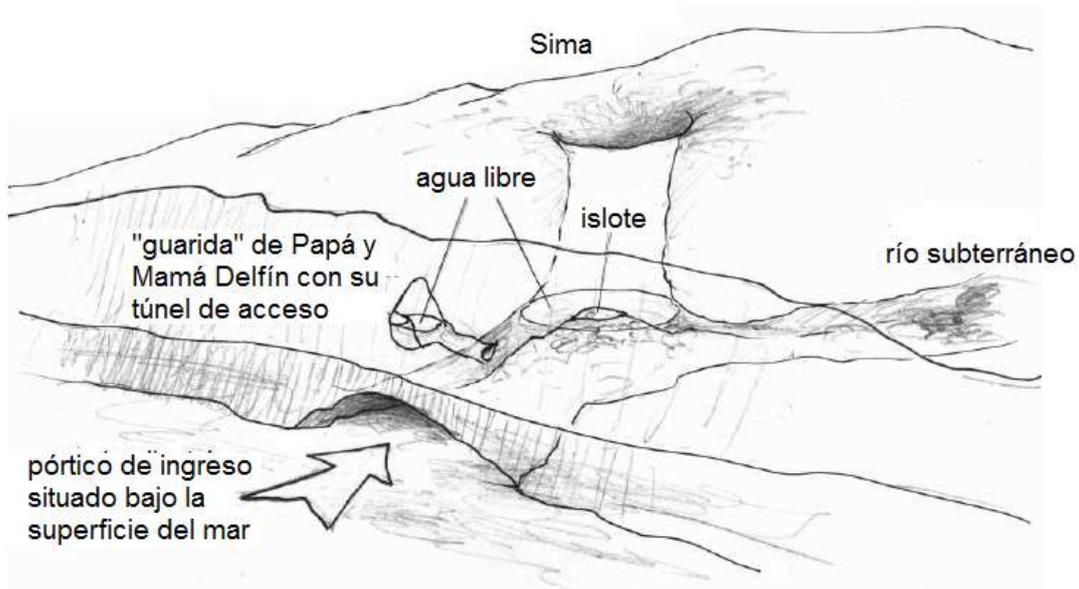
Cuando nuestro hilo de Ariadna terminó de desenrollarse, lo dejamos allí. Así el regreso habría ocurrido con la misma rapidez. Todo consistía en "ajustar bien el propio peso", como dicen los submarinistas según la naturaleza del agua que atraviesan. Inspiración plena en agua dulce, para evitar caer en el fango del fondo, que es una trampa mortal; y flotabilidad reducida en agua salobre, para no perderse entre las estalactitas del techo.

Hoy día el municipio ha tapado la salida de la sima para evitar que la gente caiga en ella. En su momento estaba abierta y corresponde a los dibujos del presente libro. Aquí tienen una foto del lugar de la cala donde desemboca el río:



En ese punto, el agua dulce fluye sobre el agua salobre, mezcla de agua dulce y agua de mar. A este ambiente se le llama "vaselina" pues todo se vuelve turbio. Lo extraño es que cuando uno bucea con la mitad del propio cuerpo en cada uno de los medios, parece como si saliera de un fluido turbio, cuya superficie está bien delineada. En cambio, la parte superior del cuerpo, bañada en agua cristalina, parece estar al aire libre.

Esta es mi visión 3D de esos lugares:



En la base de la sima hay un gran pedrero. Por lo que recuerdo, no aflora a la superficie, como si lo hace en el libro, para los propósitos de la historia.



Cuando se está cerca de llegar a la sima se ve abrirse una grieta, a la izquierda, que conduce unos metros más allá a una pequeña gruta al aire libre, la misma donde se refugió Mowgli en el libro.

Aquí hay una foto de la desembocadura del río en la cala.



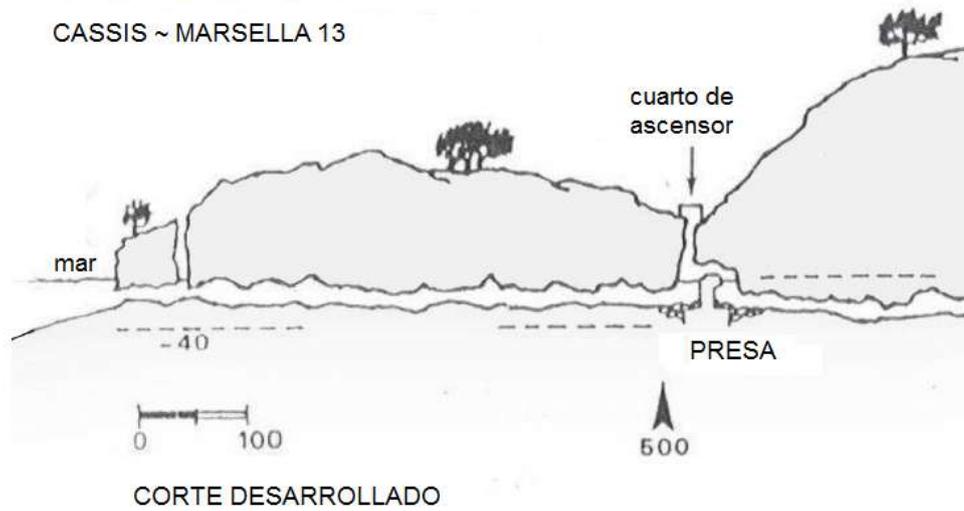
Aunque no lo menciono en el libro, cuando se entra a la gruta de acceso, un túnel conduce, a la derecha, hacia una pequeña cueva cuyo suelo está cubierto de conchas de ostras. Esto quiere decir simplemente que en la época de la última glaciación, cuando el nivel del agua era 70 metros más bajo y se podía caminar hasta las islas vecinas de Jarre, Plane y Riou, cuando la región se pobló de pingüinos, familias enteras habitaron esos lugares. No muy lejos de allí está la gruta a la que el buzo Cosquer se empeñó en dar su nombre, para disgusto de los paleontólogos.

El hecho es que, en los años que siguieron, cuando fuimos a bucear con Poudevigne y pasamos frente a la entrada, su rostro se descompuso al recordar la terrible tragedia, tanto más a sabiendas de que fácilmente podría haberse evitado. Pero como suele ocurrir, a menudo son los especialistas quienes se olvidan de tomar precauciones.

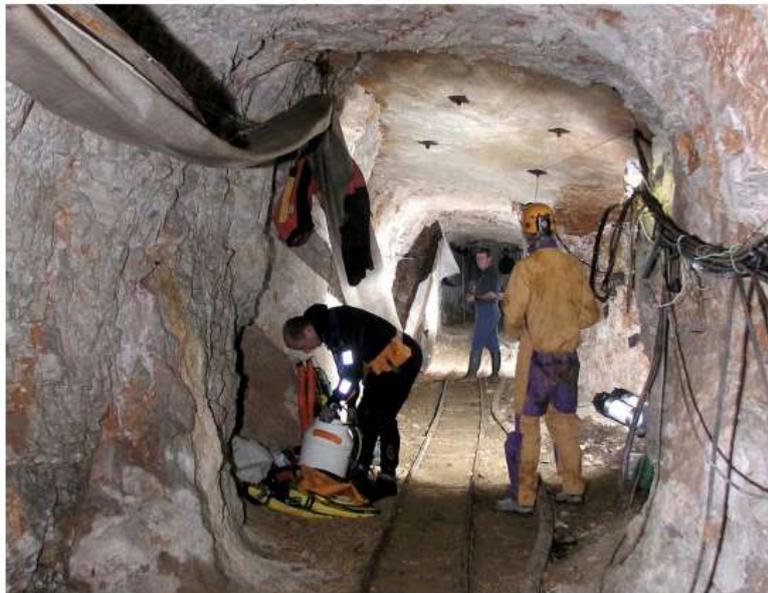
Desempolvando mis recuerdos, me acuerdo que años después, la empresa que pretendía explotar el río como fuente de agua dulce me requirió. En el plano que sigue se puede apreciar la cámara de aire ubicada a 500 metros de la entrada, donde Cousteau y sus asistentes esperaban que Limbaugh pudiera haber encontrado refugio. Pero como sólo disponíamos de una cuerda de 400 metros, no pudimos llegar hasta allá.

# RÍO SUBMARINO DE PORT MIOU

CASSIS ~ MARSELLA 13



En ese entonces el acceso no era con un “ascensor” sino por "un cubo de cemento", al más puro estilo del siglo XIX, y el desnivel de unos 40 a 60 metros. Abajo, una galería equipada.



Que conduce a una pileta que colindaba con la cámara de aire.



Es evidente que la foto es reciente. ¿Por qué me gustaba sumergirme? Porque podía hacer dibujos bajo el agua con crayón graso, sobre láminas de rhodoid (acetato de celulosa). Me habían pedido que hiciera un croquis de la presa en hormigón ligero, de muy baja densidad, que se había levantado allí para intentar contrarrestar la subida del agua de mar río arriba. El proyecto fracasó debido a la existencia de corredores que ponían en comunicación esa parte del río con aguas abiertas.

Traducción: J. C. Anduckia (junio 2022)